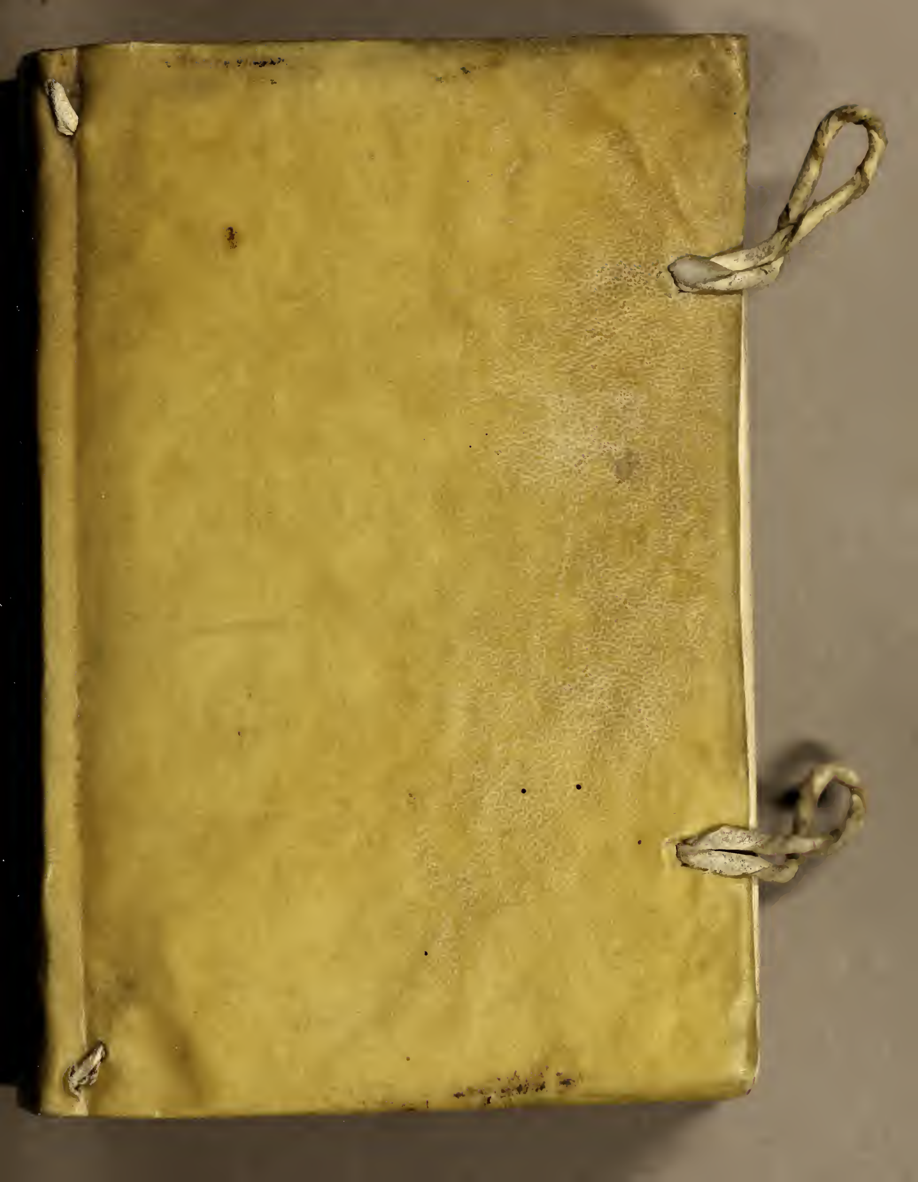



GAUDEO

AFICION Y AMOR
DE MARIA,
VIRGEN SACRATISIMA,
MADRE DE JESUS DIOS Y HOMBRE,
QUE LA DEBEN TENER
TODOS LOS REDIMIDOS DE SU HIJO.

Por el P. Juan Eusebio Nieremberg,
de la Compañía de Jesus.



AÑO DE M.DCCCXV.
México: Imprenta de Ontiveros.

AFICION Y AMOR DE MARIA VIRGEN SACRATÍSIMA.

CAPÍTULO I.

Quanto debe ser amado Dios, por querer tanto como quiere que amêmos y sirvamos á tal criatura como su madre.

Entre las grandes y tiernas demostraciones de amor y nunca pensados beneficios con que singularmente ha sido el género humano favorecido de Dios sobre las otras naturalezas intelectuales hasta el mas alto serafin, y por los quales le debemos el amor de todo nuestro corazon, y de infinitos corazones que tuvieramos, es uno de los mayores haber criado en

nuestro linage tal criatura como Maria, vírgen de vírgenes, admiracion y pasmo de los ángeles, gloria de los hombres, ostentacion de la omnipotencia divina, á quien escogió por querida madre suya y nos dió por tierna madre nuestra. Y una de las inopinables dichas de que gozamos los que estamos en la ley de gracia, y de que nos pudieran tener grande envidia los santos de la ley vieja, es alcanzar nosotros á esta gran señora, y conocer tan singular y prima hechura de Dios. Por cierto que carecieron los patriarcas antiguos de un incomparable bien en esto; porque los podemos considerar como huérfanos sin madre, y sin un excelentísimo motivo de admirar, engrandecer y amar á Dios por tan estupenda obra y ostentacion de su omnipotente mano, infinita sabiduría, é inmenso amor de sus criaturas, pues para consuelo y honra de ellas crió una tal, en quien sobre todas juntas resplandece con muchas ventajas su infinidad y todas sus

perfecciones; porque si por los efectos se divisa su ser incomprehensible é infinito, ¿donde se puede descubrir mas que en aquel que es el mayor de todas las puras criaturas juntas?

¡O grande Dios! ¡con quantas obligaciones y executorias demandas mi amor! Yo me doy por vencido por esto solo, porque criaste tal á Maria, é hiciste madre tuya, y me la diste por madre mia: quisiera agradecerte con infinito amor y de infinitos corazones este tan gran bien, que no solo criaste á Maria para que mas te amase y reverenciase yo, pero que quisiste que esto fuese amando y reverenciando á ella. ¡Gracias á tu infinita bondad, que no solo quieres ser amado en tí, sino en nuestros beneficios! Pero este tiene un grande privilegio sobre los demas beneficios y efectos de la omnipotencia divina, que no solo podemos amar á Dios en él; pero que gusta y manda su Magestad lo hagamos así: y nos encarga que le amémos, reve-

renciémos y sirvamos, amando, reverenciando y sirviendo á Maria, librando en ella las deudas infinitas que le tenemos, porque él se halla deudor á esta criatura con la mayor deuda que hay, que es de hijo, porque es deuda no menos que de la vida. ¡O buen Jesus! Si á los que te quitaron la vida hiciste bien, á la que te la dió ¿como puedes dexar de ser agradecido? Si á nuestros enemigos mandas que amémos, á tu madre ¿como te holgarás que la tengamos aficion y amor? Ea, hijos de Eva, desempeñémos á Jesus, amando y sirviendo á Maria de lo que él la debe, y desempeñémonos á nosotros de lo que debemos al mismo Jesus, porque aquel Señor á quien debemos todos, es deudor solo de Maria, en quien traspasó nuestras deudas.

Demos este gusto á Jesus en lo que tanto y tan justamente desea de ver servida á su madre, y mirémos por qué lo desea, que no solo es por desempeñarse él de

lo que la debe, pero porque le empeñémos mas con este servicio á hacernos nuevos beneficios. Démos este gusto á toda la santísima Trinidad, reverenciando á su templo. Démos este gusto á los ángeles, reconociendo á su reyna. Démos este gusto á los santos, amando á su madre. Démos este gusto á todas las criaturas, honrando á la que es honra de todas. Todas las cosas nos exhortan y fuerzan á esto con su exemplo. El Padre eterno la ama como á querida hija y la primogénita de las criaturas puras. El Hijo de Dios la quiere como á Madre, que lo es verdaderamente muy tierna y amada. El Espíritu Santo como esposa, estimando mas á ella sola, que á los santos todos y las gerarquías enteras de los ángeles. Los espíritus soberanos la tienen amor como á legítima reyna. Los mayores santos la tuvieron por mas que madre, y ella finalmente merece nuestro amor por innumerables títulos: porque quanto debemos á nuestro Redentor, de-

bemos tambien á Maria: porque no nos hace su hijo bien alguno que no sea por su madre: porque así como la causa de nuestra perdicion fué Adan, por persuasion de Eva; así ha ordenado Dios que la causa de nuestra salvacion sea Jesus, interviniendo Maria. Merece pues nuestro amor, por los beneficios que nos ha alcanzado, por los bienes que en esto grangearémos, por lo mucho que nos ama y está solícita de nosotros siendo nuestra abogada, por su grandeza y dignidad, por ser nuestra reyna, por ser nuestra madre, por su hermosura de alma y cuerpo, por sus admirables virtudes, por su grande agradecimiento, por ser honra nuestra, por ser gusto de Dios, y por el amor que á nuestro redentor Jesus debemos, por el qual hemos de amar á su madre aunque ella no fuera tal ni nos hubiera así obligado.

Estimémos gozar nosotros la que tanto desearon los padres antiguos. Estimémos haber nacido en tiempo que está co-

ronada Maria por reyna de misericordia, á la qual los ángeles desearon ver por millares de años; y agradezcamos á Dios esta merced que desearon tantos santos patriarcas y profetas. Estimémos vivir en estos postreros años dichosísimos por alcanzar á esta señora, por la qual los santos son mas santos; y muchos que no fueron santos, por estar Maria en el mundo lo son. Muchos que no se salvarán antes, ahora se salvan por Maria. Hasta los mismos precitos y condenados deben tener por dicha haber nacido en estos tiempos, que no hay quien no alcance la piedad y clemencia de Maria; porque á los mismos que se han de condenar les tiene compasion, librándoles en esta vida de muchas tribulaciones y trabajos, como compadecida de los que despues han de tener por no haberse querido aprovechar de su misericordia; ó les acorta de compasion la vida, porque no se condenen con mas pecados: y despues de caidos en el infierno, deben á

Maria que no les castigue Dios tanto como merecen, porque la pena menor con que dicen los teólogos que Dios castiga á los condenados, y el premio mayor con que galardona á los bienaventurados, deuda es y beneficio que se debe ahora á esta señora. Y si conforme á San Ildefonso, de alguna pena accidental aliviase á los condenados; mas razon hay para entender que regocijará el cielo á los bienaventurados con nuevos premios accidentales. Pues los que van al purgatorio, ¡qué largo penaban antiguamente quando no habia Maria que intercediese por ellos! Mas ahora con su piedad les abrevia aquellas penas y les consuela en ellas. Para todos son dichosos estos tiempos del reyno de Maria, despues que ella manda en el cielo y en la tierra.

CAPÍTULO II.

Quanto gusta Dios que amémos y sirvamos á Maria virgen, y madre suya.

Veamos ahora mas en particular, ¿por qué gusta tanto aquel ser infinito é increado de Dios, que amémos y sirvamos á una criatura que aun quiere que en muchas cosas no las háyamos con él inmediatamente, sino es por medio de Maria, y que en parte dexémos á su Magestad divina por servir á ella: lo qual no es dexar de servir á Dios, sino servirle mas, porque es servirle como quiere? Porque así como muchas veces ha gustado que algunas almas santas le dexen en la oracion y se deshagan de sus tiernos abrazos porque vayan á servir á un hombre, ó á obedecerle y reverenciarle; con mucha mas razon ha gustado que dexémos de acudir á él inmediatamente porque reverenciémos á su madre,

Y así, muchas cosas que si le pidiéramos sin mediar ella nos negara, por solo que acudimos á ella nos las concede con gran gusto; lo qual es clara señal de lo mucho que se agrada de que la sirvamos, y que si amamos á Jesus, hemos de amar á su querida madre, pues nos ha puesto tal cebo para servirla, como es nuestro interés, y valer algo con él, recabando lo que le pedimos. ¿Quien no ve la infinidad de milagros y prodigios que se hacen cada dia por medio de Maria? Porque si se consideran las imágenes milagrosas que hày, son muy pocas las de Cristo, é innumerables las de la Virgen, y mas freqüentadas y famosas, por hacerse en aquellos lugares mas y mayores milagros. ¡O humilde Jesus! Si de los otros santos dixiste que harian algunos mayores maravillas que las tuyas, ¿por qué no habias de hacer esta gracia á la que te parió de sus entrañas, y es la mas santa de los santos, que hiciese mas grandes maravillas que las tuyas y

las de todos los santos juntos, como lo experimentamos hoy en dia?

Y no es esto solo querer cumplir Dios con los hombres: no es solo querer edificarnos aquella infinita santidad de Jesus, con esta su humildad y respeto que tiene á su madre, y honra que la hace, queriendo darnos exemplo de honrar á quien quiere que honrémos, porque muchas mas cosas hace por Maria que nosotros podemos entender: porque no solo los milagros que hace quando pedimos algo por su intercesion nos los alcanza ella; pero aun todas las maravillas que hace por medio de los demas santos y de sus imágenes de Crucifixos, y todo lo que le pedimos á él inmediatamente, y á otros santos del cielo, aunque no nos acordémos nosotros de la Virgen, ni se lo pidamos á ella, no lo hace Dios sino es intercediendo su madre; porque ella es tan madre de los hombres, que aun sin acordarnos nosotros de ella, su amor no se olvida de nuestras necesidades,

estándonos recabando de su hijo millones de mercedes que no entendemos ni sabemos; porque es tanto lo que ama Dios á Maria, y lo que gusta que la amémos y sirvamos, que ha determinado de no hacer ni conceder gracia que no sea por su medio: por lo qual dixo San Bernardino, que tenia jurisdiccion en los dones del Espíritu Santo. Todo esto que he dicho, no es solo piedad quererlo entender así, sino verdad muy fundada en el sentimiento comun de los padres de la iglesia, que no se despacha gracia del trono de Dios que no sea por Maria, pidiendo ella para nosotros las mercedes que aun no la pedimos; ni es posible que la pudieramos pedir tantas gracias como ella nos recaba, estando continuamente alcanzándonos mil bienes, y haciendo oficios de solícita y tierna madre quando mas descuidados estamos: de modo que de ella pende todo el bien del mundo.

¡O qué dulce ocupacion (si así se puede llamar á nuestro tosco modo de en-

tender) es esta de Maria mi madre, y de todos los pecadores! ¡Con quanto gusto suyo muestra á su hijo sus purísimos pechos que le dieron leche, y le hace amoroso cargo de los dias que le hospedó en sus entrañas, de las veces que le tuvo en su seno, de los tiernos abrazos que le dió, de los pañitos en que le envolvió con grande amor, de los vestiditos que le hizo, de las veces que le aderezó su comida, de los trabajos que pasó por él desterrada de su casa y patria, (que para el amor que tenia al encerramiento, no sería de suyo poca mortificacion para tan pura y modestísima doncella) de los pasos que dió siguiéndole en su predicacion, de las lágrimas que derramó en su pasion, porque para nuestro bien se aprovecha de todos sus servicios, y quiere la humildísima Maria hacer ostentacion delante de su hijo, de todo lo que hizo y padeció por él, por criarle y guardarle la vida, para executarle por nosotros como por justicia, haciendo memoria

de lo que debe, siendo así que todo lo conoce ella por beneficio de Dios!

Todo bien nos hace Maria, porque en todo lo que hace Dios ella interviene con gran deseo de nuestro bien; porque como sabe lo que por la reverencia que la tiene su hijo, y deseo que tiene de honrarla, ha determinado de no hacer merced qus no sea por su medio, no se descuida punto en esto, porque no se eche de ver falta alguna; antes tiene tal gracia, y tan buena mano con su hijo, que nunca ha sentido el mundo mas bueno ni mas misericordioso á Dios, ni recibido de su Magestad mas mercedes, que despues que en él está Maria, y subió á los cielos, que ha sabido bien hacer lucir la bondad y misericordia divina.

Verdaderamente, bien supo Dios á quien encomendaba este cuidado en el tiempo de la ley de gracia, quando queria ser mas liberal y misericordioso. Bien conoció á Maria para fiar de ella su honra

y el cumplir con los hombres, yá mas preciosos delante de sí, despues que los vió comprados y apreciados á peso de la sangre de su unigénito querido. Bien entendido tuvo, quan piadosas entrañas tenia para que fuera su limosnera y la repartidora de las infinitas riquezas de su misericordia: y así fué altísimo consejo y acertada eleccion de la bondad divina, quando quiso que fuese su misericordia mayor, fiar todo este atributo de la facilidad y ternura de entrañas de una blanda y piadosa doncellita, y que era de nuestro linage, esto es, de nuestra propia madre, y mas, madre que tanto nos quiere. ¿Puede ser en el mundo mayor ventura que la nuestra? ¿Que tenga tanto poder la que es mas que nuestra madre carnal, la que nos quiere mas, la que desea nuestro bien, y mas viendose así obligada por razon de este gran oficio que tiene, de ser limosnera de Dios y la dispensadora de sus misericordias? ¡O amantísima madre mia! ¡O Señora mia!

¡O consuelo y alegria mia¡ ¿Qué era menester estar obligada á hacerme bien por razon de vuestro cargo, que porque no echeis en falta la miseri ordia divina, os deis prisa á hacerme misericordia? Bastaba por cierto sin mas obligacion vuestra ardiente caridad, que no os dexará estar olvidada de las necesidades de aquellos que quiso tanto vuestro querido hijo Jesus, que dió por ellos su sangre y vida. No espera tanto vuestra misericordia, que fuese menester á que nos acordáramos de nosotros mismos y de pediros vuestra ayuda, aun sin esta obligacion y cargo tan conforme á vuestro gusto que teneis, se anticipará vuestra intercesion, como ahora lo haceis, recabandonos mas bienes que sabemos ni podemos saber: esto es, quanto bien Dios nos hace.

Pues si esto es así: ¿por qué habia Dios de disimular el que fueramos desagradecidos á tan grande bi nhechora, á tales entrañas de madre, á tan cordial soli-

citud? ¿Cómo podia callar y no significarnos algo de lo mucho que debemos á Maria, para que la fuesemos agradecidos? Cosa muy suya es esta piadosísima. Y tan hacendosa y cuidadosa doncella de nuestro bien, no es ménos que su madre: y como le toca tanto, quiere que se agradezca lo mucho que le debemos, y su misericordia y solicitud de nosotros: y esta es una causa porque gusta con tanto extremo de que amémos y sirvamos á Maria, porque gusta mucho de la virtud del agradecimiento, y mas para con quien le cae tan de cerca y de quien él gusta tanto, y gusta mas por su imponderable caridad, que por haber nacido de sus entrañas. Por lo qual, así como todas cosas se nos conceden por Maria, es gran gusto de Dios que en todas acudamos á ella: y así, en tocando á cosas de recabar algo de su Magestad, es negocio este que toca á su madre, y quiere que á ella implorémos y que la hagamos todos los servicios que podemos,

no tan solo porque por este medio se negocia bien, porque ella así como á sí se tiene cuidado y mayor que nosotros mismos, sino porque la seamos agradecidos con esta memoria suya y confianza de su intercesion, y con tenerle ley y cariño á quien tan amorosa y fiel nos es.

CAPITULO III.

Por qué gusta tanto Dios que amémos y sirvamos á Maria virgen santísima.

Fuera de lo que gusta Dios de vernos agradecidos, son otras muchas las causas por las quales se huelga de que reverenciémos, sirvamos y amémos con gran ternura y ley á Maria; porque no sin mucha razon habia de fiar de nosotros tanta honra como quiere que se haga á una criatura, y dexarnos entregarla tanto nuestra aficion y amor. No sin causa aquel Señor,

que aunque es liberalísimo de las demás cosas, es tan escaso y zelador de su gloria; que dixo que no la daría á criatura, se habia de ablandar en haber dado tanta á una doncella, que puede parecer la ha dado mayor que reservado para sí; pues mayores obras hace y quiere por Maria, que hace por sí mismo. Y por mejor decir, no hace nada de gracia y misericordia (en la qual consiste su gloria, segun San Pablo) que no sea por Maria, si bien fué su infinito bien y misericordia que nos hizo de una vez en cometer á tal criatura, y tan suave y misericordiosa madre nuestra, este cuidado de hacernos bien por ella siempre.

Y para esto, ¿qué mayor causa y razon que ser Maria madre suya, y mas tal madre, que aunque no lo fuera, merecia su suma santidad la honra que la hace su hijo, y quiere que la hagamos? ¿Qué mayor causa que la obligacion de hijo? Porque el humildísimo Jesus que honra tanto

á los que no debe nada y á los que fueron sus enemigos y esclavos del demonio, concebidos en pecado, que quiso que hiciesen mayores maravillas que él, como se vió en San Pedro, que tan poco habia que se perjuró y negó á su maestro tres veces, despues, no solo con la orla de su vestido, sino con su sombra, en tocando á un enfermo, sanaba á todos los que le esperaban: lo qual no llegó á hacer el mismo Cristo. ¿Pues como no habia de querer este Señor honrar á su madre, á quien debia tanto y no fué concebida en pecado, ni jamás le tuvo, y le fué fidelísima y santísima siempre? No se contentó Jesus con solo enseñarnos de palabra, sino que con la obra quiso edificarnos; y así lo hace ahora aun estando en el cielo, cumpliendo lo que se dice en el quarto precepto de honrar á los padres, honrando él tanto á su madre y queriendo que la honren todos sus redimidos; porque si se humilló á querer ser bautizado de San Juan y se arro-

dilló á los pies de sus discípulos, dando tanta honra á sus siervos á los quales no debia nada: á su madre á quien era en cargo la vida, ¿cómo no habia de honrar, y querer que todos lo hiciesemos? Y pues en otros preceptos y virtudes en que iba ménos, nos dió exemplo con grande humildad, en este ¿cómo podia descuidarse?

Nadie podrá entender bien esta razon, que no tuviere entendida la inmensa humildad del hijo de Dios y su sumo agradecimiento; y por otra parte la grande obligacion que hay de honrar á los padres, que es la primera despues de la honra que se debe á Dios, y la juzgaron aun los gentiles por infinita, y lo bien que hizo la virgen oficio de madre. Pues así como no ha habido en el mundo hijo mas hijo, que lo fué Jesus de Maria, ni mas humilde, ni mas agradecido, ni mas Santo, ni mas honrador, ni que mas amor tuviese á sus padres: y por otro lado no ha habido en el mundo madre mas madre, que lo fué Ma-

ria de Dios, ni mejor, ni que mas amase á su hijo, ni que mas se haya obligado: ¿qué honra podrá Jesus dexar de hacerla? ¿Qué agradecimiento podrá dexar de tenerla? ¿Y qué gusto recibirá de que todos honren á su madre, á quien debe mas que hijo nacido? Porque como le parió virgen, no se parten en Jesus dos obligaciones segun la carne de padre y madre, pues el amor y reverencia que otros hijos han de dividir entre dos, en el corazon de Jesus se unen para honrar á Maria. Fuera de que otros hijos no deben á sus madres particular voluntad de haberlos querido engendrar á ellos mas que á otros; pero Jesus debe á su madre, no solo haber nacido de sus entrañas, pero esta particular voluntad de haber querido ser madre de él, y no de otro, porque por haber dado ella su consentimiento, nació Jesus en el mundo: y así se ha dado tanto el hijo de Dios por obligado, que no se harta de serla agradecido y de honrarla: y no contentándose con lo

que la honró en vida al partirse de este mundo, dexó substituto de su amor y reverencia al discípulo mas amado, y en él á todos sus fieles, para honrar á su madre aun despues de muerto, en todos sus miembros, que quiere que seamos sus hijos porque quedamos en su lugar, y la obligacion que él quiere pagarla, es la de hijo.

Los filósofos de la gentilidad decian, que la obligacion de hijo era infinita y la segunda despues de Dios, y que se habian de reverenciar los padres como á dioses. Pues cierto es, que no faltó Jesus en obligacion de hijo, y que miró á Maria como á quien debia casi infinito: y aunque es verdad que el Verbo Eterno no tuvo á su Padre obligacion por su generacion divina, ni le debió respeto de causa natural ni mortal, porque no fué engendrado libre y voluntariamente de Dios, ni causado de él; pero en la filiacion humana de Maria, miróla como á quien debia infinito, habiendo recibido de ella la vida y el

ser hombre, y como á quien fué causa de su naturaleza humana, no solo natural, sino moral, porque voluntariamente le quiso engendrar, teniendo de esta manera Dios semejante obligacion á una virgen, que las criaturas tienen á Dios.

Allegase á esto, que mas debe Jesus á su madre de bienes temporales, que hijo ha debido á sus padres: porque de Maria recibió una excelentísima naturaleza y complexîon humana, que si no muriera voluntariamente, viviera centenares de años. Recibió de ella la mayor nobleza y mas real sangre del mundo. Recibió de ella ser legítimo heredero de un poderoso reyno. Pues si Dios honra y premia mas de lo que merecen los méritos de qualquier justo, donde debe tanto y con esta obligacion que llaman infinita, ¿qué no hará? Si Dios no tuviera sér de sí mismo, sino que tuviera madre necesariamente, ¿qué honra no la hiciera y debia hacerla? Pues yá que tiene madre voluntaria donde es mayor la

obligacion, ¿cómo podrá hacer ménos, sino darse por muy obligado? Porque este estilo de la infinita bondad divina, no mirar sus beneficios sino nuestros servicios para premiarlos, como si él no hubiera hecho nada en nosotros ni por nosotros. Nunca quiere descontar nada en lo que parece que recibe, por lo que él verdaderamente nos dá. ¡O liberalísimo Señor, que tanto gustais de deber á nuestra madre, que no os acordais de lo que ella os debe! Dadme gracia que me acuerde yo de lo que yo os debo, para que os lo pague en su amor y servicio, que esta satisfaccion de mis deudas os será gratísima.

CAPÍTULO IV.

De otras causas porque quiere Dios amémos á Maria virgen santísima.

Pero aun fuera de ser Maria madre de Dios, hay otra grande razon por la qual

gusta su Magestad que la amémos y admirémos, por ser la mayor obra y mas prima hechura de su mano entre todas las criaturas puras, en quien mas empleó todo su gran poder y saber para sacar una obra perfectísima, que fuera ostentacion y gala de su omnipotencia. Hizo verdaderamente Dios á Maria, para vista obra muy suya y remirada, en cuya comparacion toda la hermosura del cielo, toda la luz del sol es escoria, y toda la alteza de los serafines y la santidad de los Santos no tiene comparacion. Pues como la hizo Dios para muestra y prueba de su infinita sabiduría y poder, y donde mas campea y luce su bondad, es grande el gusto que recibe que la estemos admirando y alabando, porque ¿qué artífice hay que no quiera que alaben á una obra singular que haya hecho y de quien mas se precia? Porque toda la loa y honra viene á redundar en su propia persona. Y es así, que quien honra á Maria, honra á Dios, honra á todas las personas

de la santísima Trinidad, porque toca muy especialmente á cada una, y es cosa muy propia suya. Honra al Padre Eterno por la hechura de tal criatura, y la gloria de tal hija. Honra al hijo de Dios, por la eleccion de tal madre y la primogénita de su redencion. Honra al Espíritu Santo, por el amor de tal esposa y habitacion de tan limpio Tabernáculo. Honra á todas tres personas, por la compañera que escogieron de sus obras. Al Padre, por levantarla á ser reyna de lo que crió, y admitirla que fuese madre de su hijo. Al hijo de Dios, por tomarla por cooredentora del mundo en quanto se ayudó de ella para los misterios de nuestra salud, aplicando con eficacia sus infinitos merecimientos por quien ella le pide. Al Espíritu Santo, por escogerla por universal instrumento de la comunicacion de sus gracias y dones.

Demás de esto, en el acatamiento divino no es pequeña causa nuestro provecho y utilidad: y como sabe Dios lo mucho

que interesamos en servir y amar á su madre, es grande el gozo que recibe en vernos muy aficionados á ella. Fuera de esto, la virgen santísima es con justísimo derecho nuestra legítima reyna, Señora de todas las criaturas, Emperatriz de los serafines y todos los demás ángeles y hombres: pues si á los ángeles y bienaventurados debemos gran veneracion con ser consiervos nuestros, á la que es reyna de todos, ¿con quantas mas ventajas habia de querer Dios que la reverenciémos y amémos? Porque si Cristo Jesus se hizo tan de parte de los reyes y superiores, y gusta tanto de la obediencia, reconocimiento y ley con los mayores, que encargó por sí y por sus Apóstoles, reverenciarlos y obedecerlos aunque fueran malditos é infieles, y que les tuvieramos semejante respeto que á él mismo, y él con el Señor del mundo les quiso obedecer para obligarnos mas con su exemplo; claro está, que á la que es mas Señora, mas reyna nuestra y superiora en to-

do, que habia de gustar que la reverenciémos con toda nuestra alma, y que la tengamos grande ley y amor. Finalmente, por el amor que Dios tiene á Maria, quiere que todos la amémos; porque así como la ama mas que todo lo criado sobre todos los espíritus y almas santas, así quiere que no tengamos cosa mas amada. Pues si amámos á Dios, y es gusto suyo que amémos á Maria, ¿cómo podemos dexar de darle este contento, y mas, pues amando á su madre, no dexamos de amarle á él, ántes le amámos como él quiere, y es para amarle mas?

Este contento que tiene Jesus de ver querida á su madre, lo ha declarado con varias demostraciones y muy tiernas que ha hecho con sus Santos, remitiéndolos á su madre por el remedio y consuelo de sus tribulaciones, no queriendo él darlo por sí inmediatamente, para que con esto la cobrasen mas cariño, como sucedió con Santa Gertrudis varias veces. Pero entre

todas fué singular demostracion, quando el mismo Cristo pidió á su madre miráse por la Santa y recibiese su afecto, como si no bastára que le recibiese el mismo Señor y se contentase en ella. Vió una vez esta gloriosa virgen al dulce Jesus, que con grande amor y regalo abrazó á su benditísima madre, haciendola tiernas caricias de amado hijo, y luego la dixo amorosamente: Acordaos, Señora, madre muy querida, que por vos he tenido yo misericordia de los pecadores, y mirad con tal afecto á esta mi escogida Gertrudis, como si todos los dias de su vida os hubiera siempre servido y agradado con suma devocion. Por cierto que es grande señal de lo que quiere Jesus que amémos á Maria, ver que así quiere que Maria nos ame.

CAPÍTULO V.

Del amor que toda la santisima Trinidad tiene á Maria virgen santísima, por el qual quiere que la amémos.

Considerémos que grande y tierno sea este amor que Dios tiene á Maria, para que imitémos el exemplo que nos dá de amarla, y hallarémos como la ama con todas maneras posibles, y todas las especies de amistad que cuentan los filósofos. Tres son los géneros que hay de amor: uno natural, otro útil, otro de amistad: pues por todos estos títulos ama Dios á Maria con infinito afecto y ternura, y en cada género con todas las especies que encierra. Empezemos por el amor natural, que se funda en el parentezco, ó en la afinidad, ó en el nacimiento, y son los mas estrechos el amor de los padres con los hijos, el de los hijos con los padres, el de un esposo con su

compañía y el que se tiene á la pátria. Qualquiera de estos amores es muy debido y de suyo vehementísimo y perseverante: ¿qué será quando se amontonasen en un sujeto, como se juntan en Maria para ser amada de Dios? Porque ella es hija especialísima y muy amada de Dios Padre: ella es madre natural de Dios hijo, á quien dió cuerpo y vida nueva: ella es esposa fidelísima del Espíritu Santo: ella es como la pátria de toda la Santísima Trinidad, pues es su domicilio y lugar mas amado; porque si bien es verdad que como Dios no tiene orígen, no hay tampoco lugar donde le tuviese; pero ha querido tener lugar equivalente, esto es, adonde tuviese su cariño, en quien con particularidad habitase y fuese como su pátria querida: y así como el páxaro tiene su querencia y casa, y la tórtola su nido, así tambien tiene Dios, segun David, los altares por su manida y lugar propio. ¿En qué altar, ni en qué templo ha estado con mas gusto ni con mas Ma-

gestad, que en el corazon de Maria? ¿Qué nido mas dulce para el Espíritu Santo, que la pureza de esta castísima doncella, cuya alma es el templo mas estimado de Dios y la manida de la Santísima Trinidad? Veamos que finezas y extremos han hecho los hombres poseidos de alguno de estos afectos, esto es, ó del amor de los hijos, ó de los padres, ó de los esposos, ó de su pátria y casa, para que de hay colijamos que harán todos juntos, y mas en Dios, donde su inclinacion es amor.

¿Qué no han hecho los padres y madres por sus hijos, estimándolos mas que su vida misma? A Agripina dixeron, que un hijo suyo habia de ser Emperador; pero que á ella le costaria la vida: mas pudo tanto en su corazon ver honrado á su hijo, que raspondió: Como mi hijo suba al Imperio, muérame yo luego. Y Bersabé, ¿qué diligencias no hizo porque reynase su hijo? ¡O Padre de las lumbres, qué gusto tendrás en que tu hija escogida en-

tre millares, primogénita y mayorazga de tus misericordias, entre las criaturas puras la mas querida, reyne é impere en el mundo, y que en la tierra, en el cielo y en el mismo infierno, se reverencie su nombre y se le inclinen las rodillas! Porque aunque es verdad que no sea Maria hija natural de Dios, es hija propiamente y en todo rigor, por adopcion: y la filiacion adoptiva de Dios, es mas íntima y mayor que la natural de los hombres: y en la virgen es mucho mas estrecha, porque no solo la prohijó Dios por hija como quiera, sino por hija primogénita, su mayorazga y universal heredera: y así la levantó al trono de tan inmensa gloria, para que imperáse sobre todos los ángeles.

Otra cosa es ser Dios hijo de Maria, porque es hijo natural de ella y único, por cierto título de inexplicable amor, en que excede sin comparacion á todo el respeto que los hijos han tenido á sus padres. El Emperador Alexandro Severo tenia tanto

amor y respeto á su madre, que pasaba por quanto ella disponia en el Imperio, aunque fuese contra su gusto. El Emperador Leon no pudo sufrir reynar él solo, sin que reynase su padre, y así se quitó la corona de la cabeza y se la puso á él. Salomon, ¿qué no hizo con su madre Bersabé, aun quando le venia á pedir una cosa bien imprudente que le estaba muy mal? Levantóse el rey de su silla real, fué á recibir á su madre, hincó las rodillas é hízola sentar en su trono, dándole la mano derecha y ofreciéndola hacer quanto le pedia. No habia de ser Jesus mas seco y desamoroso con su querida madre. No le sufre el corazon negarla nada ni repugnarla en cosa, pasando por quanto le pide, ni le sufrió tampoco el corazon reynar él á solas, sino que la coronó tambien por Emperatriz y Señora de todo lo criado, como él lo es legítimamente por la union de su santísima humanidad á la persona del Verbo. El mayor gozo que tenia Coriolano, insig-

ne capitan romano, fué del gusto de su madre, y que ella se complaciese en él, y no negarla nada que pedia. Estando una vez muy airado con Roma y queriéndola destruir, no tuvieron otro remedio los romanos, sino que le saliese su madre al encuentro, á la qual en viendola, dixo: Conquistado habeis, madre, y vencido mi enojo: yo perdono por tu vientre á mi pátria, y te hago merced de ella no destruyéndola, aunque con justa causa estoy airado con ella. ¿Pues Jesus habia de respetar y querer ménos á su madre, y perseverar enojado en su presencia? Por cierto no es esto para entenderse.

Allegase que Maria no solo fué madre corporal de Cristo, sino como dice S. Agustin, espiritual tambien; porque no solo concibió en sus entrañas á la cabeza y Salvador de todo el cuerpo místico de la Iglesia, pero en su corazon concibió á todos sus miembros, mostrándose madre de ellos en espíritu, cooperando con inmensa cari-

dad á que naciesen en la Iglesia los fieles. Porque así como en la creacion del género humano, no solo hizo Dios á Adán, sino que le dió á Eva por compañera y ayuda, para que fuese madre de todos los vivientes, así en la redencion quiso nuestro buen Jesus tener compañera y ayuda: ¿y quien mejor que Maria madre suya? Porque fuese espiritualmente y con mas verdad, madre de los vivientes eternamente, madre del siglo venidero: y así la ama, no solo como á madre de su cuerpo natural, sino de todo su cuerpo místico: esto es, de todos los Santos, redimiendo á ella la primera de todos con especialísimo modo, por la preservacion de todo pecado original y actual, y viniendo ántes á redimir á ella, que todo el resto del linage humano.

Pues el amor de esposo, ¿qué finezas no ha hecho? Jacob, ¿qué no hizo por Raquél? El servir como esclavo tantos años, le parecia todo poco por la grandeza de su amor. El rey Asuero, á una pobrecita cau-

tiva levantó á la Magestad de su trono y cetro, y no negó nada que desease, dando libertad por habérselo pedido ella á todo su Pueblo. ¿Pues habia de ser mas mezquino el amor del Espíritu Santo, esposo amoroso de Maria? ¿Cómo podia dexar de darle jurisdiccion sobre todas sus gracias, á la que escogió por dulce compañera y ayudadora, á la obra de la glorificacion de los hombres? Llenóla de su gracia muchas veces: porque aunque una vez se cuente que vino sobre los Apóstoles, despues de subido Jesus á los cielos y haber merecido su venida con su muerte; pero para venir sobre Maria, no le sufrió la grandeza de su amor aguardar tanto, aun ántes que Cristo muriese, y aun ántes que naciese vino sobre ella, como el ángel San Gabriel lo dixo, y aun ántes que naciese la misma virgen: porque en el vientre de su madre, al mismo punto que tuvo sér, la llenó de gracia y dones suyos, y dió riquísimas arras, y entregó despues to-

dos sus dones, para que por su gusto los repartiese, siendo Maria como las manos y la limosnera del Espíritu Santo.

No ha obrado ménos que todo esto
el amor de la pátria, por cuyo bien mu-
chos quisieron morir: ántes en parte es ma-
yor y mas obligatorio, por quanto en ella
se mira el bien público que se debe ante-
poner á todo bien particular. Pues el amor
que toda la Santísima Trinidad tiene á Ma-
ria, no es mirándola el Padre Eterno solo
como á hija, ni el hijo solo como á ma-
dre, ni el Espíritu Santo solo como á es-
posa, sino como á bien público, descanso
y paraiso comun de todas tres personas di-
vinas, en quien todas se solazan y recrean
dentro de su alma. Bien público es, Ma-
ria, porque es bien para Dios, para los án-
geles, para los hombres, para toda la natu-
raleza; y así el Padre Eterno se enternece
con ella y la ama, no solo como á su hija
primogénita, sino como madre admirable
de su hijo y esposa tierna del Espíritu San-

to, templo y paraiso comun de todas tres personas, y bien general de todas sus criaturas. El mismo respeto tienen el hijo y el Espíritu Santo amando á María, no solo como á madre y esposa, sino como hija del Padre, bien universal de todo el mundo y descanso suyo, teniendola por talamo de su amor, por trono de su Magestad, por tabernáculo de su inmensidad, por templo de su santidad.

De aquí se verá en que modo no faltará en Dios aquel linage de amor, que se funda en algun provecho y utilidad respecto de María, porque no hay criatura mas útil para Dios: porque si bien á su Magestad nunca le faltó, ni le falta nada, ni ha menester cosa, ni recibe comodidad de sus criaturas; pero tiene tanto amor á los hombres, que la utilidad nuestra la pretende como propia, la tiene como tal y se huelga de que le dén gloria todas las naturalezas racionales. Pues no ha hecho ni hará criatura que le haya sido causa de

mayor gloria que lo es Maria, ni que sea de mas provecho á los hombres; y así, como lo que interesa Dios en la virgen es tanto, es infinito lo que la estima, y quiere mas sin comparacion que á todo lo criado; porque fuera de lo que es ocasion que otras criaturas glorifican á Dios, la gloria solo que ella le dá, las gracias que hace, los olores con que la engrandece, es mas que quanto en esta parte hacen todos los nueve coros de los ángeles y exércitos de los demás bienaventurados, mártires, confesores y vírgenes. Vease lo que puede en nosotros el interés de cosas muy pequeñas, pues se arriesga la vida por ello, y se hechará de ver por quán bien empleado la diera el hijo de Dios por solo su madre, y por el interés de mayor gloria de Dios que de ella resulta. Y aunque respecto de la divinidad, no puede haber con propiedad cosa que sea útil á Dios, y así en todo rigor no se hallará que Dios tenga este género de amor de utilidad; pero respecto

de la humanidad de Cristo, fué verdadera y propiamente, y en todo rigor útil y provechosa la virgen á su hijo, por lo qual se puede decir rigorosamente, que es útil Maria á Dios su hijo.

Tampoco falta en Dios con esta bella criatura y santísima alma, el mas noble amor de todos, que es el de la verdara amistad, quando ni se pretende interés, ni le causa otra obligacion ni vínculo de sangre, sino que se ama á una persona por sus partes, su bondad y virtud, aunque no se interesase nada en esto, ni se le debiera amor por otro lado. Porque es tanta la grandeza de bondad y santidad de Maria, y la excelencia de su persona, que aunque no fuera madre suya, ni tuviera Dios provecho alguno en ella, la amára mas que á todos los Santos juntos, ángeles y hombres por su dignidad y santidad. Pues si cada título de amor de estos es tan vehemente, todos juntos ¿qué harán? ¿Con qué incendio de caridad amará Dios

á Maria? ¿Cómo podrá dexar de serle de gran gusto que amémos á quien tanto ama á su hija, á su madre, á su esposa, á su paraiso, á su mas estimada y provechosa prenda, al bien público del mundo, á la que causa mas su gloria y salud de los hombres, á la que es mas Santa y pura que todos los espíritus y Santos de cielo y tierra?

Y porque lo que se encomienda mucho en el amor, es la antiguedad: la persona humana á quien primero amó Dios, fué Maria, escogiéndola para sí, predestinándola ántes que á todos los demás Santos y amándola mas que al resto de la Iglesia. Y porque es del que ama manifestarse á la persona amada, se descubrió muchas veces la Santísima Trinidad á Maria, viendo ella en vida claramente la esencia divina, con mas gloria que los bienaventurados en el cielo, que fué gran señal del amor de la virgen no guardarse leyes con ella, dispensando á que viese á Dios como en sí es,

estando ella en esta vida, y que fuese ántes de la muerte y resurreccion de su hijo. Abrahán, David, Elías, Jeremias y los demás Santos patriarcas y profetas de la ley antigua, aun despues de muertos y purgados sus pecados de la mas mínima pena que debian, estuvieron aguardando la muerte de Jesus, para que les rasgase el velo, con lo qual pudiesen ver á Dios. Mas Maria, aun en vida mortal se le anticipó la vista clara de Dios, y esto ántes de la pasion de su hijo, que el amor que Dios la tenia no sufria largas.

CAPITULO VI.

Del amor que tienen todas las gerarquias de los ángeles á Maria madre de Dios, y como los debemos imitar.

Si de esta manera vén los Santos ángeles que ama Dios á Maria, ¿cómo podian ellos

dexar de tomar su exemplo y hacer aquello en que se esmera tanto su criador, y darle este contento tan justo, como es que amen y sirvan á su querida criatura, á su primogénita hija, á la madre de Jesus, y esposa amada de su divino amor y reyna de los mismos ángeles? Por cierto que es para sacarnos los colores al rostro, ver nuestra vileza y desagradecimiento, que siendo Maria de nuestro linage y recibiendo nosotros tantos beneficios de su mano, nos descuidémos en su servicio; y que los ángeles con no interesar lo que nosotros, ni ser de su linage, se regocijan en el alma de hincar la rodilla á una doncella que es de extraña naturaleza y ménos noble que la suya. Por cierto, que aunque no hagan mucho en sujetarse á Maria por lo que les excede como inmensamente en gracia y otros favores divinos: con todo eso es de estimar la humildad y llaneza de los mas altos serafines, y quán sin interés, sin envidia, ni respeto propio, ni segunda inten-

tencion aman, sirven y se sujetan á una muger, que tienen por gran favor verse mandados de ella, y la tienen tal ley y estima de lo que les encarga, que á Santa Brígida la fué revelado, ser el respeto y obediencia que tienen los ángeles á la virgen, tan grande, que ántes quisieran padecer todas las penas del infierno, que faltar un punto á lo que les ordena.

Los espíritus que mas se esmeran en esta sujecion, son los mas altos, que tienen por gran favor ser escogidos para servir á Maria, echarse á sus pies y estar en su presencia, y esto aun quando no era coronada en el cielo por reyna suya. Y S. Gabriel, que es uno de los mayores espíritus, aun quando no era madre de Dios, tuvo por singularísimo favor ser señalado para servir á tal Señora; y como se cree, ser su principal ángel de guarda: porque muchos asistian perpetuamente á la que habia de ser su reyna, que estarian con gran gusto en su presencia, admirados de tal criatura

y tal santidad como en ella conocian; porque así como á la Magestad de un rey pertenece tener mucha gente de guarda que le acompañen, así Maria reyna de los cielos, habia de tener muchos ángeles que la asistiesen y siguiesen donde quiera que fuese. Por cierto que sería de ver aquel acompañamiento que harian quando subia por las montañas de Judea á la casa de Zacarías, ó quando iba con San José á matricularse y pagar tributo al César, el qual nunca tuvo acompañamiento ni triunfo en Roma, como tuvo aquella humilde doncella en los desaciertos. ¿Qué cosa de mayor admiracion seria (si á uno se le abriesen los ojos del alma) ver millares de millares de espíritus siguiendo á una pobrecita? Mas los ángeles no se desdeñaban de servir y acompañar como humildes esclavos á la que se tuvo por esclava del Señor, é iba á obedecer á un hombre tirano.

Pero entre los ángeles que mas se preciaron de ser criados de Maria, y que

hicieron mayor honra de servirla, fué San Gabriel, como he dicho: lo qual es tanto mas para movernos y edificarnos su devocion y afecto, quanto era de los mas supremos espíritus, y de los privilegiados y exêntos del oficio de guardar á los hombres, tratar con ellos y traerles recados, que es cargo de los ángeles de los órdenes inferiores; con todo eso, este altísimo espíritu no reparó en su dignidad y privilegio, sino que cediendo á su derecho, quiso abatirse á estos ministerios menores, no solo á ser guarda y traerla recados de Dios, que esto no era mucho, pues era tanto mejor que él su reyna; pero para con qualquier otro hombre, como fuese cosa que por qualquier lado tocase á su reyna, ó fuese negocio que la perteneciese, y así vino á hablar á Daniel, á Zacarías profeta, á San José y á Zacarías padre de S. Juan. Cierto que fué grande la devocion y la ley de este gran ángel con Maria, que no quiso que pasáse servicio que no fuese por su

mano, interviniese él por sí mismo, sin fiarlo de otros ángeles á quien suelen cometer los superiores semejantes recados. Sin ser él ángel de guarda del pueblo de Dios, era el procurador de sus negocios y de su bien, mas que si fuera su ángel custodio, porque de aquel pueblo habia de nacer la virgen: y así, viniendo el ángel de Judéa con la medida de la grandeza de Jerusalén que habia alcanzado de Dios se reedificáse, le salió al encuentro San Gabriel, pareciéndole poco aquella medida, y consolando á Zacarías con que mucho mayor se habia de reparar aquella ciudad en que habia de nacer Maria, que no se habia de estrechar á límite de muros; y hablando con los de Judéa, les dice: Quien os tocáre, será como tocarme á mí en las niñas de los ojos: teniendo por gran favor le cometiese Dios la venganza de aquellas naciones, que habian injuriado y quitado el reyno á los antecesores de aquella doncella á quien él habia de servir, guardar y

adorar como su reyna y madre de Dios. El fué el que empezó á tratar con Dios y recabar la libertad de aquel pueblo, sin tocarle por oficio. El con oraciones fervorosas y con razones que alegó, venció al ángel del imperio de los Persas, esto es, le convenció ser la voluntad de Dios, que saliese el pueblo de Judéa del imperio Persiano; porque el otro Santo ángel no queria esto, por el bien que resultaba á muchos Persas con la comunicacion del pueblo fiel. El quiso andar al lado del rey Ciro, para no perder ocasion de inclinarle á misericordia y benevolencia con el pueblo de quien habia de nacer Maria, para que le diese libertad, como de hecho lo hizo. Abatirse á todas estas cosas sin tocarle de oficio, es mucho en un tan levantado espíritu. Finalmente, él anduvo mas solícito del bien del pueblo de la virgen, que si le tuviera á cargo: y la sagrada Escritura nos le propone como la causa principal, no como quien solo ayudaba al ángel cus-

tódio ó protector del reyno de Judéa, sino como quien tomaba por suya toda la causa: y así se dice, no que San Gabriel ayudaba al ángel príncipe de Judéa, sino que este ayudaba á San Gabriel. ¿Pues qué diré de la devocion con que hincado de rodillas la dixo el Ave Maria, y nos enseñó esta oracion que tanto nos ha importado? El fué el primero que acertó á saludar á esta Señora, y nos mostró como habiamos de recabar de ella aun imposibles; y ahora en el cielo se señala con esta devocion, y así trae por insignia y blason escrita el Ave Maria, como dice Santa Matilde. A este mismo espíritu están agradecidos los demás ángeles, por haber sido el embaxador que declaró á la virgen el deseo que tenian todas las gerarquías del cielo de verla allá, y negoció su partida tan deseada de ellos.

De San Rafael han dificultado algunos, como siendo uno de los siete ángeles que asisten delante de Dios, y son de los

mayores y como los grandes del cielo, y aun quieren algunos sean serafines, se abatió á servir á Tobías en el camino, y fué enviado á ministerio tan baxo. Yo pienso que si miramos á que aquella embaxada fué por favor de la castidad y de aquella Santa Sara que era figura de Maria, que este altísimo ángel tendria por suma honra que hiciese Dios caso de él, aun para servir en una sombra á Maria, patrona de la castidad y maestra de la virginidad: porque ahora, sea porque oyó de los profetas decir de una virgen de quien habia de nacer el Salvador, ahora por otra revelacion, él conoció el servicio que se habia de hacer con la castidad y pureza á su reyna. Y ahora no hay duda, sino que este grande ángel es muy servidor y familiar á su reyna: porque como sea el patron de los enfermos, conforme á su nombre, que es medicina de Dios, y la virgen haga en este género cada dia infinitos milagros, es fuerza que este santo espíritu reciba infinitas órdenes

de esta gran Señora, y por otra parte, él acuda en todas las cosas á ella: porque como todas las gracias (aunque sean beneficios temporales y del cuerpo) se han de hacer por esta Señora, no podrá él recabar de Dios nada que no sea por medio suyo: así estará muchas veces hincado de rodillas delante de Maria, para haber de cumplir su oficio y presidencia.

Pues San Miguel, que es capitan general de la milicia de Dios y guarda de toda su Iglesia, ¿qué antigua devocion tuvo á la reyna del cielo, sujetándose á ella y á su hijo, quando encendido de zelo divino echó del cielo á los espíritus rebeldes, que segun San Bernardo y otros doctores, fué por su soberbia, por no querer reconocer sobre sí á quien era de inferior naturaleza? Mas San Miguel vandeó los ángeles buenos, para que se sujetásen á naturaleza extraña y ménos noble que la suya, que fué una grande fineza y servicio que hizo á Jesus y su madre; y no dudó, sino que

despues que vió ser tal Maria, no le pareció habia hecho mucho, y que no era humildad, sino mucha honra y gloria suya sujetarse á ella. Favoreció tambien mucho á la reedificacion de la pátria de Maria, así siendo juez delegado de Dios en las causas de las almas, en el juicio que hizo del sacerdote Jesus, hijo de Josedec, á quien el demonio acusaba de bastantes pecados, porque tuvo notables descuidos de su oficio pontifical, no cuidando que el pueblo supiese la ley de Dios, ni apartándole de los matrimonios prohibidos que hacia con los paganos, permitiendo esto aun sus hermanos é hijos. San Miguel le miró con buenos ojos, ahuyentando al demonio, alcanzándole de Dios perdon de sus pecados, y tal mudanza de vida, que fuese un santo: prometiéndole de parte de Dios, si perseveraba bien, de darle muchos ángeles de guarda que mirásen por él: todo esto, porque habia de ser parte aquel sacerdote para que se reedificase aquella ciudad en que habia de nacer Maria.

Ahora es fuerza sea devotísimo San Miguel de esta Señora, y tenga con ella gran cabida, acudiendo y postrándose muchas veces á sus pies: porque como es guarda y patron de toda la Iglesia militante que está á su cuidado, ha menester mucho á la madre de Dios, para recabar de ella los favores que pretende se hagan á los fieles: porque si no es por Maria, no puede negociar nada.

Los ángeles del ínfimo coro tienen la misma razon para servir mas á Maria, porque los importa para recabar para sus encomendados muchos favores de Dios por su mano, y así con grande afecto la procuran tener ganada, y en viendo á uno nombrar su nombre, se les llena su espíritu de dulzura, y como dice Santa Brígida, ofrecen á Dios con mas cuidado las oraciones de aquella persona; y lo que mas es, por la devocion que tienen á su Señora, dice Santa Gertrudis, que todos los espíritus y bienaventurados en oyendo nom-

brar á San José, se inclinan y hacen reverencia, por la dignidad tan grande que tuvo de esposo de la madre de Dios.

De otras revelaciones consta, con quanta devocion saludan los cortesanos del cielo á su reyna, diciendo á coros el Ave Maria, dándonos exemplo á nosotros de rezar devotamente el rosario; y no solamente en el cielo, sino quando estaba Maria en carne mortal en la tierra, baxaban exércitos de ángeles á decirla la salutacion del Ave Maria, como los oyó Santiago. Huélganse tambien tanto que nosotros la honremos y tomemos por madre y abogada, que quien á Maria pide algo, es pedirlo en particular á todos los ángeles del cielo: porque como dixo su devoto capellan y fortísimo mártir de Cristo el Padre Edmundo Campiano, quando uno pide á Maria alguna cosa, todos los bienaventurados lo piden, por ver honrada á su reyna. Y no se echó de ver poco el cordial amor que todas las gerarquías tienen á esta Se-

ñora, en el deseo que tuvieron de tenerla en el cielo y acabar de verla coronada por reyna suya, como la misma virgen dixo ántes de su muerte, que fueron ardientísimos y tan de veras, que merecieron ser cumplidos, y llevársenos á Maria acelerando su partida: porque así como los patriarcas antiguos, desearon con ardientes ansias que acabase de baxar el hijo de Dios á la tierra, y merecieron con sus deseos que se cumpliese la venida de Cristo mas presto; así tambien los ángeles, pero con muchos mas fervorosos deseos, desearon que subiese Maria de la tierra al cielo, y alcanzáron que se apresuráse su jornada. Venian entre tanto de todas las gerarquías, á verla, adorarla y admirarse de ella, no sufriéndoles su amor estarse tanto sin verla. Quando estaba en la cama de la enfermedad que espiró, oyéron los apóstoles los ángeles que estaban cantando himnos celestiales, y despues todo el tiempo que estuvo su cuerpo en el sepulcro, no se apar-

taron de él, bendiciendo y alabando con divinos cantáres aquel Tabernáculo de Dios. El gozo que tuvieron con su llegada al cielo, fué increible; y verdaderamente es cosa para considerar, que quando subió Cristo al cielo, sobraron ángeles que hablasen en la tierra á los Apóstoles, y les advirtiesen como subia al cielo su maestro Jesus, y que este mismo habia de venir otra vez: mas en la Asuncion de Maria no se supo que faltáse ángel á su fiesta, ni hubo quien desengañáse á los Apóstoles y avisáse de lo que pasaba. ¿Cómo estarian embebidos todos en la hermosura de su alma? ¿Qué inmensas alabanzas darian á Dios, por haberles dexado ver aquel dia? ¿Por quán grande honra tendrian los serafines ser pisados de sus plantas?

Ni declára poco la devocion de todos los ángeles con Maria, lo que dice S. Bernardino, que al tiempo de concebir al hijo de Dios, toda la corte del cielo, que entónces solo eran ángeles, con todos sus

deseos y conato tenian los ojos puestos en la virgen, para acudirla con su servicio, porque yá desde entónces la adoraron como á su reyna. Deseo que tuvieron millares de años habia, porque las ansias y deseos de los ángeles por tener á Maria, no fué solo desde que nació, sino desde que Dios les reveló al principio del mundo, que por una muger habian de ser reparadas sus sillas.

CAPÍTULO VII.

Quán grande es este amor que tienen los ángeles á Maria madre de Dios.

Este amor y ley que tienen los ángeles á Maria, es intensísimo, firmísimo y fundado en muchas razones: que si bien la principal es, ver que gusta Dios de ello, y el exemplo que les dá su divina Magestad, hay otras muy fuertes, como es la gran-

deza, bondad, hermosura y gracia de la misma virgen, ser su Señora y reyna legítima, porque en el cielo están subordinados y sujetos unos ángeles á otros, y con tanto amor, como si fueran hijos y padres: así al gobierno y superioridad de unos ángeles en otros, llamó San Pablo paternidad, porque miran á los superiores como padres: y yá que Maria se les ha puesto por superiora y reyna, equivaliendo ella sola á una quarta y suprema gerarquía despues de Dios, míranla como á madre con amor de hijos, por su imperio tan suave, amoroso y benéfico: tambien les obliga mucho á tenerla cariño, ver que todos los favores que reciben ahora de Dios dependen de Maria, y que ella es su maestra y su iluminadora superficiente; porque así como los ángeles de inferior gerarquía son iluminados de la superior, así los espíritus de la mas alta gerarquía son iluminados, enseñados y perfeccionados de la virgen, recibiendo muchas ilustraciones, reve-

laciones y mandatos de Dios por esta su Señora, que ella sola (pues con incomparables ventajas no tiene igual) está como en una quarta y suprema gerarquía criada; y así, segun órden y disposicion de la casa de Dios, se han de sujetar todos los espíritus celestiales á Maria, de manera, que no solo todo el bien de los hombres nos viene por esta Señora, sino el de los ángeles. Allegase á esto, que por ella se reparó su república, destrozada con la caída de los espíritus sus compañeros; y como ven que por Maria se reformó, y restaura por sus devotos é hijos, tiénenla por esto grandes obligaciones, y le son agradecidos con grande amor y lealtad.

Tambien están reconocidísimos á esta Señora, por la honra que les hizo de dilatar su república y vida angélica en la tierra, con la virginidad y castidad que introduxo en los hombres, y fué ella la primera que hizo voto de esta virtud. Tiéneles tambien la madre de Dios muy obligados, por

lo que les ayuda en sus oficios y ministerios. Lo uno, porque para ellos han menester favor de Maria, para recabar de Dios gracia para sus encomendados. Lo otro, porque la misma virgen por sí, les ayuda en ellos, y es mas guarda de los hombres, ciudades y reynos, que los mismos ángeles de guarda, arcángeles y principados. Demás de esto, por la enseñanza que les dá con su exemplo; porque en todos sus ministerios tienen por declarado á Maria, que ella sola exercita todos ellos, sin comparacion mejor que todos los ángeles juntos. Ella guarda los hombres, y á cada uno en particular, que es oficio de los ángeles del primer coro: ella tiene cuenta con las repúblicas, que pertenecen á los arcángeles: ella mira por los reynos, que toca á los principados: ella encarcela y reprime á los demonios, mas que las potestades mismas: ella hace mas poderosos milagros que las virtudes del cielo: ella intíma los órdenes de Dios, con mas autoridad que las domi-

naciones: en ella descansa Dios con mas gusto y magestad que en los tronos: ella alcanza y penetra la esencia divina, para enseñar é ilustrar los ángeles, mas que los querubines: ella se abrasa mas en amor de Dios que todos los serafines, y les enciende con su exemplo; y creo por cierto que se podrá decir, que al mismo Dios le enciende en amor y caridad: que si bien Dios es causa de todo el bien, grandeza y amor de María, y que está en su Magestad todo el bien eminente é infinitamente, y que el amor de Dios siempre es y fué infinito, pero quanto á sus efectos, por María han crecido las gracias que hace á los hombres, y parece ha crecido su amor; y que como dice Santiago: el Espíritu Santo, que es amor de Dios, codicia y ama por emulacion, como por competencia de María. Sea licito traer de la impía y ciega gentilidad una parábola que pueda dar á entender esta piedad de María, como provocó y avivó la de Dios en la forma que se ha di-

cho, para que creciese la misericordia divina, como dixo Ricardo de San Victor. Decian que buscando la madre del Dios amor, traza para que creciese su hijo que se quedaba niño y pequeño, le dieron por consejo que buscáse otro amor, y que en competencia y por emulacion crecieran entrambos. Verdaderamente si se comparan los efectos del amor de Dios con los hombres, y las misericordias divinas, ántes de que Maria naciese ó despues, que parecerá niño el amor de Dios antiguo, respecto de lo que ahora pasa: porque despues de Maria, y por Maria, nos dió Dios á su hijo: envió al Espíritu Santo que es su mismo amor, sobre los hombres, y sus misericordias son sin comparacion mucho mayores; y podemos decir, que por el amor de Maria han crecido, que no ha querido Dios dexarse vencer de una doncellita. La caridad de Maria deseó ardientísimamente que viniese luego el hijo de Dios al mundo, para remedio suyo: no quiso Dios ser

ménos fervoso en executar, que Maria en desear, y cumpliólo luego. Maria con sus piadosas entrañas, deseó mayores gracias en los hombres, y que Dios se comunicáse mas que ántes. Obró luego su Magestad lo que esta virgen deseó: y por la misma razon no hay causa piadosa que desee Maria, que no otorgue la infinita bondad de Dios. Y porque no fuese ménos liberal Dios en dár, que Maria en desear que diese, de una vez la cometió el Espíritu Santo la jurisdiccion de sus gracias y dones: ¿pues qué mucho que enséñe Maria á los serafines á amar? ¿Y qué mucho que así amen los serafines, á quien así ama á Dios y á los hombres?

¡O amorosísima Madre mia! ¡O idéa de caridad! ¡O maestra del amor de Dios! Enseñad á vuestro hijo necesitado y rudo, lo que enseñasteis á las mas levantadas é intelectuales naturalezas; porque de las madres es enseñar á los hijos, para que amando á Dios, os ame á vos por el mis-

mo Dios que quiere lo haga así. ¡O Señora amabilísima! ¿Y quién para amaros tuviera tantos corazones, como miembros y artejos tiene en su cuerpo? ¿Quién tuviera las voluntades abrazadas de todos los serafines en su pecho, para que ardiendo con todo este incendio en amor de Dios, ardiera en amor vuestro, que no os ama, Señora, como vos quereis, quien no ama á Dios?

Por todas las causas dichas aman los espíritus celestiales á su reyna ardientísimamente, y no solo acuden ellos con gran presteza á las cosas de su servicio; pero quando vén que alguna persona se ocupa en honrar á su Señora, la asisten y acuden á ayudarla. Como pasó con la devota María de Ogniens, la qual quando iba á visitar una Imágen de la virgen, se holgaban tanto los ángeles, que la acompañaban en el camino y se le enseñaban, y si llovia la defendian de las aguas con un pavellon de estrellas. La misma virgen dixo á Santa

Matilde, que quando vinieron las gerarquías de los espíritus soberanos á asistirla á su triunfo, andaban muy solícitos los ángeles y arcángeles, que los Apóstoles y todos los demás hombres que estaban delante de ella estuviesen con extraordinaria reverencia y devocion. Dixo tambien á Santa Gertrudis, que desde quando estaba en el vientre de su madre Santa Ana, andaban los espíritus celestiales tan gozosos y solícitos en su servicio, que aun por los nueve meses que estuvo allí encerrada, el ayre y qualquier otra cosa con que se habia de sustentar la virgen, procuraban purificarlo y perfeccionarlo, honrándose tanto de beneficiar qualquier cosa que tocáse á su cuerpo: y porque participasen todos de esta honra y gozo suyo, se remudaban á veces los que hacian aquel oficio. De manera, que no solo ellos aman y reverencian á María, sino que queriendo hacerlo con infinito respeto, y no contentandose con lo que ellos hacen, procuran que

los hombres la honren, y todas las criaturas, elementos y toda la naturaleza, aunque no tiene sentido, la toque con respeto y sirva con pureza.

CAPÍTULO VIII.

Como fue deseada y amada Maria virgen y madre de Dios, de los patriarcas y profetas.

Es tan inmensa la santidad y grandeza de Maria, y tan útil esta admirable criatura al mundo, y de tanta honra á Dios, que como un infinito bien, no pudo su infinita bondad tenerle callado á sus ángeles y patriarcas antiguos, para que se consolásen con solo la esperanza de Maria, que ella solo les recreaba y alegraba el espíritu. El mismo Dios estuvo desde la eternidad contentísimo y deleytándose en tal criatura, de la manera que Abrahán se deleytaba con su hijo que le habia de nacer; te-

nendo en ella Dios consuelo de la pérdida de las otras hechuras suyas, por la ruina de los ángeles, por la caída de Adán, por la asolacion del mundo en tiempo de Noé. A Santa Matilde dixo la santísima virgen de sí misma: Como un artífice que se ha determinado á hacer una obra muy maravillosa la piensa con grande estudio, y con gran gusto de su corazon piensa en ella. De esta manera la Santísima Trinidad se deleytaba en mí y se gozaba, porque me queria á mí hacer tal, en quien campeáse todo el artificio de toda su potencia, sabiduría y bondad; y queriendo dár parte de su gozo á los angeles fieles, les consoló y regocijo con que habia de criar tal criatura, que ella sola bastáse con muchas ventajas para recompensar la pérdida de sus compañeros: y fuera de esto, que habia de hacer que les viniesen nuevos compañeros á llenar las sillas vacías, que fué un inefable gozo que tuvieron los espíritus celestiales con esta revelacion, quedando con

grande amor y deseo de ver yá á Maria, y adorarla por su reyna. Un ángel dixo á Santa Brígida, que admiradas todas las gérarquías de la silla que habia preparado Dios para Maria sobre todas ellas, y tan vecina á Dios, le cobraron tanto amor y respeto, que la amaban los serafines mas que á sí mismos, y con tan puro amor, que se holgaban mas de las mercedes que Dios habia de hacer á Maria, que si las hiciera á sí propios, y que se regocijaron mas, que quisiese Dios criar á Maria, que de su misma creacion. Y así, Dios con los ángeles, y los ángeles con Dios, se estaban complaciendo y deleytándose que tal criatura habia de ser.

Tambien despues que Adán se puso del lodo y cayó de aquel dichoso estado, Dios le declaró, como por una doncella habia de tener remedio muy aventajado su daño, que fué para él mayor contento, y el único que tuvo en su vida, afligida con la gran penitencia que hizo: amó y de-

seó con toda su alma á tal hija suya, que habia de ser madre de su vida y de su bien. A otros amigos suyos reveló tambien Dios la dicha y honra que habia de tener el mundo por Maria: porque como su Magestad divina se complacía tanto en tal criatura, él se holgaba de dár parte de este su gozo á los amigos. Abrahán recibió el mismo consuelo, como dixo el ángel á Santa Brígida, y que amó mas á Maria que á su hijo Isaac, y se gozó mucho mas en ella y la deseó, y que estimó mas á ella sola, que á todos los demás descendientes suyos, aunque habian de ser como las estrellas del cielo y arenas del suelo. Su hijo Isaac y su nieto Jacob, se regocijaron tambien en el alma con la esperanza de Maria, que por revelacion entendieron. Pues David, que tambien vió en espíritu á esta Señora, ¿qué amor y qué estíma tuvo de ella? Cantando con gran gozo su grandeza, dice: Asentóse la reyna á tu mano derecha, vestida de brocado de oro,

rodeada de una hermosa variedad de galas; dando aquí el parabien á Maria de ser reyna de los ángeles, de la eminencia de su dignidad y el precioso y fino oro de su inmensa caridad, y la variedad hermosa de sus virtudes divinas. Salomón, en todo un libro celebró á Maria, donde dice de ella mil grandezas, llamándola la toda hermosa, la inmaculada, la esposa, la amiga, la paloma de Dios, el pozo de aguas vivas y el jardin cerrado. Isaías, Jeremías, Ezequiel, Daniel y otros profetas, se regocijaron con su esperanza y dieron á entender su grandeza, celebrándola con varios símbolos y figuras: y enmedio de los pecados de Israel y de Judá, y de las calamidades de aquellos reynos y del mundo, se consolaban que por una virgen se recompensarian. En el Sermon ángélico que fué revelado á Santa Brígida, se dice así: Dolíanse los profetas, porque el templo en que se debian de ofrecer á Dios oblaciones, estaba destruido; pero regocijábanse, previ-

niendo tantos años ántes, que el templo de tu bendito cuerpo se habia de formar, que habia de recibir en sí con toda consolacion al mismo Dios. Dolíanse tambien, que derribados los muros y puertas de Jerusalén, habian entrado en ella los enemigos de Dios, ocupándola corporalmente, y Satanás espiritualmente; pero regocijábanse contigo, ó Maria, puerta dignísima, conociendo que en tí el mismo Dios (como gigante fortísimo) habia de tomar armas, con las quales habia de vencer al diablo y todos los enemigos: y así verdaderamente los profetas, como tambien los patriarcas, sumamente se consolaron de tu venida, ó madre dignísima. Aun á la gentilidad dió parte Dios de este bien que habia de suceder al mundo, celebrando las Sibilas de Maria, y prometiendo al mundo el bien que por ella nos habia de venir, con que imprimieron tanta estíma de esta Señora, que muchos siglos ántes que naciese, la edificaron suntuosos templos los gentiles.

Pues los que conocieron á Maria aun ántes de haber parido al hijo Dios, la querian como á su vida. Los que la veían se admiraban de ella, llenándoseles el alma de una gran dulzura, que les llevaba el corazon trás aquella niña. Los sacerdotes del templo la tuvieron tanta aficion y cobraron tanta estímia de su virtud, que la dexaban entrar cada dia á orar en el Sancta Sanctorum, donde solo el sumo sacerdote una vez al año podia entrar. A las otras doncellas, compañeras suyas en el templo, las tenia robadas la voluntad con su modestia, humildad y afabilidad. Pues si los extraños y los que no sabian lo que era Maria, la tenian tanto amor, sus santísimos padres Joaquin y Ana, ¿con qué ojos mirarian á tal fruto de bendicion? Pues San José como la trató familiarmente y sabía bien qué cosa era espíritu y santidad, estaba asombrado de la suya, y todo absorto en un castísimo amor de su esposa. Bien se echó de ver lo que la amaba, en aque-

lla ocasion que se le ofreció tan apretada, quando sin saber como, vió que estaba preñada; y por amor y estíma que de ella tenia, no se podia persuadir que habria mal en su esposa, y en caso que lo hubiese, el amor que le tenia no le dexaba aun con suma justicia agraviarla: y así escogió aquel prudentísimo medio de dexarla. Pero luego que por revelacion del cielo supo que habia concebido del Espíritu Santo al hijo de Dios, no se extrañó mucho; porque conocia, que si de alguna muger habia de nacer Dios, de ninguna podia mejor que de su esposa castísima y virgen recogidísima. Finalmente, todos los que veían y trataban á Maria, se la aficionaban, siendo á todos muy provechosa su modestia y compostura con que les ganaba, y á los pecadores mismos les componia de modo, que el propósito de pecar se les disminuía.

San Juan Bautista sin ver á Maria; solo con oirla, dió saltos de placer y gozo,

quedando perpetuamente devoto de esta su madre espiritual, con cuya visita recibió la primera gracia. Fué el primero que imitó la virginidad de Maria, y el alferez de esta virtud, dando despues la vida por la castidad, en que mostró lo que estimaba la pureza, que tanto resplandeció en su capitana Maria, de la qual fué siempre tan devoto, que mereció quando estaba preso, segun fué revelado al beato Amadeo, le visitáse en la cárcel, le consoláse y animáse al martirio la misma virgen y madre de su redentor.

¡O deseo de los collados eternos! ¡O deseo de los serafines y del mismo Dios! ¡O consuelo de los patriarcas¡ ¡O esperanza de los profetas! ¿Qué es posible que yo posea lo que tanto fué deseado de Dios, de los ángeles y de los hombres? ¿Y que no me mueva á amar mas la experiencia de vuestra misericordia, que movió á los Santos antiguos la esperanza de su remedio? Ameos yo, Señora, á quien

desearon tanto los patriarcas por generaciones, los ángeles por siglos, y Dios por eternidades.

CAPÍTULO IX.

Del grande amor y reverencia que tuvieron los apóstoles y discípulos de Cristo, á Maria madre de Dios.

Los apóstoles y discípulos de Jesus que conociéron de vista á Maria y la tratáron, experimentando su dulzura, recibieron sus prudentísimos y santísimos consejos, y viéron sus heroycos exemplos: ¿cómo podian dexar de amar á la madre de su querido maestro, y estársela mirando y remirando, y atónitos de su grandeza, divina modestia de su rostro y las demás virtudes que en ella resplandecian y admiraban á todos? Fué tan grande la devocion que la tuvieron, y lo que dixeron de ella á las

gentes que predicaban, comunicándole su devocion, que se iban los fieles á verla, haciendo por esta causa peregrinaciones muy de léjos, como consta de bastantes testimonios y tambien revelaciones. Dicen tambien, y lo confirma autoridad de grave y antiguo escritor, que desde España fueron algunos hasta Jerusalén á ver este prodigio de santidad, aun ántes que Santiago introduxese la devocion de esta Señora en estos reynos; porque con ocasion de la persecucion que en Jerusalén (quando fué apedreado San Estevan) se levantó contra los fieles y discípulos de Cristo, se esparcieron algunos á diversas provincias, y algunos llegaron á España, donde dixeron tantas grandezas de una muger virgen, que habia sido madre de Dios, encarnado para redencion del mundo, que muchos dexando sus casas se fueron á ver aquel milagro de gracia: y no hay duda, sino que de otras provincias hicieron otros la misma peregrinacion. Uno de estos fué San

Dionisio Areopagita, que dexando su patria y casa, hizo un largo camino por solo ver á la que tanto habia oido alabar á San Pablo, y luego que la vió quedó tan pasmado y fuera de sí, que la hubiera adorado por Dios, si no le dixera la fé lo contrario, y no se lo hubiera enseñado su maestro Pablo: y así en una carta que escribe al mismo Apóstol, agradeciéndole que por su consejo y con el favor que le habia dado para con San Juan Evangelista, habia llegado á ver á Maria, dice esto: Digo la verdad delante de Dios, que no creí que fuera de Dios se podia tener ni entender por hombre alguno lo que yo ví, no solo con los ojos del alma, pero con los del cuerpo, porque miré y remiré con mis propios ojos á la deiforme y mayor sobre todos los espíritus celestiales, la madre de Cristo Jesus, Señor nuestro, á la qual la benignidad de Dios, la autoridad de la cumbre Apostólica y la clemencia inagotable de la misma virgen Santa, me permitió ver.

Digo y confieso otra y mas veces delante de la omnipotencia de Dios, de la clemencia del Salvador y de la gloria de la magestad de la virgen su madre, que quando San Juan (cumbre del evangélio y de los profetas, que aun habitando en su cuerpo resplandece como un sol en el cielo) me llevó á la deiforme presencia de la altísima virgen, fué tanto lo que un resplandor divino é inmenso me hirió por de fuera, é interiormente me llenó de mayor luz, y tan grande la fragrancia de todos olores y aromas que me cubrió todo, que ni el cuerpo miserable, ni el espíritu, podia sufrir tantas muestras de la eterna felicidad. Desmayóseme el espíritu, oprimido con la gloria de tan grande magestad. Pongo por testigo á aquel Dios que estaba con la virgen, que creyera que era ella Dios verdadero, si no me hubiera enseñado otra cosa tu divina doctrina: porque parecia que no puede ser mayor la gloria de los bienaventurados, que aquella bienaventuranza que

yo desdichado ahora, pero entónces dichosísimo, gusté. Gracias hago á Dios omnipotente y bonísimo, á la divina virgen, al eminentísimo Apóstol Juan y á tí, cumbre y príncipe triunfante de la Iglesia, por quien alcanzé tales cosas. Todo esto es de San Dionisio. San Pablo hizo otra peregrinacion, para ver, comunicar y ser enseñado de la madre de Dios, como escribió Juan Menesio, y le sucedió semejante admiracion que á San Dionisio; porque admirado de la sabiduría y aspecto sacrosanto de la virgen, dixo: Hasta ahora, desde el dia de mi conversion, he creido que Cristo es hijo de Dios, y ahora he conocido la divinidad del hijo por la divina presencia de la madre. Tambien visitó á esta Señora San Ignacio mártir, con cuya presencia cobró mas aficion á Jesus, de modo que no le faltaba de la memoria este pensamiento: Jesus, hijo de Dios y de Maria. Jesus, Hijo de Dios y de Maria. Movióse á querer ver á la virgen, por las grandezas que

de ella oía, que en parte significa en una carta que escribe á San Juan Evangelista, donde le dice: Conforme á lo que nos han contado personas dignas de toda fé, en Maria, madre de Jesus, se ha juntado la naturaleza de una santidad angélica con la naturaleza humana: y tales cosas oímos, que nos estimulan el corazon y las entrañas, y nos fuerzan á desear vehementemente ver este prodigio del cielo y sacratísimo espectáculo. Pues los Apóstoles, que tuvieron mas luz, y conversáron con Maria siempre, hasta que se repartieron por el mundo, ¿qué sentirian en su corazon? ¿Qué afectos, qué devocion la tendrian?

Y así, por este grande y casi inmenso amor, que vió Cristo tenian sus discípulos á Maria, se la dexó acá quando subió al cielo, por no desconsolarnos del todo, y para que con su presencia confirmáse en la fé los recien convertidos, y con sus consejos y providencia miráse por su Iglesia, é hiciese crecer aquella planta tierna: y así

lo hizo, correspondiendo al amor y confianza que en ella tenian los Apóstoles. Ella los recogió en el Cenáculo (como dice Ecumenio) para que viniese sobre ellos el Espíritu Santo: ella con su exemplo les excitaba á orar instantáneamente: ella les aconsejaba lo que convenia á la gloria de Dios; y así, en el primer concilio que celebraron, no queriendo ella entrar en él por su humildad y observancia, porque no se traspasáse ni dispensáse en ella el órden de la gerarquía eclesiástica, enviaron primero á tomar en particular su parecer, el qual ella les dió, y como era del Espíritu Santo, que por ella hablaba, le siguieron guiados por el mismo Espíritu: y así algunos han querido, que quando los Apóstoles definieron, diciendo: Ha parecido al Espíritu Santo y á nosotros, que por el Espíritu Santo entendieron á Maria, por tener sus palabras por inspiraciones del Espíritu Santo. Pero aunque esto es así, que tuvieron los Apóstoles tanta devocion y es-

tíma de Maria, no creo que ella con su profundísima humildad permitiera que en aquella definicion fuese antepuesta á nadie, y mas á los sacerdotes de su hijo, ni que se dixese que ella definia, porque no definió, sino aconsejó, no queriéndose entremeter en el oficio de prelados de la Iglesia; y bien, era ella la maestra de los maestros, y la profetísa de los profetas. Antes fué tan grande la honra que hacia á los Apóstoles y amor que les tenia, que dicen graves escritores pidió á San Lucas, al qual conocia ser especialísimo devoto suyo, que quando contáse los que estaban congregados aguardando la venida del Espíritu Santo, no la contáse á ella en el primer lugar, sino en el último despues de los sacerdotes: que cierto es un singular exemplo de humildad y reverencia al oficio sacerdotal, para que vean los señores seglares como deben tratar y estimar este estado, pues la reyna del cielo le estimó tanto, que no quiso ser antepuesta á nin-

gun sacerdote. Y San Lucas, con desear honrar á esta Señora todo lo que podia, fué tanto el respeto y amor que le tenia, que no se atrevió á dexar de hacer su gusto, y así la nombró en esta ocasion en el postrer lugar. Con tales exemplos como estos, ¿cómo no robaria Maria los corazones de los discípulos de su hijo, espantados de su estupenda santidad que en todas las cosas experimentaban?

No dudo, sino que no hubiera poder en la tierra que les apartára de la presencia de Maria, si no fuera la fuerza de caridad y necesidad que tenia el mundo de su predicacion, y que se partirian á cumplir su oficio llevándola en el corazon, predicando en todas partes sus grandezas, como dice el Idiota sábio, y comunicando su devocion y ensalzándo su purísima concepcion sin pecado original, acordándose muchas veces de la dicha de San Juan, que le cupo vivir con ella y tenerla á su cargo como hijo á madre, conforme á lo que

Cristo Jesus al partir de esta vida ordenó. Procuró este Santo Apóstol quanto le fué posible, lograr esta suerte que tuvo, no apartándose de este bien y de esta gloria del mundo que le quedó encomendada: no daba paso la virgen, que San Juan no la fuese acompañando y sirviendo, aunque salia poco de casa esta modestísima Señora. Los mas pasos que anduvo, fueron á adorar los lugares de la pasion de su hijo, al monte Calvario y al Santo Sepulcro, los quales muchas veces la virgen, acompañada de San Juan, visitaba, y en ellos hacia oracion y memoria de tan altos misterios.

Aun quando esta Señora vino á España en hombros de ángeles, como luego dirémos, á visitar y consolar otro Apóstol de su hijo, vino tambien con ella S. Juan. ¿Quién podrá decir la devocion de este Apóstol querido de Jesus para con Maria, y quanto aprovecharia con su exemplo? ¿Qué fiel la fué, no dexándola nunca, sirviéndola en todas las cosas, y principal-

mente en el oficio que ella mas gustaba de capellan suyo, diciendo la Misa y comulgándola todos los dias? ¿Con qué reverencia estaria en su presencia, estremeciéndose de tanta santidad y tanto Dios como en María rebosaba, no atreviéndose á mirarla? Por lo qual tiene ahora en el cielo particular don y gloria en los ojos, como lo vió Santa Matilde, por el sumo respeto y modestia con que estaba delante de la virgen, no atreviéndose á levantar los ojos delante de ella, ni mirarla á la cara.

Mas aunque los demás Apóstoles se partieron al cabo del mundo, no dexó de asistirles esta Señora con su cuidado y oraciones, y aun tambien con su presencia, llevándola los ángeles á visitarlos y consolarlos. En España recibimos este particular favor, que viniese en persona á estos reynos la madre de Dios, traida de los ángeles á visitár á Santiago, que estaba entónces en Zaragoza, el qual fué singularísimo devoto de la virgen, acordándose

muchas veces de ella quando estaba ausente y deseando verla, pidiéndole su ayuda en el oficio de su predicacion, por lo qual la misma Señora le amaba mucho, y porque fué virgen toda su vida; y así, vino Maria á cumplir su deseo, para que la viese, y tomar ella aquella provincia por muy suya, mandándole que le edificáse Iglesia allí, donde le apareció sobre una columna, que es primer templo que los fieles edificáron á Maria, y fué estando ella en la tierra.

De los otros discípulos de Cristo tambien se acordaba Maria, rogando perpetuamente á su hijo por ellos, y en sus trabajos se acordaban de pedir su favor, que por revelacion del cielo ella lo conocia y entendia sus necesidades, y luego oraba por ellos. De San Esteban sabemos, que tuvo revelacion la virgen quando le apedreaban, que tambien por ser virgen fué muy querido de Maria, y diácono de su querido Apóstol Santiago; y luego ella hinca-

da de rodillas rogó por él, con lo qual tuvo aquella constancia admirable y ardiente caridad con que pidió perdon para sus homicidas: con la qual oracion, y mucho mas con la de la virgen, ganamos á San Pablo, que le encomendó á Dios esta Señora viendole tan disoluto, para que se trocáse para bien de la Iglesia; y así salió este gran Apóstol tal y tan devoto de la virgen, que imprimió su particular devocion á sus discípulos, como á San Hieroteo, San Timoteo y San Dionisio, y envió á este último á verla, encomendándole á San Juan para que le pusiese con la virgen, lo qual San Dionisio no acaba de agradecer: y todos estos tres, y otros discípulos suyos, por la devocion que tuvieron á la reyna del cielo, concurrieron á su tránsito, aventajándose San Hieroteo entre todos, fuera de los Apóstoles, en hacerse lenguas alabando á Maria, engrandeciéndola y celebrándola con devotos himnos. San Lucas, que comunicó tanto á San Pa-

blo, que llama el Apóstol su evangélio al de San Lucas, salió afectuosísimo siervo de esta Señora, y por la gran devocion que la tuvo, hizo muchos retratos suyos y estatuas, y en su evangélio habla de ella mas que ningun otro evangelista, así por lo que oyó de la boca de la misma virgen, como porque tambien le diria San Pablo algunos misterios que la tocaban. A otros escribia María, y les consolaba, animaba y confirmaba en la fé, como hizo con San Ignacio el que llamáron deifero, que sin duda tanto fervor y caridad como tuvo, fué porque se lo alcanzó la virgen.

Tambien declára mucho la devocion y amor de los Apóstoles con María, que ántes de acabar de repartirse por el mundo, consagráron por Iglesia la casa de la misma virgen de Nazaret, y la dedicáron á su nombre y honra; y no dudo, sino que por las provincias adonde llegaban, iban consagrando templos, levantando aras, colocando imágenes, y de todas maneras in-

troduciendo la devocion de la madre de Dios. De San Pedro escriben algunos autores, que quando vino á España, traxo consigo desde Antioquía algunas imágenes de la virgen, para aumentar la devocion que en estos reynos habia introducido Santiago, el qual no solo edificó la casa del Pilar de Zaragoza, pero pegó tal devocion á sus discípulos para con esta Señora, que dentro de un año la edificaron en España muchos templos, aun ántes que los Apóstoles la dedicásen por templo suyo la casa de Nazaret; porque San Epidio en Toledo, San Pio en Sevilla, S. Agathadoro en Tarragona, y otros discípulos de Santiago en otras ciudades de España, consagraron Iglesias á la madre de Dios el año siguiente, despues de habersela dedicado Santiago en Zaragoza.

Pues al partirse de esta vida la virgen, ¿cómo se descubrió el amor y afecto que los Apóstoles y todos los fieles la tenian? Porque luego que publicó San Juan,

que la madre de Dios le habia dicho que se acercaba su partida, corrió la voz por todas las Iglesias y concurrieron á Jerusalén con grande afecto y ansias innumerables personas; y á los Apóstoles que estaban mas ausentes, les fué revelada su partida, con lo qual al punto corrieron á aquella ciudad santa para hallárse á su tránsito; y los que no podian llegar á tiempo, mereció su grande devocion y ansioso deseo, que los ángeles los traxesen á Jerusalén, donde con lágrimas de amor y devocion asistiéron al rededor del humilde lecho de Maria, teniendo cada uno en la mano una vela encendida, y estremeciéndose de aquel prodigio de santidad recibieron su bendicion, quedando bañados de dulzura. Santiago, aunque yá difunto, no faltó tampoco allí, por la grande devocion que tuvo á la madre de su maestro, y así vino su alma á asistir á aquel espectáculo: y no hay duda, sino que concurrieron mas gozosos los ciudadanos del cielo á recibir

á su reyna, que los discípulos de Cristo y los fieles á despedirse de ella. Aumentóse la devocion y afecto de los Apóstoles, quando entendieron ser llevada en cuerpo y alma al cielo, cantando todos á porfia y como fuera de sí por su gran devocion, entonando muchas alabanzas á esta Señora: no de otra manera que quando vino el Espíritu Santo sobre ellos, publicaban con gran fervor, como ébrios, en varias lenguas, las grandezas de Dios. El no haber alabado mas los Apóstoles á Maria miéntras vivia, dicen que fué porque quisieron condescender con su humildad, y no darle ocasion de sentimiento por verse alabada; pero despues de muerta bien se desquitáron, deshaciéndose en alabanzas suyas.

CAPÍTULO X.

Del amor y ternura que otros santos varones han tenido con la virgen Maria.

Fuera infinito contar el afecto y amor con que otros Santos succesores de los discípulos de Cristo han reverenciado y servido á su madre Maria: porque como los Apóstoles por haberse aventajado en santidad á los demás Santos, tambien se aventajáron en el amor y devocion á esta Señora: de la misma manera, los mayores Santos que despues acá han florecido en la Iglesia, se han señalado en su devocion. Por la misma causa los patriarcas de las religiones, en los quales estuvo como en una arca de agua recogida la grande santidad y espíritu que de ellos se habia de comunicar á sus hijos, se esmeraron en esta devocion. ¿Qué ternura no tuvo San Bernardo con Maria, como con su querida

madre? ¿A qué trabajos perdonó Santo Domingo por publicar su devocion? ¿Qué otra abogada para sí y para los suyos escogió San Francisco? ¿Qué obra emprendió San Ignacio nuestro padre, que no fuese con las alas que le daba esta Señora, con la grande confianza y devocion que en ella tenia, experimentando siempre su amparo, visitándole ella muchas veces, trayéndole del cielo el don de la castidad, enseñándole las reglas de aquellos divinos exercicios espirituales que escribió, enderezándole en las constituciones que ordenó de su religion y confirmándolas? Ella tambien le puso con su hijo y con el Padre Eterno, y la vió el Santo muchas veces que estaba rogando por él. Finalmente, tuvo tanto amor á este su siervo, que apareció á muchos estando él vivo, y les dixo que se hiciesen sus hijos y entrasen en su religion. Pero porque la devocion de estos y otros santos padres antiguos de la Iglesia para con la virgen es mas sabida,

no me quiero detener en contar sus ternuras y finezas con esta Señora, solo me contentaré con traer algunos extremos que hicieron otros santos varones por servir á Maria, para animarnos nosotros á lo mismo, y para que entendamos con qué extremo (*si* extremo puede haber) hemos de amarla y servirla.

San Pedro Damian escribe de su hermano Marino, que se encendió tanto en amor de Maria, que deseoso de agradarla y servirla, y de ser su perpetuo esclavo, se ofreció delante de un altar de esta Señora por su humilde siervo: y para mostrar lo que se honraba de ser su esclavo, se puso al cuello la pretina en lugar de argolla: y queriendo ser tratado como tal, se hizo azotar en el mismo lugar y luego pagó una suma de dinero por tributo y reconocimiento de su servidumbre, prometiendo de continuar cada año este tributo. Y la virgen santísima, que es agradecidísima, no solo á obras, sino á dos palabras

con que la saludamos, ¿cómo podia dexar de agradecer esta fineza? Tuvo siempre por hijo á quien se hallaba indigno de ser su esclavo, y á la hora de la muerte le vino á consolar y asegurar de su salvacion: porque sus cadenas, como dice el eclesiástico, son ataduras de nuestra salvacion. Cesareo escribe otro tanto del devoto siervo de Maria Waltero de Birbach, el qual encendido del amor que tenia á esta gran Señora, puesta una soga al cuello, se dedicó delante de un altar suyo por su esclavo, pagándole su tributo y reconociéndola cada un año con semejante pension por su única Señora, recibiendo en pago extraordinarios favores de su agradecida mano en vida y muerte. ¡O reyna del cielo! ¡O madre mia! ¿Qué tibieza es la que en mí veo, que aunque en el corazon y deseo me ofrezco por vuestro esclavo, en la execucion y en la obra, no parece que me precio aun de ser vuestro hijo, pues no hago obras de tal, que ni os sirvo como

esclavo, ni os reverencio como hijo? Por cierto que es grande nuestra vileza, que viendo tantos Santos que tuvieron por la mayor honra del mundo ser esclavos de Maria, no querrámos nosotros siquiera ser verdaderos y fieles hijos suyos, y servirla y amarla como merece el amor que mas que de madre nos tiene.

El fervoroso Padre Juan de Trejo, de nuestra Compañía, fué uno de los que mas se han preciado de esclavos de Maria: en cuyo reconocimiento iba á pie á una hermita apartada de esta Señora, y la regaba y barría, no así como quiera, sino con una admirable y nunca oída invencion, en que mostraba el ardiente amor y profunda reverencia que tenia á la madre de Dios, porque no regaba el suelo con otra agua que de sus ojos, vertiendo de ellos tan copiosas lágrimas de devocion y ternura, que bastásen á regarla. Despues él mismo, teniendo por mucha honra ser el mas vil instrumento del mundo, con tal que se ocu-

páse en servicio de esta gran Señora, no con otra escoba barría aquella Iglesia, que con su misma boca y rostro, dando de camino muy á menudo mil besos á aquel suelo santo, por ver que era casa de su Señora y madre tan amada. En las demás cosas iba de consiguiente cuidando del servicio de su Señora, con un increible zelo y vigilancia; con lo qual, habiéndole encomendado los superiores un Seminario de estudiantes que estaba á cargo de la Compañía, él tenia tanto zelo de ellos por ser congregantes de la virgen y dedicados á su nombre, que porque no disgustásen ningun dia á su Señora, ni faltásen en nada á la pureza, de que sabia gustaba de ella tanto, casi no dormia de noche, sino se iba adonde todos estaban durmiendo, y por las camas de cada uno, hincado de rodillas, hacia devota oracion por cada uno en particular, con ser muchos, porque el dia siguiente no ofendiesen á Dios, ni disgustásen á su bendita Madre, la qual le res-

pondió con grandes mercedes y favores que le hizo. El santo rey de Hungría Estéfano, tuvo por título mas glorioso que el de rey, ser esclavo de Maria; y así, quiso que su casa real de allí adelante se llamáse la familia de la virgen. Comunicó esta reverencia á sus vasallos, que por exemplo de su rey no se atrevian á tomar el nombre de Maria en la boca, sino solo nombrarla nuestra ama, ó la Señora absolutamente.

Al santo padre Martin Gutierrez, humilde y fiel esclavo de Maria, ¿qué visitas y favores no le hizo esta Señora? ¿Qué mercedes no le concedió? Pero no me puedo detener, que no quiero escribir su vida: solo diré algo de la devocion de este siervo de Maria, callando otras ternuras y extremos que han hecho muchos santos varones de mi religion, por el amor que tenian á la madre de Dios: porque este mismo santo padre vió una vez á la reyna del cielo, que debaxo de su manto tenia á todos los de la Compañía. Ardia pues

tanto el afecto de la reyna del cielo en este gran siervo de Dios, que donde quiera que iba y estaba emprendia tal fuego de su devocion, que no habia persona que cosa que pidiesen por Maria no hiciese, y fuese como un conjuro y divino encanto, para no atreverse nadie á negar nada; como tambien él hacia lo mismo, pensando, hablando y enterneciéndose siempre con su memoria, con tal concepto que hacia de sus grandezas: y andando tan atónito de su Magestad, que todos los dias, por estar á la puerta del refectorio una imágen de esta Señora, se quedaba despues de comer elevado de su grande afecto, suspenso por media hora, contemplando la caridad y magestad de Maria, quedando despues tan poco señor de sus sentidos, que no podia hablar. Su devocion sensible era tan continua, y las freqüentes visitaciones del cielo tan fuertes, que le derribaban en tierra, quedando muchas veces con una gran conmocion de manos y de los labios, y tal

semblante, que parecia se le queria saltar el corazon del pecho de puro afecto, y daba con él en tierra, principalmente si queria reprimir estos afectos de su devocion. Por menear muchas veces los labios muy aprisa y recio, sin pronunciar palabras claras, parecia, como la Santa Ana madre de Samuél, y como los Apóstoles despues de la venida del Espíritu Santo, que estaba ébrio y fuera de sí por la devocion de Maria. Los sollozos y suspiros no se alcanzaban unos á otros, haciendo entre tanto semejantes actos de devocion que el hijo de Santa Brígida. Dice esta santa de su hijo Cárlos, que solia decir de todo corazon: Tanto me huelgo que ame Dios á la virgen Maria su madre, sobre todas las cosas, que no hay para mí cosa, ni criatura que mas me deleyte: y si posible fuera que por un instante dexára de tener la dignidad que tiene, padeciera yo todas las penas del infierno eternamente, porque no cesára su grandeza un punto. Todos estos afectos va-

lieron la salvacion á este devoto y tierno mancebo.

En los mismos actos se ocupaba el gran siervo de Dios, Padre Diego Martinez, de nuestra Compañía, por los quales mereció muchos favores de la madre de Dios, y tales regalos, que era llevado en las festividades de la virgen, á oír como las celebraban los ángeles, de los quales enseñado, decia: Quisiera yo tener todas las vidas de los hombres, para dárlas todas en servicio de la madre de Dios. Quisiera yo tener todas las voluntades de todos los Santos y Santas del cielo, y amarla con el perfectísimo, ardientísimo é incansable amor con que ellos aman á la virgen Santa Maria. Deseóla amar con el ardientísimo amor con que la aman S. Miguel, S. Gabriel, S. Rafael, los serafines y todos los espíritus bienaventurados: y hablando con la virgen, decia: ¡O quién os amára, virgen bendita, con este perfectísimo amor! Huélgome infinitamente, virgen santísima,

que los serafines y todos los espíritus celestiales os amen con perfectísimo y ardientísimo amor, por toda la eternidad; y les suplico y ruego os amen por mí. Yo, vilísimo pecador, doy á la santísima virgen todo el conocimiento y amor, toda la honra y gloria, bendiciones y alabanzas que le dán los santos en el cielo, y darán por toda la eternidad. Deseo con todo corazon, que todos los reynos, provincias, pueblos, hombres y mugeres que hay en ellos, conozcan, amen, sirvan y alaben á la siempre virgen Maria, al modo que todos los cortesanos del cielo la sirven. Quisiera yo haberla servido desde el punto que tuve uso de razon hasta ahora, con toda la santidad é inocencia de vida con que la sirvió San Juan evangelista y bautista, San Benito, Santo Domingo y todos los siervos que ha tenido acá en la tierra. Deseo morir y derramar mi sangre por amor y reverencia de la madre de Dios, y deseo que Jesucristo nuestro Señor me diese gracia y for-

taleza para que todos mis miembros uno á uno fuesen cortados y martirizados, en amor y reverencia de la santísima virgen, madre de mi Señor Jesucristo, *fiat*, *fiat*. Eran tan de veras y tan vehementes estas ansias y deseos, que le suspendian en largos éxtasis.

Tan encendidos estaban estos siervos de Maria en su devocion, tan tiernos amantes eran suyos. Procurémos imitar á estos esclavos de la Emperatriz del cielo, é introducirnos en su santa familia, que con tal ama y Señora, y tal madre, en esta vida serémos privilegiados, y en la herencia de la otra mejorados: que aun en el cielo los bienaventurados se precian de haber sido siervos de esta gran Señora, y hacen gala de ser conocidos por sus esclavos: porque así como los criados de los reyes, dice un Doctor grave, tienen particular libréa y vestido con que se diferencian de los demás cortesanos que viven en sus córtes, así en la córte del cielo los devotos de Ma-

ria traerán una particular libréa, vestidos y divisa con que serán conocidos de todos, y campearán sobre todos los demás bienaventurados por especiales criados de la virgen, paniaguados y familiares de su casa, segun aquello de los Proverbios: Todos los de su casa siempre visten de gala, con dobladas libréas y vestidos doblados.

Finalmente, por todo el mundo se ha esparcido la devocion de Maria, por todas edades, por todos estados, por todas las naciones, que es lo que profetizó esta Señora, diciendo: Que porque miró Dios la humildad de su esclava, la habian de decir bienaventurada todas las generaciones, esto es, todas las naciones, y en todos los tiempos. Por cierto que en España vemos esto muy cumplido: porque en ella sola hay, habiéndose hecho diligente cómputo, mas de ochenta mil templos dedicados á la virgen, y apénas hay en ella collado insigne que no le corone alguna casa ó hermita de Maria. La piedad antigua de los

españoles con esta Señora, se echa bien de ver en el cuidado que tuvieron quando se perdió España, de no dexar en poder de los moros las imágenes de la virgen: porque como ellos no consienten la adoracion de las imágenes, si bien engrandecen á Maria, no quisieron dexár á este riesgo aquellos devotos cristianos las imágenes de esta gran madre de misericordia, sino lleváronselas consigo ó las escondieron, y despues acá se han hallado muchas milagrosamente y que hacen grandes milagros, lo qual no se sabe que hiciesen aun con las imágenes de Cristo.

¿Pero qué mucho que las naturalezas intelectuales y los hombres racionales honren y reverencien á la que es reyna de todo lo criado? ¿Que los ángeles la esperásen? ¿Que los patriarcas la deseasen? ¿Que los profetas se consolásen con su esperanza? ¿Que los apóstoles la admirásen? ¿Que los santos la sirviesen? ¿Que todas las naciones la honren? Pues co-

mo dice el devoto Juan Tauburno, de las mismas criaturas irracionales, fué racionalmente deseada Maria: (sea lícito hablar así) gimiendo estaba y como rebentando de dolores de parto toda criatura hasta su venida, esperando que por Maria habia de ser reformada, y segun dice Dionisio Richel, relevada, y conforme á San Bernardino, mejorada y perfeccionada: porque dice no tuvo el mundo su última perfeccion, sino por Maria: por lo qual escribe San Juan Damasecno, que los siglos competian entre sí por su natividad y advenimiento.

CAPÍTULO XI.

Del amor y devocion á Maria que muestran los santos en sus sentencias.

Pienso que nos moverán tambien á un tierno amor con Maria, ver con las ansias

que la invocan los santos, y el grande amor y afecto encendido, que para con su madre y la madre de su Dios y Señor muestran en sus escritos, que están destilando suavidad, llenos de grandezas de Maria, deshaciéndose en sus loores. No podré recoger todo lo que dicen, porque para esto solo era menester un muy grande volúmen: solo diré una ú otra sentencia de algunos, que regalen nuestro corazon y enciendan nuestro afecto, para amar, estimar y reverenciar á lo que ellos así amáron, estimáron y reverenciáron. De los Apóstoles sabemos, que dixeron grandes cosas de Maria, y se enternecian dulcemente en sus loores y alabanzas, y con la memoria de su intercesion, y fuera de gran consolacion si lo tuviéramos ahora escrito. Hallo tambien, que ellos fueron inventores de la Salve, con que imploraban el auxîlio de su reyna y madre de misericordia, si bien se ha atribuido á otros esta oracion por haberla renovado. Ellos tambien en el Ave

Maria enseñáron á invocar á esta Señora, pidiéndole que oráse por nosotros pecadores. De Santiago sabemos, que todos los dias quando celebraba el Sacrificio de la Misa, hacia conmemoracion de la santísima madre de Dios y siempre virgen Maria, resumiendo sus grandezas é implorando su socorro: y despues que pedia que Dios quisiese principalmente acordarse sobre todos los demás santos de esta Señora y siempre virgen Maria, órdenó que el coro le respondiese así: Digna cosa es que te digamos verdaderamente bienaventurada y de todas maneras sin culpa, y madre de nuestro Dios, mas preciosa que los querubines, mas gloriosa que los serafines, que sin corrupccion pariste al Verbo de Dios. Verdaderamente te engrandecemos, madre de Dios: á tí, llena de gracia, toda criatura te da el parabien, la multitud de los ángeles y el linage de los hombres: á tí, que eres templo santificado, paraiso espiritual, gloria de las vírgenes, de quien tomó Dios

carne, y en quien nuestro Dios (que fué ántes de los siglos) se hizo niño. Hizo de tu vientre trono, é hizo á tus entrañas mas anchas y capaces que los cielos mismos. ¡O llena de gloria! Toda criatura te dá el parabien, la gloria sea para tí. San Irinéo que bebió mas de cerca el espíritu y devocion de los apóstoles, con tal grandeza habla de María, que no sé si pudo decir mas. Llámala causa de la salvacion de todo el género humano, y entre otras cosas dice: De la manera que Eva fué engañada por la plática de un ángel, para que se apartáse de Dios prevaricando su precepto, así María por la plática de otro ángel, fué anunciada para que llevase dentro de sí á Dios, obedeciendo su palabra: y como aquella fué engañada para huir de Dios, así esta se persuadió á obedecer á Dios, para que María virgen fuese abogada de Eva, que tambien era virgen entónces: y de la manera que el linage humano incurrió en pena de muerte por una virgen, así

fuese absuelto por otra virgen, para que se contrapesáse por iguales balanzas la inobediencia virginal, por la obediencia virginal. Es una grande excelencia la que dice aquí San Irinéo, de que tantos años ántes que naciese Maria, fuese abogada de Eva: porque supone la grande estimacion que hace Dios de Maria, que entónces no por ruegos, que estos no pudieron ser, sino solo por la estupenda grandeza de su santidad, con aquella esperanza que habia de nacer tal persona en el mundo, en quien tanto se habia de agradar: y porque sabia que le habia de agradecer haber tenido minericordia de Eva, se amansó el enojo divino, predestinando Dios á tal criatura, para satisfacer á su justicia con el fruto de su vientre, y para consuelo de Eva que se alegró en el alma con grande amor y afecto para con Maria, luego que tuvo revelacion de la abogada que le habia de nacer al cabo de quatro mil años. San Epifánio afirma tambien lo mismo,

que Maria levantó á Eva: y San Fulgencio dice, que Eva maldita, fué bendita por Maria: y San Bernardo escribe, que el hombre que cayó por una muger, no se levanta si no es por otra muger, que fuese reparadora de sus progenitores y vificadora de sus succesores: esto es, de los Santos que vinieron despues de Maria.

Este tambien es gran consuelo para nosotros, que si solo porque habia de nacer Maria, le valió á Eva la vida, ahora despues que ha nacido y está coronada por reyna de los ángeles, y Dios le ha entregado el atributo y dispensacion de su misericordia, y su hijo los tesoros infinitos de sus merecimientos, y el Espíritu Santo la jurisdiccion de sus dones y gracias, y ella instando con su intercesion, y solicitada de sus piadosas entrañas: ¿qué cosa no podrémos esperar de ella? ¿Qué confianza podemos dexar de tener en ella? Sino enternecernos con San Efrén, que así le habla: Intemerada y totalmente pura vir-

gen, madre de Dios, reyna de todos y bonísima: mas sublime que los habitadores del cielo: mas pura que los resplandores y rayos del Sol: mas preciosa que los querubines, mas Santa que los serafines, y sin comparacion mas gloriosa que todos los demás exércitos del cielo. Esperanza de los padres, gloria de los profetas, encómio de los apóstoles, honor de los mártires, regocijo de los santos, corona de las vírgenes, inaccesible por su resplandor, princesa de todos, capitana de todos, sacratíma doncella. Debaxo de tus alas me ampara y guarda: tén misericordia de mí que estoy manchado del lodo, que con muchos pecados ofendí á mi criador y juez. No se glorie contra mí Satanás: no se levante contra mí mi enemigo: no vea yo que á tu siervo le falte la esperanza que en tí tiene: no me calumnie la lengua de los murmuradores: no tengo yo otra confianza, ó virgen sincéra, porque tu eres mi puerto. ¡O virgen inviolada y mi auxîliadora presen-

te! Todo estoy puesto debaxo de tu tutela y proteccion. ¡O madre celebradísima! Con continuas lágrimas te imploro, y me arrodillo á tus pies, ó Señora mia, clamando á tí humildemente, para que tu dulce hijo, el que dá vida á todos, no me arroje por los muchos pecados que he cometido, y como Leon despedace mi ánima, ó como á higuera estéril y sin fruto, me corte: llena mi boca con la gracia de tu dulzura, ilustra mi entendimiento, ¡ó llena de gracia! Mueve mi lengua y labios, para que te cante alabanzas con grande alegria de mi alma, y entóne aquella melodía angélica tan celebrada en Nazaret, que cantó San Gabriel vestido de hábito servil, á tí virgen y madre de Dios enterísima: aquella salutacion tan conveniente y digna de la salud del mundo, y toda la tutelar de las almas. Dígnate virgen, que tu siervo te alabe, y diga: Ave explendidísimo y clarísimo vaso de Dios: Ave Señora, Maria llena de gracia: Ave virgen beatísima entre

las mugeres: Ave estrella fulgentísima de quien salió Cristo: Ave ilustrísima luz, madre y virgen: Ave tú que pariste maravillosamente al rey de todas las cosas: Ave tú por quien nos ha lucido el Sol clarísimo: Ave Señora, mas sublime que todas las cosas: Ave cántico de los querubines, é himno de los ángeles: Ave paz, gozo y salud del mundo: Ave alegria del linage humano: Ave alabanza de los padres y decencia de los profetas: Ave hermosura de los mártires y corona de los santos: Ave gloria de los devotos y píos, é himno de los solitarios: Ave ornamento clarísimo de las gerarquías celestiales: Ave oracion de todos los escritores de alabanzas: Ave excelentísimo milagro de la redondez de la tierra: Ave gusto de los que habitan en la tierra: Ave paraiso de deleytes é inmortalidad: Ave árbol de la vida, gozo y deleyte: Ave vallado de los fieles y salud del mundo: Ave puerto tranquilo: Ave libradora de los que están envueltos en olas:

Ave axîliadora nuestra para los que peligran: Ave resurreccion de Adán nuestro primer padre: Ave sabrosa libertad: Ave madre de todos: Ave fuente de gracia y consolacion: Ave refugio y manida de los pecadores: Ave propiciatorio de los que trabajan. No acaba aquí este Santo, que con otros muchos renombres se enternece con la dulce Maria: y no me he querido alargar, porque oigamos tambien algo de otros padres.

San Pedro Crisólogo en muchas partes habla de la virgen, y dice: No conoce á Dios bastantemente, el que no se pasma del alma de esta virgen, ni se maravilla de su ánimo. El cielo se espanta, los ángeles se estremecen, la criatura no puede soportar, la naturaleza no es bastante. Y una doncella, de tal manera cogió á Dios en su pecho, le albergó y deleytó con su hospedaje, que la paz de la tierra, la gloria del cielo, la salvacion de los perdidos, la vida de los muertos, el parentezco de los ter-

restres con los del cielo, y el comercio del mismo Dios con nuestra carne, le pidió por precio y arrendamiento de la casa. El mismo ángel se maravilla, ó que una muger solamente, ó que todos los hombres por una muger hayan merecido la vida. Pásmese el ángel, que todo un Dios haya venido á entrarse en la estrechura del vientre de una muger, aquel á quien todo lo criado le es estrecho. Dios te salve llena na de gracia, esta es la gracia que dió á los cielos gloria, á la tierra Dios, á las gentes fé, á los vicios fin, á la vida órden y á las costumbres enseñanza. Esta gracia traxo el ángel, recibió la virgen, que es la que habia de restituir la salud á los siglos. Virgen verdaderamente bendita, que posee la gloria de la virginidad y la dignidad de madre. Bendita verdaderamente, que mereció la gracia de la concepcion divina, y se levantó con la guirnalda de la entereza. Bendita verdaderamente, la que fué mayor que el cielo, mas fuerte que la tierra, mas

capaz que el mundo; porque ella sola recibió en sí á Dios, á quien todo el mundo no puede comprehender.

Pues San Anselmo, ¿qué no dice en libros enteros que dedicó á esta Señora? Llámala madre de salud, templo de piedad y misericordia. Entre todos los Santos, despues de Dios, singularmente Santa: madre de admirable virginidad, que vence á los ángeles en pureza y á los Santos en piedad: reyna de los ángeles, suprema Señora del cielo y tierra, la que únicamente tiene dominio, ensalzada sobre los coros celestiales. Socorrenos, dice, Señora piadosísima, y no considerando la muchedumbre de nuestros pecados, inclina tu querer á tener misericordia de nosotros. Eá, socorrenos te pedimos; para que la loa que por tantos siglos has poseido, dure continuamente en la misma gracia con que socorriste al mundo perdido. Nosotros nos encomendamos á tí, tú procura que no perezcamos. Piadoso Señor, perdona al sier-

vo de tu madre. Piadosa Señora, perdona al siervo de tu hijo. ¡O que tu eres aquella piadosamente poderosa y poderosamente piadosa Maria, de la qual nació la fuente de misericordia! No detengas, te ruego, tan verdadera misericordia, donde conoces tan verdadera miseria. ¡O grande, piadosa y muy amable Maria! Tú ni puedes ser nombrada sin que nos enciendas, ni podemos pensar en tí sin que recrees el afecto de los que te aman: tú nunca entras en la memoria, sin la dulzura que divinamente en tí está infusa.

Baste por otras infinitas ternuras y dulces coloquios que podia recoger de otros Santos, alguna cosa de lo que se regalaban con Maria su madre, San Bernardo y San Buenaventura. Ensalza, dice San Bernardo, á la que no supo qué era concupiscencia quando concibió, ni dolor quando parió. Predica á la que es reverenciada de los ángeles, deseada de las gentes, conocida ántes de los patriarcas y profetas y

escogida entre todos. Magnifica á la inventora de la gracia, la medianera de la salud y la restauradora de los siglos. Ensalza á la ensalzada á los reynos celestiales sobre los coros de los ángeles. Estas cosas me canta de ella la Iglesia; y á mí me enseñó á cantar y alabar á la misma Maria. Calle tu misericordia, virgen dichosa, si hay alguno que se acordáre que habiéndola invocado en sus necesidades le hayas faltado. Con todas las medúlas de nuestros corazones, con todos los afectos de nuestras entrañas, con todos nuestros deseos verémos á Maria, porque esta es la voluntad de aquel que todos nos quiso tener por Maria. ¿Quieres tener una abogada para con Cristo? Acógete á Maria, y ella será oída por su reverencia: porque el hijo oirá á la madre, y el Padre al hijo. Hijuelos mios, esta es la escála de los pecadores: esta es confianza grandísima: esta es toda la razon de mi esperanza. A ella como á medio, como al arca de

Dios, como á la causa de todas las cosas; como al negocio de los siglos, miran los que están en el cielo y en el purgatorio: los que fueron ántes de nosotros: los que ahora somos: los que se seguirán: los nacidos de los nacidos: los que nacerán despues de ellos: los que están en el cielo, para que reparen sus sillas: los del purgatorio, para que salgan de allí: los que pasáron, para que se prueben ser profetas verdaderos: los que se siguen, para que sean glorificados: por lo qual, te dirán bienaventurada todas las generaciones, engendradora de Dios, Señora del mundo, reyna del cielo, que engendraste la vida y gloria para todas las generaciones: en tí halláron los ángeles alegría, los justos gracia y los pecadores perdon para siempre. Con razon han puesto los ojos en tí todas las criaturas, porque en tí, por tí y de tí, la benigna mano del omnipotente reparó y recreó todo lo que habia criado.

Oigámos tambien á San Buenaventu-

ra: Maria es la alumbradora de muchos, por los lucidísimos exemplos de su vida. Ella es, cuya vida esclarecida ilustra todas las Iglesias: ella es, cuya vida dió luz al siglo: ella es la antorcha de la Iglesia, encendida é ilustrada de Dios para esto, para que por ella fuésemos alumbrados contra las tinieblas del mundo. Glorioso el privilegio de la gloria de Maria, que lo que hay despues de Dios mas hermoso, mas dulce, mas jocundo en la gloria, esto es, Maria, esto es, en Maria, esto es, por Maria. Cuenta el Santo siete privilegios que la concedió Dios: que sobre todos hombres esté agena de pecado, pero muy llena de gracia: que sea madre y virgen incorrupta, y madre del hijo de Dios: la mas familiar á Dios de todos los hombres, aun corporalmente delante de su Magestad: potentísima sobre toda criatura: aventajadísima en la gloria sobre todos los Santos.

Concluyo finalmente con lo que el devoto Dionisio Richel dice: Con todas

nuestras fuerzas alabémos, venerémos, amémos y reverenciémos á la excelentísima madre de Dios: y despues que lo háyamos hecho así, reconozcamos que no hemos hecho cosa digna, y que no se pueden pagar sus beneficios con suficiente agradecimiento, diciendo con San Agustin: ¿Qué podrémos nosotros tan pequeñuelos y en la obra niños, agradecer con nuestros loores? Porque aunque nos volviésemos en lenguas, no podrá alguno alabarla suficientemente.

CAPÍTULO XII.

De los títulos que hay de amar á Maria madre de Jesus, y el primero por sus beneficios.

Vengamos ahora á las causas que hay de servir y amar á Maria con todas nuestras fuerzas: porque en fuerza del exem-

plo con que nos provoca toda la Santísima Trinidad, los ángeles, los patriarcas, los apóstoles, los santos, todos amando: el Padre Eterno á su primogénita hija y á su querida criatura: el hijo de Dios, á su tierna y amada madre: el Espíritu Santo, á su esposa escogida entre millares: los ángeles, á su reyna, su admiracion, su exemplo, su regocijo: los patriarcas, á su esperanza y el blanco de sus deseos: los apóstoles, á su maestra: los Santos todos, á su madre, su abogada, su gloria y su vida: hay muchas razones, fundamentos y títulos que nos han de forzar á servir á esta gran Señora, por los bienes que nos ha hecho, por los que nos puede y quiere hacer, por lo que de ella esperamos, por lo que la hemos menester, por lo que nos ama y cuida de nuestro bien, por lo que sufrió y padeció por nosotros, por su estupenda grandeza, por su hermosura, por su bondad, por sus virtudes, por su agradecimiento, por ser madre de nuestro Dios,

porque nos dió á su hijo: y sobre todos estos títulos, porque Dios tanto lo quiere, que es la razon concluyente. ¡O grande acreedora de los hombres! ¡Por quantos títulos os debemos servir! ¡Con quantas obligaciones teneis dulcemente empeñados nuestros corazones! ¿Acaso es poco los beneficios que por vos he recibido, que son tantos quantos he recibido de Jesus? ¿Qué obligacion es ésta en que ván (en cierta manera) á la par María y Dios? En quanto no debo gracia que haya recibido de Jesus, que no la deba tambien á su madre. Estas dos son las causas universales de mi bien, Jesus la original, María la instrumental, y tan universal y principal instrumento, que no se me ha hecho bien alguno, ni hará jamás, que no sea mediando ella y pasando por sus manos. Mírese un alma quán cargada está de beneficios divinos, tantas obligaciones son del amor y de la devocion que debe á María: porque la debemos todas las inspiraciones que hemos

recibido del cielo, todas las ocasiones de pecar de que nos hemos librado, toda la gracia y justificacion con que nos hemos hermoseado, para parecer la cara descubierta delante del Padre de las lumbres: porque no nos aplica con eficacia Cristo Jesus, hijo querido de esta gran bienhechora nuestra, en cosa alguna sus merecimientos infinitos, que no sea por medio de su amada madre, previniendo ella con su intercesion nuestras necesidades, así del alma como del cuerpo, remediando mas ella, que nosotros le pedimos, ni conocemos, ni podemos conocer. Esta obligacion que tenemos á Maria, debiéndola todo nuestro bien, no es solo porque ella nos dió en una pieza todo lo que es bien nuestro, que es Cristo Jesus, que bastaba para darle mil corazones que tuvieramos, porque es un bien infinito que de una vez nos dió, sino tambien porque ella nos alcanza en particular qualquier beneficio divino de por sí, hasta el mas mínimo buen pensamiento que tenemos.

Y no es solo lo que le debemos los beneficios que de ella recibimos, así librándonos de males, como haciéndonos infinitos bienes, sino el modo con que nos los hace, que es costándola ruegos; que muchas veces mas hace uno en recabar de otro, que el propio que dá. Pues á Maria debemos que nos dé y que pida para dár, estándonos perpetuamente recabando innumerables mercedes y gracias de su hijo, que aunque Jesus desee con extremo darle gusto en todo; pero nuestros pecados son tan grandes, que es necesario muchas veces costarla amorosos ruegos, y presentarle todo lo que con él hizo, para recabarnos perdon. Allegase á esto, que no espera á que nosotros le pidamos, sino que aun quando estamos muy olvidados de ella y de nuestro mismo bien, ella nos le está solicitándo y aplacando á su hijo, mudándonos el justo castigo que mereciamos, en favores que por ella nos hace el bendito fruto de su vientre. ¿Qué amor y sa-

licitud puede haber como esta? ¿Qué fineza y nobleza de ánimo mayor, que sin saberlo nosotros, sin esperanza de agradecimiento, nos esté de continuo haciendo tantos bienes?

Es tan grande y universal el bien que nos hace, que conforme á lo que dicen algunos padres, el mundo se hubiera acabado si no fuera por María, por cuyos merecimientos é intercesion dura ahora. San Bernardino añade, que muchos millares de años ántes que naciese esta gran Señora, conservó al mundo, esto es, desde que Adán pecó, y que no le aniquiló Dios por reverencia especial y singularísimo amor que tenia á la virgen: y así dice, que por esta nobilísima criatura, salvó Dios á nuestros primeros padres quando traspasáron su precepto: á Noé en la inundacion del diluvio: á Abrahán del rey Chordorlahomor; á Isaac de Ismael; á Jacob de Esaú; al pueblo de Israel, de Egipto, de la cruel mano de Faraon, del mar Ber-

mejo, de la idolatría del becerro en el desierto. Cuenta despues otros muchos beneficios que se hicieron á los Padres antiguos. No dudo, dice, sino que todo lo hizo Dios, solo por reverencia de esta bendita doncella y amor que la tuvo, con que tanto ántes determinó abeterno anteponerla á todas las demás obras suyas en la predestinacion y honra: ni solamente se estrechan los beneficios de esta grande y poderosísima Emperatriz, á lo que en esta vida podemos recibir, sino que se extiende su clemencia á la otra, librándo las almas de sus devotos de las terribles penas del purgatorio. Ella misma dixo al devotísimo Padre Gerónimo Cavalio, como tenia cuidado de sacar á los de la Compañía de Jesus del purgatorio, y lo mismo hará con otros devotos suyos. Y al bienaventurado Amadéo fué manifestado del cielo, como la virgen despues que murió, ántes de subir en cuerpo y alma al trono de su gloria, fué á sacar del purgatorio á todos sus

devotos; porque razon era que subiese victoriosa al cielo con ricos despojos, como su hijo subió con los Santos Padres, cuyas ánimas sacó del limbo.

No solo debemos á Maria el bien que nos ha hecho, siendo en todo tan provechosa para nosotros, sino la honra que nos ha dado, porque no nos es de ménos honra que provecho: y á la que honró á todos los hombres y á toda la naturaleza, razon es que todas las criaturas la honren. Honró á todos con la persona de su hijo, dando á todas las cosas y al universo tal perfeccion, que no es posible mayor al omnipotente brazo de Dios; porque todo grado natural se vé levantado en el hijo de Maria al trono divino, y á una union con Dios tan estupenda, haciendo á la criatura Dios. Demás de esto, honró especialmente á los hombres con su misma persona: porque ¿qué mayor honor del linage humano, que ser de él tal criatura como Maria, que es Señora del cielo y todas sus

gerarquias? Y no contentándose con esta honra general, nos quiso demás de esto prohijar por hijos queridos, dándonos esta honra, que fuésemos hijos de una reyna, y no reyna como quiera, sino de aquella que tiene los serafines por esclavos.

No es esta la mayor deuda que debemos á Maria, porque no solo la debemos quanto bien ella nos hace; pero tambien quanto debemos á su hijo, el qual quiere que todo quanto le estámos obligados, se lo paguémos á su madre, sirviéndola y amándola con todas las ansias de nuestro corazon: y como estas obligaciones á Jesus son infinitas, debemos á Maria infinito. A Maria debemos los cinco mil y tantos azotes que Jesus manso Cordero llevó por nosotros pacientísimamente, sin despegar su boca. A Maria debemos las setenta y dos espinas con que fué coronado Jesus. A Maria debemos la bofetada que recibió Jesus delante del Pontífice. A Maria debemos la hiel y vinagre que gustó

Jesus. A Maria debemos la muerte de Cruz tan afrentosa que padeció Jesus. A Maria debemos la venida del Espíritu Santo, que nos envió Jesus. A Maria debemos la predicacion de los apóstoles de Jesus. De modo, que á Maria debemos, no solo nuestros merecimientos, en quanto los tenemos por la gracia que nos alcanza de su hijo; pero los mismos merecimientos de su hijo, y toda su vida y muerte, toda nuestra redencion, eleccion, justificacion y predestinacion. Pues quien conoce esto, que ha señalado Jesus á su madre por acreedora de lo que le debemos: ¿cómo puede dexar de dárle gusto en cosa que tan bien nos está, y por otra parte debemos? Bendito seais, Jesus mio. Benditos los pechos que os dieron leche. Bendito el vientre que os concibió. Bendita la que os parió tan humilde y agradecido, que por los servicios y deudas que quisisteis deber á una doncellita que escogisteis por madre, á quien solo debeis vuestra vida, debiéndoos todos la

nuestra, quereis que todos la debamos vuestros beneficios y deudas infinitas. Dadnos gracia, para que así como significásteis por vuestros Santos esta buena voluntad vuestra, tan ganânciosa para nosotros, con obligarnos á servir á quien por nuestro interés debiamos, la sepámos cumplir, sirviendo y reverenciando á quien vos reverenciásteis como obediente hijo.

CAPÍTULO XIII.

Como debe ser amada y servida Maria madre de Dios, por lo que depende de ella el incomparable beneficio de nuestra predestinacion.

No se hará dificultoso todo esto á quien conociere el pecho tan agradecido que tiene el dulce Jesus, y lo sumo que desea honrar á su querida madre, principalmente habiendo sido el vientre de Maria la sa-

la del consejo divino, quando se hizo la eleccion de los predestinados de la gloria y repartimientos de la gracia de Dios, y esto quando estaba fresco aquel servicio que habia hecho al hijo de Dios esta Señora, y tuvo por beneficio grande de hospedarse en sus entrañas, partiendo de su purísima sangre con el Verbo Eterno, para que tuviese cuerpo y vida humana: porque ningun mártir ha dado por Dios su sangre con mayor amor y modo mas extraordinario, que en esta sazon la dió Maria, que aunque no dió su sangre, perdiendo ella la vida, dió la sangre de sus entrañas por dár á Dios hombre vida.

No se puede dudar, sino que habia de tener Jesus memoria de su madre, y elegir para hacerla mayores favores, los que la fuesen verdaderos siervos é hijos suyos, y aquellos que conocia con su alta sabiduría que habia de gustar mas Maria, agradecerlo mas y rogar por ellos. No se han hecho ni tratado en la tierra ni en el cielo em-

pireo cosas mayores que en esta sacrosanta Aula del vientre de la virgen. Allí se hizo la obra mayor y mas estupenda que Dios ha hecho y aun que puede hacer; porque no es posible hacer Dios cosa mayor que la que allí hizo, ni obra de mayor virtud y dignacion, ni de mayor poder; porque aunque la omnipotencia divina estuviera haciendo por eternidades obras maravillosas, aniquilando por momentos y criando infinidad de mundos, no pudiera exceder á aquella obra de hacerse Dios hombre, y aquella nunca pensada junta de la union hipostática. Tratóse tambien en este tremendo lugar de las entrañas de Maria, los mayores negocios que ha decretado la infinita sabiduría y providencia de Dios, el perdon de los pecados, la predestinacion de los Santos, el pacto y concierto del Padre Eterno con el hijo que pusiese su vida por los hombres, y el sí y consentimiento que dió Jesus, y aceptacion que hizo de vida y muerte tan amarga, hacien-

do allí con gran constancia é inexplicable fervor y devocion, voto de no rehusar la muerte mas lastimosa y dolorosa que en el mundo se ha visto ni oído, por obedecer al Padre y hacer bien á Maria y á todos los de su linage. Allí en el claustro virginal, representó el Padre Eterno el alma de Jesus, que aun en aquellos miembros tiernecitos estaba llena de sabiduría, todos los Santos Padres que habian muerto desde que crió á Adán, hasta su concepcion: los quales eligió con la esperanza, ó por mejor decir, con aquel anticipado conocimiento de su infinita sabiduría que tenia, de que se lo habia de agradecer Jesus haber escogido ántes aquellos. Propúsole tambien todas las almas, que despues de su concepcion en las entrañas de Maria habian de ser criadas, para que de ellas escogiese sus predestinados; lo qual, como he dicho, lo hizo Jesus estando en el vientre de su madre, quando dependia su vida de la vida de Maria, é hizo esta su eleccion con deseo de

dár gusto á su madre: y así podemos entender ser nuestra predestinacion, y todos los beneficios y série de gracias innumerables que en esta sola palabra *predestinácion* se encierran, deuda de Maria, y que dependió de ella y de Jesus; de Jesus originalmente, de Maria instrumentalmente, esto es, mediando ella, y con respecto y atencion á su honra y dignidad.

Todo esto se declaró á una gran sierva de Dios con una admirable vision que tuvo, y la cuenta Cesareo. Una Santa virgen, estando una vez pensando en el abismo de la predestinacion, quedó absorta, y en un admirable éxtasis que tuvo, vió á la virgen santísima preñada del niño Jesus, divisando al niño en las entrañas de la madre, donde estaba albergadito, como si fuesen de un purísimo cristal. Estaba coronado el niño Dios de una diadema de rey, de la qual salian quatro flores hermosísimas, que pasando por la cabeza de la madre, poco á poco se convirtieron en árbo-

les tan grandes, que cubrian las quatro partes del mundo: los frutos que tenian eran hermosísimos, fragrantísimos y sabrosísimos: debaxo de los árboles estaban todos los hijos de Adán; pero solos los predestinados cogian y comian de la fruta. Con la qual vision quedó tan llena del dón de la sabiduría, que conocia qual era el predestinado ó réprobo, gustando mucho tratar con los predestinados, como con los que eran sus compañeros y conterraneos. Significáronla con esta admirable representacion lo que hemos dicho, como la eleccion de los Santos y predestinacion, se hizo estando Jesus en el vientre de Maria, mediando tambien ella; lo qual es conforme á lo que muchos Santos dicen, y conforme al amor y agradecimiento que el hijo de Dios tiene á su madre. De lo qual tambien se sigue, que es gran señal de predestinacion la devocion de Maria.

Con esto, pues, la perseverancia necesaria para la predestinacion, no es una

gracia solamente, sino la multitud, ó por mejor decir, infinidad de gracias que Dios hace á un Santo, hasta que le ponga en el cielo; y esto se debe á Maria: claro está, que no solo la debemos servir por los beneficios que de ella y de Dios hemos recibido, sino tambien por los que esperamos recibir: no solo por agradecimiento de los pasados, sino por negociacion de otros nuevos: hémonos de llegar á ella como á un Sacramento general de todas las gracias y mercedes de Dios, que por medio de ella nos vienen; que si de veras acudimos á tal madre y le pedimos como debemos, las tengo yo por infalibles: y así, el Santo Padre Martin Gutierrez, devotísimo hijo de esta Señora, decia que no le habia pedido cosa, que no se lo hubiese concedido.

Importará mucho entender esto de Maria y la gran fuerza de su intercesion, por lo qual recaba de Dios imposibles á nosotros: y con ser Dios tan observante de sus leyes, en interponiéndose ruegos de

Maria, no repára en nada: y así se ha visto resucitar hombres para confesar sus pecados por intercesion de esta gran Señora, que como reyna de todo, porque se cumpla su voluntad, no se repára en nada, y quiere su hijo mostrar la magestad de su imperio en mostrarla Señora de las leyes, atropellando con las mas inviolables y fixas, queriendo que todas las cosas la sirvan y estén á su mandado; pero qué mucho obedezcan todas las cosas á quien obedeció el criador de todas, que aun ahora en el cielo (dicen San Pedro Damian y Gotfrido Abad) miran las peticiones de Maria, no como ruegos, sino como imperios y mandatos, reconociendo el derecho de madre.

Considerémos tambien, que es lo que mereció Maria por un acto solo de virtud, para que acabémos de satisfacernos de la fuerza de su intercesion, en que alega todos los merecimientos de su vida, porque con solo un acto aun ántes de ser madre

de Dios (esto es, con solo decir de corazon aquella respuesta que dió al ángel: *Veis aquí la esclava del Señor, hágase segun tu palabra*) mereció mas la virgen, que todas las criaturas juntas, ángeles y hombres, en todos quantos buenos pensamientos tuvieron y obras hicieron y se harán: mereció con este acto el principado sobre los serafines del cielo, el imperio sobre toda criatura, el cetro del reyno de su hijo, la plenitud de todas las gracias, de todos los frutos y dones del Espíritu Santo, y el ser madre de Jesus, cooredentora y comprincipio de nuestro bien. Pues yá que fué madre de Dios, ¿qué no merecería? ¿Y qué no recabará con tanta inmensidad de actos interiores, obras y trabajos exteriores, que por toda su vida le duráron?

Todo lo que hemos dicho del respeto que se tuvo á la virgen en la salud de los predestinados, y la fuerza de su intercesion para recabarnos misericordia y la vida eterna, confirma la vision que se re-

fiere en el Crónico de los menores, y tuvo uno de aquella seráfica religion llamado Fr. Leon. Vió dos escaleras que llegaban desde la tierra al cielo: la una roxa y sangrienta: la otra blanca: en la colorada estaba Cristo nuestro Salvador en lo alto de ella, y al pie San Francisco, que daba voces á sus frayles para que subiesen al cielo. Vino gran multitud de ellos que empezaron á subir, mas todos caían, unos al principio, otros al medio, otros al fin. Entónces el seráfico patriarca les dió voces, que no desconfiasen, sino que se fuesen á la otra escalera blanca, donde estaba en su extremidad la virgen. Volaron allá los frayles, y subiendo sin trabajo, la virgen los recibió y metió en el reyno de su hijo. Este es el privilegio que concedió el agradecidísimo Jesus á su madre, que quiere salvar á sus escogidos con ella y por ella. Por lo qual S. Anselmo, Micael Insulano, y otros doctores, dixeron: Que era imposible perecer el devoto verdadero de la virgen: y

al contrario dixo San Anselmo: Que era necesario perderse el que se apartaba de esta patrona.

CAPÍTULO XIV.

Como debe ser amada Maria madre de de Dios, por lo mucho que nos ama.

No sé por cierto, qué hacemos los redimidos de Jesus en no servir y amar con mil corazones que tuvieramos á su querida madre y grande bienhechora nuestra; pues las obligaciones que tenemos para ello, aun fuera de su amor á que debemos responder, son infinitas verdaderamente, lo qual digo sin encarecimiento ni exâgeracion alguna: porque sacando lo que la debemos, por innumerables bienes que nos ha hecho, hace y hará, con una increible lealtad y fé, solo porque Jesus nos la ha señalado por la acreedora á quien

quiere paguémos lo que le debemos, por habernos redimido con tan lastimosa muerte como la de Cruz, la estamos obligados muchas veces infinitamente á servir y amar, dando este contento tan justo á nuestro amado redentor. De modo, que el derecho que por esta causa solamente tiene María santísima á nuestros corazones, es infinito, aunque ella por sí no nos hubiera hecho limosna, ni recibido nosotros bien de su liberal mano, ni nos tuviera afición alguna, ni ella fuera tal qual es, digna por sí misma de ser amada y adorada por reyna de millones de coros de serafines: pues juntémos ahora sobre esta obligacion infinita, la que la tenemos por sus buenas obras, y luego la que le tenemos por su buena voluntad, que es tal, tan fina y leal para nosotros, y con tan grande amor y deseo de nuestro bien, que solo por esta inclinacion que nos tiene, aun sin obras algunas, merece muy merecido mucho mayor amor que el que la podemos tener, y todo afecto y

devocion á nosotros posible. ¿A quien no enternecerá lo que esta Señora respondió al Santo hermano Alonso Rodriguez de nuestra Compañía? Estábase un dia regalando este siervo de Dios con su madre la madre de Dios, y llevado con su simplicidad del encendido afecto de su pecho, la dixo sin reparar: ¡O Señora mia! mucho mas os amo sin comparacion que á mí mismo: mas os amo, madre mia, que vos me amais. Mas la virgen apareciéndosele luego, le corrigió diciendo: *No es así, mi Alonso, que yo mucho mas sin comparacion te quiero, que tú á mí me amas.* ¿Y con qué mayor ternura se puede demostrar el amor que nos tiene esta tan amorosa madre nuestra, que con las demostraciones que ha hecho por nuestros trabajos y males espirituales? En una isla de las Canarias habia una muger devota de la virgen, que engañada del demonio, dexó de confesar unos pecados que habia cometido, hasta que un dia vió á nuestra Señora con rostro llo-

roso y triste, derramando continuas lágrimas de sus ojos: dolióse mucho aquella muger del dolor que mostraba la virgen, y preguntándole la causa de su llanto, respondió: Porque no te confiesas bien y pierdes tu alma: con lo qual, movida la muger á gran contricion de sus pecados, se confesó enteramente. Por cierto, grande testimonio de lo mucho que nos ama la virgen Maria, fué mostrarse tan compasiva de nosotros.

Si los hombres lo que mas estiman en los beneficios es la voluntad, de tan grande voluntad como en Maria vémos acompañada con tales obras, ¿qué hemos de decir ó qué hemos de hacer, pues nos faltan las fuerzas y posibilidad para corresponderla? No sé por cierto como puede caber en nosotros olvido ó descuido de quien tanto se acuerda de nosotros y solicita nuestro bien, quanto es grande su amor; y su amor es tan grande, quanto su excelencia y dignidad lo es: y así, como sola

la virgen María es mas que quantas criaturas hay, y mas Santa que los serafines y todos los justos, así ángeles como hombres, de la misma manera su caridad sola y el amor que tiene, es mas fino y leal, y mayor que quanta caridad han tenido y tendrán todos los Santos juntos, y los mas altos y abrasados serafines en amor de Dios. ¡O qué dicha nuestra es vernos así amados, con un amor tan invencible de tan gran Señora y de la misma madre de Dios! Con tal extremo, que todo amor quanto han tenido y tendrán las madres tiernas del mundo á sus hijos mas queridos, es sombra y nada, respecto del que ella nos tiene.

Ella de suyo es inclinada á blandura y amor, y mas suave y dulce que la miel, y como es mas buena que quantas criaturas hay, su ternura y afecto es tambien mayor para con nosotros, aunque fuéramos estraños y no nos viera queridos y redimidos de Jesus su hijo del alma; pero

llégase á esto, que nos ha adoptado tambien por hijos, empeñándose con esta dignacion á amarnos mas, y ayudar á su piedad y condicion blandísima y amorosa: y sobre todo esto, como vió por sus ojos lo que Jesus hizo y padeció por nuestro amor, y ella ama tan inmediatamente á Jesus, no es creible lo que tambien nos ama á nosotros; porque al paso que tiene estíma de la sangre y pasion del hijo de Dios, á ese paso es mayor la inclinacion y amor que tiene á los quefuimos redimidos tan costosamente. Vé tanbien, que toda su grandeza la ocasionó nuestra miséria, y que toda su dicha resultó de nuestra desdicha, y por esto tambien no mira con particular cariño y aficion. Antes de haber visto á su hijo muerto por el amor de los hombres, y aun ántes de ser madre de Dios y de saber su dignidad quandoera niña, sus empleos y mayores cuidadoseran, como fué revelado á Santa Isabel monja, rogar á Dios por el género humano y que le concedie-

se su gracia que acabáse yá de enviar su hijo para bien suyo. Pues si tan temprano y sin tantos motivos nos tuvo tan grande amor, ahora que ha visto á Jesus su hijo, y el unigénito del Padre, crucificado por nosotros, y á los hombres tan estimados de Dios, ¿qué no hará?

Si dió Jesus por argumento del inmenso amor que Dios tuvo al mundo, que le diese á su unigénito, ese mismo podemos hacer de la caridad de la virgen Maria, que dió muchas veces por nosotros un buen hijo como Dios; y podemos decir: De tal manera amó Maria al mundo, que le dió su hijo unigénito. Diónosle quando le parió: diónosle quando le circuncidó: diónosle quando le presentó en el templo: diónosle quando le guardó la vida porque no le matáse Herodes: diónosle quando con su beneplácito salió de su casa para predicar: diónosle quando no rehusó saliese del Cenáculo la noche que le prendieron: diónosle quando preso, acusado, maltratado,

afrentado, azotado, coronado de espinas, no habló una palabra por él: diónosle mil veces al pié de la Cruz. ¡O Señora, con qué arroyos de lágrimas, con quantos afectos de vuestro corazon ofrecisteis por nosotros entónces vuestro hijo, haciendo sacrificio de él y de vos, siendo en espíritu Sacerdotiza del género humano! Con tan ardiente y ansioso deseo de la salvacion del mundo, que me atrevo decir con San Anselmo, que si no se hallára quien crucificára á vuestro hijo, porque se salvára el mundo y se cumpliera la voluntad de Dios (si conviniera así) vos le pusierades en una Cruz por mas que le quisierades, y por mas que os llegára al alma perder tal hijo; porque claro está, que no habia de tener la sacratísima Maria menor perfeccion y obediencia que Abrahán, el qual á su propio hijo ofreció á Dios, determinando de degollarle con sus propias manos y abrasarle.

Digno es esto, por cierto, de gran

ponderacion y de grande agradecimiento. Mirémos como premió Dios solo aquella buena voluntad de Abrahán, dándole por un hijo que quiso sacrificar, que fuese padre de muchos, y prometiéndole sus bendiciones. Mas por cierto, sin comparacion mas debemos nosotros á la virgen Maria, que Dios debió á Abrahán: mejor hijo infinitamente fué el que Maria ofreció por nosotros y mas querido incomparablemente, y no solo su primogénito, sino mucho mas que unigénito. Mas nos ama Maria por su inefable caridad y amor de Dios, que Abrahán amó al mismo Dios: pues esta mas buena voluntad, este mayor amor tan fino y extremado, ¿hase de quedar sin agradecimiento y memoria? No es justo por cierto, sino que nos démos por hijos de Maria, y no nos hartémos de bendecirla y alabarla. Aprendamos de Dios ser agradecidos, que en significacion de lo que habia obligado este Santo patriarca, con aquel amago y señal de su voluntad, le dixo:

Jurado tengo por mí mismo, que porque hiciste esto y no perdonaste á tu unigénito por mí, yo te bendeciré, y multiplicaré tu linage como las estrellas del cielo y como el arena del mar: poseerá tu familia las puertas de sus enemigos, y en una de ellas serán benditas todas las gentes del mundo. Pues con semejante fervor y determinacion, digamos nosotros: Como jurado he Señora, y determino con una resolucion irrevocable, como juramento y mas firme que una roca, de bendeciros y alabaros por este vuestro amor tan grande: Yo multiplicaré vuestra familia, yo aumentaré el número de vuestros hijos, pues disteis vuestro unigénito por mí, dándome yo por hijo vuestro, y procurando que todos lo sean y muy devotos: y esto no será como quiera, sino que procuraré ser vuestro hijo, como una estrella del cielo en santidad, como el polvo de la tierra en humildad y silencio, y como la arena del mar en paciencia y sufrimiento; y me esforzaré á que

este vuestro nuevo hijo posea las puertas de sus enemigos, con la perfecta mortificacion de sus sentidos, procurando tambien que en mí sea bendito vuestro hijo Jesus, vistiéndome yo de su mortificacion de pies á cabeza, cuidando con mi vida y palabras que todos bendigan y alaben á Jesus, á quien ofrecisteis por mí. Abrahán en premio de haber querido ofrecer á Isaac, que no fué mejor que él, mereció tener en su linage al hijo de la virgen Maria, Jesus Dios y hombre: pues Maria por haber ofrecido por nosotros á su hijo Dios infinito y hombre bendito, ¿qué premio merecerá? ¿Con qué la podrémos pagar este su amor, sino con amarla, con servirla, con admirarla, con bendecirla, con alabarla, con ser sus hijos y con ser hermanos de Jesus?

Ni solamente debemos á la virgen Maria haber ofrecido el bendito fruto de su vientre á la muerte natural, sino tambien que aun viviéndole, le ofreció á una

muerte moral, no sé si se dirá mejor civil, porque le ofreció á tal vida por amor de los hombres, que los hombres la tuviéramos por muerte, esto es, á una vida penosa, trabajada, humilde, perseguida, y tal, que ningun esclavo del mundo la tuvo mas trabajosa, queriendo por amor nuestro que el hijo que tanto ama, fuese como nuestro esclavo en la diligencia, trabajo y humildad para obrar nuestra salud: por lo qual dixo Ricardo de San Laurencio esta memorable sentencia: La caridad de Maria para con nosotros, se echó de vér en la anunciacion, quando respondió: He aquí la esclava del Señor, deseando engendrar hijo que se hiciera nuestro siervo, por lo qual se llamó esclava, porque el parto sigue al vientre: lo qual tambien significó el hijo, diciendo al Padre: Tu esclavo soy yo, é hijo de tu esclava, porque nos sirvió el hijo de la virgen con consentimiento y beneplácito de la madre, hasta el labrar los pies y hasta el sufrimiento de la pa-

sion, porque el hijo del hombre no vino á ser servido, sino á servir y dár su vida para redencion de muchos, por lo qual debemos nosotros al hijo y á la madre retribucion de su servicio, para que tornen los rios á la parte donde salieron; por lo qual el mismo hijo nos dice por Zacarías: Si ha parecido bueno esto en vuestros ojos, traedme mi paga y jornal: lo mismo podrá decir la madre con mucha razon. Todo esto es de Ricardo. Agradezcamos, pues, á Maria todas estas finezas de amor, ofreciéndonos por sus esclavos fieles, que así serémos sus hijos amados.

CAPÍTULO XV.

Como debe ser amada Maria madre de Dios, por lo que padeció por nosotros.

Pues por este amor de Maria tan ardiente y fino que nos tiene, debia ser servida y

amada con mas amor que nuestras fuerzas alcanzan, y mas viendo que no es estéril, sino tan fecundo de tantos bienes como nos ha hecho, y tan probado con la mas fina piedra de toque, que es la paciencia: porque no solo ha mostrado los quilates de su amor haciéndonos innumerables beneficios; pero padeciendo por nosotros los trances mas arduos y dificultosos que han sucedido en el mundo: y no ha habido persona humana, ni la habrá, que tanto haya padecido, y todo lo ha padecido de buena gana por nuestro bien. Tengo para mí, que lo que padeció el corazon de nuestra amorosísima madre la virgen en un dia solo, esto es, en espacio de cosa de veinte y quatro horas, desde que su hijo se despidió de ella la noche de la cena para ir á morir, hasta que le dió sepultura, que fué mas que quanto han padecido y padecerán los mártires desde el principio del mundo hasta su fin, desde Abél, hasta el último que atormentáre el Ante-Cristo. Sin duda que

no excederán todos estos dolores corporales que padecieron tantos Santos en todos sus miembros, á solo el dolor espiritual que padeció Maria en su corazon solamente: lo qual no parecerá dificultoso á quien entendiere la estimacion que hacia la virgen de la persona divina de su hijo y el inmenso amor que le tenia, y la lastimosa y afrentosa muerte que padeció Jesus, ajusticiado por traidor, embelecador y revolvedor de los pueblos, á quien ella conocia que era tan inocente y tan Santo como el mismo Espíritu Santo: y así fué inexplicable la compasion que le tuvo, y lo que participó de sus dolores; porque todo lo que padeció Jesus en el cuerpo, padecia Maria en su espíritu: y así como el amor que tenia esta Señora á su hijo (que tambien era hijo de Dios, y le amaba mas por ser hijo de Dios que por ser su hijo) fué mayor amor, que quanto es el amor que han tenido y tendrán los mártires á sus cuerpos, y tambien como padeciese mas

Jesus que todos los mártires juntos: es cosa para mí clara, que mas padeció Maria espiritualmente, que ellos todos corporalmente. San Bernardo dice: Que si el dolor que tuvo la madre de Dios se repartiese entre todas las criaturas, que con la parte que á cada le cupiera, se murieran de pura pena. Allegase á esto, que hubo tormento que sintió Maria, y no le sintió Jesus. Quando la cruel lanza atravesó el corazon de nuestro redentor, yá difunto, el ánima de Maria, que estaba toda en Jesus, recibió este golpe; porque Jesus yá no le sintió por no estár allí su alma, y este fué (dicen algunos) de los mayores dolores que sintió la sacratísima virgen: y San Bernardo dice, que fué en él mas que mártir: y pues este golpe recibió el corazon de esta Señora, se podrá decir lo que el mismo Cristo dixo á Santa Brígida: mi madre y yo, con un mismo corazon salvamos al hombre: yo padeciendo en el corazon y en la carne: mi madre con el dolor del

corazon y su amor. Crecia tambien el dolor de Maria con los pecados de los hombres, que fué otra inmensa materia de llanto y sentimiento, con la poca ley de los discípulos, con la infidelidad de los judios, con el desagradecimiento de todos los hombres, con la compasion que tambien tuvo á todos los Santos sus hijos, de lo que en los martirios, penitencias y enfermedades habian de padecer. Ayudaba tambien á este dolor, vér que tambien era ella causa de la pasion del hijo de Dios, no porque la perdonase pecado, sino porque la preservó aun del original, y ser la principal y primera de sus predestinados. Ayudaba tambien su inclinacion misericordiosa y los dones que tenia del Espíritu Santo, que la inclinaban á mayor piedad que á todos los hombres y mugeres Santas. Añade un doctor, que todas las tres gerarquías de los ángeles la ayudaban á que se compadeciese de su hijo, porque como sabian que sus sillas se habian de reparar de los que fue-

sen conformes á la imágen de Jesus crucificado, y que con devocion y compasion fuesen agradecidos á tal beneficio, y la virgen sabian que habia de ser su reparadora y su reyna, estuvieron muy cuidadosos para ayudarla á tener y llevar mayor dolor y compasion de Jesus, para que fuese mas agradable á Dios, no solo por sí, sino por todos los demás hombres. Por lo qual no me espanto, ántes lo tengo para mí que será así, lo que en una memoria que nos dexó San Cecilio mártir se dice, que lloró Maria sangre al pie de la Cruz: y así, fuera del afecto, debemos á Maria la sangre de sus venas que derramó por nosotros.

¡O hijos de la Iglesia! Mirémos quanto debemos á nuestra madre Maria, á la Santísima madre de nuestro dulce Jesus, nuestro redentor y nuestra vida, y cómo le pagamos con tan pequeños servicios, y tan corto y mezquino afecto, que aunque le tuviéramos de un serafin, nos ha de parecer así, si hacemos concepto de nuestras

obligaciones, y del inexplicable afecto que ella nos tiene, probado con tal paciencia. ¡Qué amor tan fino de Maria para con nosotros sus hijuelos adoptivos, quando sufrió por nuestro bien ajusticiar á su hijo natural, y el unigénito que nació de sus entrañas! ¡Qué espectáculo mas lastimoso, que vér que delante de una tierna madre se ajusticia con pena capital de muerte atroz y en público, un hijo único que tenia y queria mas que á su vida, y esto siendo inocente! Este trabajo llevó Maria pacientísimamente por mi bien, y vino en que muriese su primogénito hijo, y tal hijo, porque yo miserable no muriese eternamente. ¡O qué admirable constancia de Maria! Tener ánimo de vér á Jesus pendiente de un madero, afrentado de todos, dándole grita los que por allí pasaban, con mil baldones con que le ultrajaban, añadiendose sobre sus inmensos dolores tantas injurias.

Infinito debemos á Jesus que padeció

tanto por nosotros, poniendo su cuerpo á tantos tormentos y dolores. Maria puso su alma á todos ellos tambien por nosotros: mirémos pues, qué la deberémos por esto. Claro está, que por ser la persona de Jesus infinita, y amarnos infinitamente, que le debemos mas; pero si esto no fuera así, sino que las personas fueran iguales, mucho se puede dudar quien haria mas: una tierna madre en permitir ajusticiar á su hijo único, inocente y tan querido con pena de muerte, ó el mismo hijo en morir. A todo esto se puso Maria voluntariamente, y habiéndolo previsto, haré memoria aquí de aquello que reveló esta Señora á una gran sierva suya, que la embaxada del ángel San Gabriel duró por algunas horas, en las quales el ángel refirió á la virgen los trabajos, pasion y muerte, y el gran desamparo en ella que habia de padecer Jesus, el que habia de ser su hijo, que aun su mismo Padre Eterno le habia de dexar: con lo qual se enterneció tanto Maria, que

dió el sí de muy buena gana de ser madre de hijo que habia de ser varon de tantos dolores, para no desampararle en el trance que todos le habian de dexar, queriendo ella cooperar á nuestra redencion, padeciendo con gran voluntad todo lo que por ser madre del redentor del mundo se le habia de seguir, ayudando ella á toda costa de su contento y sangre al bien del mundo, que dependió de su sí, para que veamos, que si para cosa tan importante como redimir el mundo, esperó Dios el sí y el consentimiento de María, tambien para mi salvacion oirá sus ruegos.

Con gran razon, pues, dice San Bernardino, que la virgen fué crucificada con Cristo en la hora de la Encarnacion, quando le concibió en sus entrañas; porque en aquella hora se puso y determinó á padecer todo, y á sufrir vér tantos tormentos en su hijo: y así dice tambien el estático Dionisio Richel, y devoto hijo de nuestra Señora, que por la compasion que tuvo á

su hijo, es Salvadora del mundo, y que mereció con grandes ventajas, que por ella se aplicáse la virtud y méritos de la pasion de Cristo. De aquí podemos sacar una gran confianza que hemos de tener en Maria, conforme al argumento que hace el apóstol, de la infinita caridad y liberalidad de Dios. Si Dios es por nosotros, ¿quién contra nosotros? El que aun á su propio hijo no perdonó, sino que le entregó por todos nosotros, esto es, entrególe á la muerte de Cruz cruelísima, ¿cómo no nos habrá dado tambien con él todas las cosas? Esto mismo podemos decir de la madre de Jesus: Si Maria es por nosotros, ¿quién contra nosotros? La que por nosotros entregó á su hijo, dándonosle para que muriese por nuestro bien, ¿cómo no nos dará tambien con él todas las cosas, pues la dispensacion de ellas la tuvo tan merecida? ¡O estupenda caridad de los padres de Jesus para con los hombres miserables! ¡O espantosa benignidad y liberalidad de Dios y de Ma-

ria! Que á Jesus hijo obedientísimo de entrambos, así le entregáron por nosotros por el inmenso amor que nos tenian, por el qual sufriéron verle padecer inocentemente en la Cruz: y como por amor nuestro le desamparó el Padre en aquel trance, tambien la madre con semejante amor no quiso hablar por él. Allegase á esto, que este dolor de la virgen fué por toda la vida, porque desde que concibió á Jesus, supo lo que le habia de suceder, y así lo tuvo atravesado en sus entrañas ántes y despues de muerto. Creo tambien, que aun mucho ántes que supiese que habia de ser su madre, tuvo grande compasion al redentor del mundo, porque conoció de la sagrada Escritura lo que habia de padecer el hijo de Dios encarnado, y siempre le tuvo grande compasion y ternura.

Trás todo esto no faltáron á la virgen grandes asperezas corporales, y aflicciones de su carne purísima y delicadísima que voluntariamente hacia; no por cierto

por falta alguna suya, pues aun en esta vida tenia un alma mas limpia y pura que los bienaventurados, sino por las nuestras, ofreciendo por nosotros sus continuos y rigorosos ayunos, en que daba exemplo á todos los apóstoles y demás fieles, y su extremada pobreza, mortificacion de todo gusto de los sentidos y aflicciones de su cuerpo. El cuidado que tuvo Maria de afligirse, declaró la misma Señora á Santa Isabel monja, diciéndola: Que fuera de la gracia de su primera santificacion, el exercicio de las demás virtudes la habian costado mucho sudor y aflicciones, diciendo á la Santa esta máxîma: que ninguna gracia descendia al ánima, sino es por devota oracion, molesta mortificacion y afligimiento del cuerpo. A San Gregorio Turonense reveló tambien esta Señora, que desde que entró en el templo no se quitó el silicio ni durmió en cama.

Aun falta mas que agradecer á Maria, que no solo le debemos lo que pade-

ció, sino lo que deseó padecer. Santa Brígida dice: Que deseó padecer todas las tribulaciones del mundo: ¿y quién duda, sino que deseó padecer la mayor tribulacion corporal que ha habido, que fué la muerte amarga de Cruz de su hijo? Sin duda que Maria deseó ardientísimamente ser crucificada, y verse deshecha de tormentos por nuestro bien y salvacion. Y si en otras personas estimamos la voluntad quando es verdadera y sin cumplimiento, ¿por qué no hemos de estimar y agradecer esta buena voluntad de la virgen Maria?

CAPÍTULO XVI.

Como debe ser amada Maria virgen santísima, por su estupenda magestad y bondad.

Mas fuerte título para amar finalmente á Maria con pureza de amor, y sin mez-

cia de respeto o interés propio, es el ser ella quien es, digna de toda reverencia y amor, el qual título es para esto mucho mas generoso que los beneficios y que el amor con que solicita nuestro bien. ¿Qué persona criada hay, ni ha habido en el cielo ni en la tierra, de mas magestad, de mas dignidad, de mas santidad, de mas bondad, de mas admiracion, ni mas allegada á Dios, ni mas querida de aquel bien infinito, que Maria? Porque en todo es grande, en todo admirable, en su maternidad, en su virginidad, en su santidad, en su bondad, en su dignidad, en infinitos privilegios, en las inmensas ventajas que hace á las mas admirables criaturas y mas supremos serafines. El Santo Padre Jacobo Rem, de nuestra Compañía de Jesus, finísimo siervo de Dios y gran devoto hijo de esta grande madre, estando muy deseoso de saber como la llamaria, de modo que comprehendiese algo de su grandeza, una vez miéntras decian las Letanias de esta Señora los

congregantes de nuestros estudios, cuyo Padre espiritual él era, vió una inexplicable claridad y luz del cielo, y en ella á nuestra Señora, que le dixo, que se cifraban muchas de sus grandezas en esta palabra: *Mater admirabilis*, esto es, madre admirable: dexándo al Santo Padre tan lleno de gozo y del concepto que hizo de la grandeza de esta Señora, que prorumpió sin poder mas en voces exteriores, llamándola á gritos todo él elevado y fuera de sí, madre admirable, madre admirable, repitiéndo y saboreándose en estas palabras. Porque ¿cómo no será madre admirable y maravillosísima, la que es madre de Dios, madre del que fué abeterno, madre del que es Padre de todas las criaturas, madre de su criadòr; madre del mejor hijo del mundo, madre de hijo tan bueno y Santo cómo el mismo Espíritu Santo, madre de tal hijo, que no le tiene Dios mejor, madre del que es nuestra vida, madre de nuestro redentor, madre del que es una

persona infinita, madre de quien es Dios y hombre? ¿Cómo no será madre admirable, la que es madre y virgen, la que es mas madre que otra lo ha sido en el mundo, y la que es mas virgen que todas las virgenes? Madre admirable, porque es madre sin dolor en el parir, sin gusto torpe en el concebir, sin trabajo en la preñez: madre admirable, porque no quiso ser madre sino del hijo que quiso, y quiso no á menor hijo que al mismo Dios, porque no tienen esta eleccion de hijos otras madres: madre admirable, que con ser madre de Dios, quiere ser madre de los pecadores, madre de la dicha de los hombres, y madre de los miserables hombres: madre admirable, porque es madre de consolacion, madre de gracia, madre de misericordia, madre de las virgenes, madre de todas las virtudes.

Madre admirable, porque es admirable madre, como Dios es Padre admirable por ser Padre virgen, y ser Padre de uno, que es Dios. Maria tambien es madre vir-

gen, y madre tambien de Dios. Diganme qual es cosa mas admirable, ¿que Dios engendre un hijo Dios, ó que una criatura engendre al mismo Dios? ¿Que Dios engendre virgen, no pudiendo ser de otra manera, ó que una doncellita engendre virgen, no pudiendo ser así? ¿Que Dios engendre á su hijo abeterno, ó que Maria engendre al Eterno en tiempo? ¿Que Dios engendre á su hijo sin haber sido él engendrado, ó que Maria engendre al que fué engendrado eternamente? ¿Que Dios engendre al que es una substancia consigo, ó que Maria engendre al que es una substancia con Dios? ¿Que Dios engendre al sempiterno, ó que una criatura engendre al sempiterno mortal? ¡O admirable Padre de las misericordias! ¡O admirable Padre de las lumbres! Conozco mis tinieblas y miseria, que no alcanzo todo lo que hay que admirar en vuestro altísimo modo de engendrar, mas si tengo de decir, de solo lo que alcanzo (como al fin alcanzo poco

de vuestra infinita grandeza) confieso que mas me admiro de vér á Maria madre, que á vos Padre. Claro está, que si Dios habia de engendrar, que habia de ser tambien Dios engendrado. Claro está, que habia de engendrar Dios virgen, esto es, sin consorte; porque no habia de tener necesidad de ayuda, sino ser de suyo bastantemente fecunda la naturaleza divina: y así, ya que sois Padre, no me espanto que seais Padre virgen, ni que engendréis una persona que sea Dios é igual á vos. Pero sí es de espantar y de maravillar mucho, que una doncellita pobre engendre al que es Dios, y que engendre virgen, sin tener comprincipio humano, y que tenga hijo á Dios, antepuesta en esto á su hijo por el derecho de madre, á quien debió respeto y obediencia el que era Dios, que en este sentido se celebra el dicho de Enrico de Consfeldia, que era Maria mayor que su hijo.

Con razon, pu s, se dice Maria madre admirable, pues tantas veces es mara-

villosa. Pero no sé si aun es mas admirable, por haber en ella cosa mas para admirar que ser madre admirable, esto es, por haber en Maria cosa mas grande que ser madre de Dios. No me parece que en persona criada se podia concebir mayor excelencia y dignidad, que en decirse que dió vida á su criador, y que es madre de su Dios. Lo qual, como dice Santo Tomás, es una dignidad en cierto modo infinita: y verdaderamente para hacer concepto de la grandeza de Maria, hemos menester hacerle de lo que es esto. Con todo eso, por boca de Jesus, y aun de la misma virgen, hay en ella cosa mayor, y mas porque alabarla, engrandecerla y llamarla dichosa, que por ser madre de Dios, segun la carne y sangre; porque quando aquella buena muger empezó á gritos á bendecir la madre de Jesus, diciendo al mismo Señor: Bienaventurado el vientre que te traxo, y los pechos que mamaste: el Señor, como corrigiendo ó mejorándola aquella plegaria á

bendicion, dixo: antes son bienaventurados los que oyen la palabra de Dios y la guardan: lo qual dixo el bendito Jesus, no porque no juzgase ser bienaventurada su madre, sino porque aquella muger no la alabó de lo que en ella era mayor, que fué aquella su estupenda é inefable santidad, caridad, humildad, y obediencia con que cumplió en todo y por todo la palabra y voluntad divina, dandonos á entender que esto es mas en María, y que por ello es mas bienaventurada que por haberle parido y dado leche al mismo hijo de Dios. Grande grandeza es María ser madre de Dios habiéndole dado su sangre; pero cosa mas grande es su pequeñez, y en tanta grandeza, su humildad y obediencia á la voluntad divina. Mayor cosa es ésta, que toda la grandeza de ser madre de Dios natural, tomada en sí sola; y por su obediencia y caridad agradó mas á Dios, que por la dignidad y privilegio y beneficio natural de ser su madre. Y así, la misma vírgen en aquel

cántico que llena de Espíritu Santo compuso, dice, que la dirán: bienaventurada todos los siglos, porque miró Dios á su humildad y se agradó en ella. Aquella inexplicable santidad de María, aquella su inefable caridad y bondad, aquella su virtud estupenda en toda virtud, es inexplicable, es inefable, es estupenda en esta gran Señora, por lo qual merece ser estimada, admirada, adorada, servida y amada de millones de mundos: por la qual la puede S. Ignacio llamar celeste prodigio; S. Crisóstomo, gran milagro; S. Damasceno, el mas nuevo milagro de todos los milagros; S. Epifánio, estupendo milagro en el cielo y en la tierra; S. Efren, excelentísimo milagro del universo mundo; y S. Bernardino, milagro de milagros.

Tambien es mucho para reparar, que amando tanto Jesus á Maria, y holgándose tanto de ser su hijo, y que ella fuese su madre ántes que otra muger de quantas han nacido y son posibles, con todo eso

nunca se lee en el evangélio que la llamáse madre. Creo que una de las causas de esto, es lo que acabamos de decir: porque mas la estimaba por otra cosa, que por ser su madre segun la carne y sangre, aunque por esto debia ser y era muy estimada de él y reverenciada. Estimábala, pues, sobre todo lo criado y sobre toda la gracia que tienen hombres y ángeles, por su estupenda santidad, amor y union con la voluntad de su padre. Por la misma causa tambien, quando le dixeron que su madre y hermanos le estaban esperando, respondió, que aquellos eran su madre y hermano y hermana, que hacian la voluntad de su padre; porque como sabian quanta grandeza es ésta, y quán eminente sobre los mismos serafines la tenia María, cumpliendo la voluntad de Dios en la tierra, mas que los bienaventurados en el cielo, siempre se le iba el alma y el corazon, y las palabras de su boca á esto, en oyendo nombrar á su madre, y por esto queria

mas que fuese María engrandecida y admirada. Con todo esto, porque estima tambien mucho el ser su hijo, al fin de su vida quiso Jesus recompensarla y pagarla este nombre: y así, ya que él en muchas ocasiones no la llamó madre por justas y altísimas causas de su infinita sabiduría, quiso que no dexase de oir innumerables veces este amoroso nombre; por lo qual quando la encomendó á su discípulo amado, y en él á todos los fieles, fué diciendo: Ves ahí á tu madre, para que S. Juan y todos nosotros la llamaramos así, no hartandonos de decir: madre, madre, madre nuestra, madre de los pecadores, madre de misericordia, madre de gracia, y sobre todo, no solo madre de Jesus, sino madre de Dios absolutamente, que no hay mas que decir. ¡O buen Jesus! ¡O obedientísimo hijo de María! Bendito seais de mil mundos de serafines por lo que honrasteis á vuestra madre, y por lo que honrasteis á nosotros: honrasteis á vuestra madre, por

lo que ella mas debia ser honrada, y á nosotros en permitirla: llamémos madre á la que os parió, y la que tanto os agradó que levantasteis sobre todos los serafines.

CAPITULO XVII.

Como debe ser amada Maria madre de Dios, por su admirable hermosura y magestad.

No cesémos, pues, de admirar esta estupenda grandeza y suma perfeccion de la persòna de María, de este milagro de milagros, y primor del omnipotente brazo de Dios que procuró sacar una obra digna de su mano. Zeuxis para haber de sacar un retrato extremado, copió de cinco hermosísimas doncellas las mas acabadas y perfectas facciones que tenian. Mas Dios para formar á María, recogió en ella lo mejor que hay en toda la naturaleza y la gracia lo mejor que hay en todos los Santos y los coros de

los ángeles: ni se contentó con esto, sino que primero hizo varios retratos de María en las figuras que precedieron suyas en el viejo Testamento, como si instruyera primero la mano para sacarla perfectísima, remirandose y entreteniéndose, entre tanto que llegaba el tiempo señalado, con retratos y representaciones suyas. Y si bien es verdad que es mayor la hermosura de su alma y divinos dones con que la hermoseó el Espíritu Santo, que la perfeccion del cuerpo, mucho mas que va del alma al cuerpo; pero porque nuestra rudeza no alcanza á entender lo que es hermosura espiritual, y se mueve mas por esta corteza tosca de los sentidos, diré algo de la perfeccion y hermosura corporal de esta gran reyna nuestra, con ser lo ménos que hay en ella. No ha criado Dios ni criará persona humana, ni otra pura criatura mas compuesta, mas modesta y mas hermosa que María, cuya magestad y honestísima belleza de su rostro tenia suspensos, y como si estuvieran

en gloria á los que la miraban, como de sí confiesa S. Dionisio Areopagita, el qual luego que S. Juan Evangelista le puso en presencia de María, quedó tan atónito de un gozo divino que le bañó alma y cuerpo, que dice con juramento, que si la fe no le dixera lo contrario, creyera que habia ya entrado en la gloria del cielo Empíreo, y que María era Dios. Pues si este Santo tan espiritual y contemplativo dice esto de la hermosura corporal de la vírgen, y estando en este valle de lágrimas, ¿ qué podemos decir de la espiritual, en cuya comparacion la corporal no tiene ser ? Muchos afligidos, con solo mirar á María se consolaban, é iban á solo esto á verla. Pero fuera del respeto y gozo del corazon que causaba á los que la miraban, les infundia honestidad y pureza.

Por cierto, con razon S. Juan Damasceno llama á esta Señora la verdad de la naturaleza, su flor, su bizarría. Y S. Augustin dixo: si te llamára rostro de

Dios, digna eres de este nombre. Y á S. Dionisio Areopagita, como testigo de vista, le pareció así; porque fué tan perfecta María en todo, que aunque no fuera madre de Dios, se le debia de derecho por el exceso de sus excelentes y sobreeminentes partes el principado de todo el mundo, y ser Señora del universo. Fué tan grande la fama de su hermosura y magestad que corrió por los primeros cristianos, que de unas provincias á otras la llevaban, y de padres á hijos se divulgaba, que algunos cayeron en error, entendiendo que María era persona divina, que tenia verdadera deídad; no es así, no es persona divina María; pero es tal, que si no es persona divina, ninguna es mejor que María, ninguna la hace ventaja.

Ahora en la gloria ¿quál será la magestad de la reyna de los cielos? Toda la hermosura del cielo Empíreo será borron respecto de ella, que resplandecerá sobre todos los bienaventurados, tantas veces mas

que cada uno de ellos, quanto es grande el número de todos ellos ángeles y hombres. Hablando de su resplandor un doctor, dice: si todas las arenas del mar, todas las yerbas de la tierra, todos los átomos del sol, todas las estrellas del cielo se convirtieran en otros tantos soles, en ninguna manera pudieran todos juntos llegar á la claridad de la vírgen María. Graves autores escriben, que un clérigo devotísimo de esta Señora, deseoso de ver su hermosura, que tanto se encomienda en la sagrada Escritura, pidió instantemente á la vírgen que se la dexase ver: fuéle revelado por un ángel, que la Vírgen le vendría á ver y mostrársele; pero que advirtiese que no podria sufrir tan hermoso espectáculo sin quedar sin vista, que no era decente que ojos que hubiesen mirado á la reyna de los cielos, mirasen otra cosa de la tierra. El devoto clérigo, que se moria de ansias y deseos de ver esta Señora, dixo, que no se le daba nada de quedar ciego: mas despues

advirtió, que si perdia la vista totalmente, le sería fuerza pedir limosna de puerta en puerta, porque no tendria con que sustentarse: y así le pareció que sería buena traza abrir solamente el uno de los ojos, guardando el otro, para con esto no carecer, ni de la vista de la vírgen, ni sentir el daño de la pobreza. Hízolo así: mas apenas se le apareció la hermosa entre las hijas de los hombres María, llena de una inestimable claridad y luz, que goloso de aquella hermosura no pensada, quiso abrir el otro ojo para gozar mas de aquella estupenda hermosura, que no le sirvió mas que de llorar no haberle perdido, por ver mas á quien desean ver los mismos ángeles, porque desapareció luego María. Quedó muy desconsolado de haber reparado en su pobreza, ni en todos los bienes del mundo, y no haber perdido ojos y vida por ver mas á la vírgen. Decia entre sí: oxalá todo yo no fuera sino ojos: oxalá todos mis miembros y coyunturas de mi cuerpo fuesen to-

dos línces para ver mas á María: y pidiendo á esta Señora con suspiros del corazon que se le dexase otra vez ver, que de muy buena gana quería perder la vista que le quedaba y no ver mas cosa de la tierra, la vírgen benignísima le concedió lo que pedia, y mostrándosele tan hermosa como ántes, no solo no le privó de la vista, pero le restituyó la que en el otro ojo habia perdido. Tan blanda como esto, y tan amiga de hacer bien es María.

Pero ¿qué mucho que asi admirase la hermosura de esta Señora á un hombre mortal, si á los mismos bienaventurados les causa admiracion y pasmo? ¡O vírgen Santísima, dice S. Epifanio, que dexaste atónitos á los exércitos de los ángeles! Estupendo milagro en los cielos es una muger vestida del sol: estupendo milagro en la tierra es una muger que llevase en sus brazos la luz. S. Pedro Damian dice tambien de ella grandes loores, admirado de su hermosura, quando pensaba en ella. Rey-

na del cielo, dice: madre de nuestro Padre, fuente de la fuente viva; orígen del principio; Señora ya, no esclava, tanto mas misericordiosa, quanto mas poderosa, que nos ama con un amor indecible, ver á la que es la suma gloria despues de Dios. Vírgen engendradora de Dios, de cuya hermosura el sol y la luna se pasman.

¡O cómo tiene en sí clavados los ojos de los bienaventurados María! ¡Cómo tiene suspensos con su compostura y magestad á los ángeles! ¡Cómo la admiran los mas sábios querubines! Y aun el mismo hijo de Dios no aparta los ojos de su madre. Conforma con esto lo que S. Gabriel dixo al B. Amadeo, que en el cielo no estaba tanto la vírgen al lado de su hijo como frontero de él para estarla mirando siempre de cara, y que quando se mueven de un lugar Jesucristo ó su madre, siempre es de modo que no se vuelvan la cabeza, sino que se miren de rostro.

CAPITULO XVIII.

Como debe ser amada María madre de Dios, por la admirable hermosura de su alma.

La hermosura del alma de María, los dones divinos que en ella puso el Espíritu Santo, la superabundante gracia con que la dotó, su inmensa santidad, sus virtudes heróycas, ¿ quién podrá conocerlas y entenderlas ? Pero aunque toscamente, diré algo de lo que nuestra cortedad divisa. Sola María es mas Santa, y tiene mas gracia y amor de Dios, que todos los órdenes de serafines, querubines y tronos; que todas las gerarquías de los espíritus soberanos; que todos los exércitos de mártires, confesores y vírgenes; que todos los coros de los demás Santos; que todos los bienaventurados que hay en el cielo; que todos los justos que hay y ha habido y habrá en la tierra;

porque tanto se aventaja á todos, quanto heredó nombre mas excelente. Y ¿ qué tiene que ver el nombre de madre con el de siervo? ¿ A qué persona angélica ni humana puede decir Jesus sino á María: mi madre eres tú, tú me engendraste? ¿ Y qué criatura sino María, podrá decir á su criador: mi hijo eres tú, yo te engendré? El santo padre Martin Gutierrez hizo defender esta verdad de los merecimientos y santidad de María, sobre la de todos los bienaventurados juntos, en nuestro colegio de Salamanca, donde él era rector; y el santo y doctísimo padre Francisco Suarez, empezó á defender de esta manera la santidad de María. Vino del cielo esta agradecidísima Señora á dar gracias al padre rector por aquel servicio que se le hacia. En los sermones del discípulo se refiere otra revelacion que fué hecha á otro santo religioso, de la grandeza de la gloria, en que se aventaja la reyna de los cielos, á toda la que poseen todos los ángeles y san-

tos. Lo mismo significó S. Gabriel al devoto Amadeo. Yo, aun tengo para mí, que no se declara con esto toda la santidad de María, segun lo que de ella dicen los Padres de la iglesia conforme á su dignidad; y que no solamente excede á toda la santidad de los bienaventurados juntos, ángeles y hombres que hay y habrá; pero que ella sola tiene mas gracia que quantos justos hay y ha habido y habrá, y han dexado de serlo en el cielo y en la tierra, esto es, que tiene mas gracia que tienen y tendrán todos los ángeles y almas que están y estarán en el cielo, y la que tuvieron juntamente los espíritus y hombres justos en algun tiempo, que han perecido; y no es poca pena esta, que sin duda fué muchísima la que perdieron tantos ángeles apóstatas, que fueron innumerables; pues que la gracia que han perdido hombres santísimos, que despues perecieron, asi la gracia de los Sacramentos, como las de sus buenas obras. Porque pienso que no ha dado Dios

ménos gracia á su madre que ha repartido por otro lado, esto es, que ha dado en qualquier modo al restante de las criaturas puras.

Ni solo la gracia que Dios ha dado; pero aun la que determinó de dar á los hijos de Adan en el estado de la inocencia, donde nacerian todos en gracia y justicia original, no dexó perderla, sino que la logró en su madre, siendo ella concebida en mas gracia que fuera toda junta aquella con que nacerian todos los hijos de Adan, y con que fueron criados el mismo Adan y Eva y todos los ángeles, y que han recibido todos los niños en el sacramento del Bautismo, ó por la Circuncision, ó qualquier otro modo que hubo de consagrarlos á Dios en la ley Natural. Y que despues quando concibió al hijo de Dios en sus entrañas, fuera de la inefable gracia que mereció por aquel acto de obediencia, humildad y caridad, quando dixo: he aquí la esclava del Señor, hagase en mí segun tu palabra, por

el qual solo mereció mas que todos los Santos juntos, segun dice S. Bernardino, la dieron tambien como sacramentalmente, no atendiendo á merecimiento suyo, sino á aquella obra que hizo en ella el Espíritu Santo de la Encarnacion y union hipostática, mas gracia que se ha dado en todos los siete Sacramentos á todos los hombres del mundo, y en los martirios que se han padecido. De modo, que la gracia que se dió á Maria sin atender á merecimiento suyo, fué mayor que quanta se ha dado de su manera á las demás criaturas, ahora se hayan salvado, ahora perecido: y la gracia que se le dió por sus merecimientos, fué tambien mucho mas que se haya dado á todas las demás criaturas por sus merecimientos ahora la hayan logrado, ahora perdido. Mas Maria toda la logró y multiplicó, doblándola perpetuamente. De lo mucho que mereció la virgen con el sí que dió de la Encarnacion del hijo de Dios, hallo una declaracion del cielo, que con-

firma lo que S. Bernardino dixo y se refiere en la historia de los varones ilustres de la tercera órden de S. Francisco, donde se dice fué manifestado á una persona muy Santa, que tuvo la virgen en aquella hora, obedeciendo á Dios y creyendo al ángel, mayor mérito que todos los ángeles tuvieron en lo que obedecieron á Dios, mayor que todos los mártires en sus luchas, mayor que todos los confesores y vírgenes en todas las obras de penitencia y en la pureza virginal que guardaron.

Todo esto no se dice sin bastante fundamento, conforme á lo que dicen los Santos, y parece que es razon. El Concilio Cracoviense que se celebró en Polonia, dice: que tanto quanto excede Jesucristo á Maria, Maria excede á los demás Santos. De lo qual parece que se sigue, que es mucho mas que doblada la gracia, santidad y merecimientos de Maria sobre las demás criaturas racionales juntas, porque la ventaja que hace Jesucristo á Maria por

la santidad de la naturaleza divina que tiene por la union hipostática, excede infinitamente: y así, para entenderse el exceso que tambien hace esta Señora á los demás bienaventurados, se ha de considerar como una ventaja infinita: y que yá que no sea infinitamente mayor, nosotros no lo podemos bien entender, sino es como una cosa inmensa y sin término: y así dixo S. Juan Crisóstomo, que habia diferencia infinita de la madre de Dios, á sus esclavos. S. Pedro Damian dice: que la grandeza de la gloria que recibió Maria carece de principio, que es lo mismo que decir, es infinita. San Ildefonso la llamó incomprehensible. S. Buenaventura dice: que fué inmensa la gracia que llenó á Maria. Es tambien sentencia de San Anselmo, que convino que la madre de Dios resplandeciese con tal pureza, que despues de la de Dios no se pueda entender mayor.

Para que se vea algo este exceso, supongo lo que dicen gravísimos teólogos,

fundados en razon y piedad, y en los Santos, que la virgen con cada acto de nuevo que hacia, doblaba la gracia que tenia: porque si este doblar la gracia se concede á los ángeles en el primer instante, ¿por qué no se habia de conceder siempre á la reyna de ellos, que jamás puso impedimento á Dios, sino que obró todo lo que pudo obrar conforme á la gracia que poseía y mocion del Espíritu Santo? Y estos actos de la virgen fueron tan continuos, que aun durmiendo no cesaba de merecer. Supuesto esto, se halla por buena y rigorosa cuenta, que aunque en su concepcion no la hubiesen santificado, sino con un grado de gracia, ella se dió tanta prisa á multiplicarla, que pasados dos dias, en solo las dos horas primeras, aunque no hiciese mas actos misteriosos que cada quarto de hora el suyo, merecia mas gracia que toda la muchedumbre de predestinados, aunque fueran tantos quantos son los granos de arena que pueden caber en toda la redondez del

mundo, desde el centro de la tierra hasta el cielo estrellado, lleno este inmenso vacío por todas partes, conforme al cómputo de Archimedes y del Padre Clanio: y esto aunque tuviese cada uno de este número innumerable de predestinados, diez millones de grados de gracia. Y este exceso de merecimientos de la virgen, sobre los merecimientos de tantos predestinados, contiene el mismo número de arenas, mas veces que mil quinientos noventa y seis millones, y novecientas veinte y ocho mil. Pues si en dos horas de merecimientos, empezando en su concepcion con un solo grado de gracia, y dando que solo en cada quarto de hora hiciese un acto meritorio, excedió tanto, ¿qué será por sesenta y dos años de vida, mereciendo de dia y noche, y á cada instante doblando sus merecimientos, y empezando con tanto caudal de gracia, que ni el mayor serafin ni Santo acabó con tanta gracia, como fué con la que la virgen empezó, que fué in-

comparablemente mayor, y en el menor acto suyo mereció mas que el mayor Santo en toda su vida? Pues qué, si despues de esto se junta la gracia, que como *ex opere operato*, ó liberalmente, sin atencion á sus merecimientos, la dieron en muchas ocasiones, como en la Encarnacion del hijo de Dios, en la Natividad, en el dia de la pasion, en el de la Resurreccion, en la venida del Espíritu Santo y despues en los Sacramentos que recibió, principalmente el de la Eucaristía que se recibia cada dia. Y como la gracia de los Sacramentos en los adultos se dá segun su disposicion, la disposicion de Maria fué tan admirable y como inmensa, la gracia le habia de responder. Pues si considerámos los demás dones del Espíritu Santo, los demás privilegios de los Santos y ángeles, las demás dignidades suyas, todos los de todos y de cada uno, están en Maria con eminencia, y Maria solo constituye como principado aparte: y si así se sufre hablar, una como

general gerarquía, revela muchas cosas á los ángeles, y los ilustra y enseña.

¿Qué consuelo tan grande es este para nosotros pobrecitos é hijuelos de esta gran madre, vér que es tanta y tan inmensa su grandeza? Porque al paso que su gracia es grande, es grande su amor y misericordia: y así, nos podemos regocijar vernos tan extrañamente, y por decirlo así, tan inmensamente amados de esta Señora; porque con el mismo amor que ama á Dios, nos ama á nosotros: y pues fué el amor de Dios tal, que murió sin otra enfermedad mas que de amor, es grande consolacion vernos amados por Dios, de quien tanto le amó, cuyo amor fué mas fuerte que la muerte. ¡O quanto gozo es vér á Maria llena de gracia! ¡Vér á ese vaso de misericordia, todo ocupado y rebosando! Porque con qualquier oracion nuestra que le toque, no es posible sino que derrame en nosotros algo de la gracia de que está lleno.

CAPÍTULO XIX.

Como debe ser amada Maria madre de Dios, por lo sumo que es agradecida.

Al paso de esta inmensa grandeza y bondad de Maria, son sus virtudes, su misericordia, su humildad y todas las demás, y lo que suele cautivar mucho los corazones, su agradecimiento, del qual solo quiero decir aquí alguna cosa, porque fuera menester alargarme demasiado, si hubiera de detenerme en todas sus virtudes, por las quales debe ser amada. De esta trataré aquí, porque es gran motivo para robarnos el alma, vér que así agradezca á lo que se hace por ella, aun no haciendo lo que debemos: y es, que como tiene ella tan ardiente afecto y deseo de hacernos bien, anda á buscar ocasiones en que dárse por obligada. Este agradecimiento tuvo esta gran Señora en vida, y ahora le continúa

desde el cielo con notables extremos. Tengo para mí, que no hizo persona alguna buena obra á Maria miéntras vivia, que no se lo agradeciese ella con alcanzarle vida eterna. De aquellos buenos pastorcillos que en la extrema necesidad que tuvo en Belen quando parió á su hijo, la visitáron y socorrieron con sus presentillos rústicos, consta que fuéron despues Santos. Mas conocida cosa es la de los reyes magos, á los quales alcanzó tambien gran santidad. Tambien aquellas buenas Marias que la habian hecho buena correspondencia fueron Santas, y alcanzó de su hijo que escogiese por apóstoles los hijos de sus conocidas, porque los mas fueron de Galiléa donde vivia. De los parientes y deudos de Maria que ella conoció, sabemos que treinta fueron Santos, esto es, casi todos, teniendo en todos los estados de la Iglesia y coros del cielo, primos y sobrinos Santos. Los apóstoles mas queridos, y la mitad de aquel colegio sagrado, fueron parientes ó

deudos suyos. Y escritores de gran antigüedad testifican, que el príncipe de los apóstoles y cabeza de la Iglesia S. Pedro fué tambien deudo de la virgen. Aquel dichoso ladron que confesó á Jesus en la ignominia de la Cruz, dicen que antiguamente hizo un servicio á la virgen: y si esto es así, ¿quién duda, sino que viéndole Maria que estaba presente crucificado al lado de su hijo, y tan ciego que le estaba maldiciendo, compadecida de él le encomendaría al bendito Jesus, y que este Señor oyó los ruegos de su afligida madre? Porque obra fué de la misericordia de Maria la conversion tan milagrosa de aquel hombre. Y cierto que es para enternecer el corazon, la memoria que tuvo á la hora de la muerte, de dos buenas mugeres que le habian hecho buena vecindad, qué se acordáse de ellas la virgen y encargáse á San Juan repartiese entre ellas sus pobres vestidos; porque era tan pobre de bienes de la tierra la que era reyna del

cielo, que si no es lo que traía á cuestas, no tenia otra cosa.

Pues yá que está en el cielo, donde parece que por la magestad en que está no debia nada, no es creible el agradecimiento que tiene. San Bernardino en una sentencia bien dulce y de gran consuelo, significa la agradecidísima humildad (aun allá en la gloria) de esta Señora, y dice así: Cortesanísima es la gloriosa virgen Maria, que no puede ser saludada sin que ella torne á saludar con modo admirable. Si dixeres cada dia devotamente mil Ave Marias, mil veces serás resaludado de la virgen. De Adán de Santo Victor sabemos, que porque saludó á la virgen diciendo: Salve madre de piedad y Triclinio de la Santísima Trinidad, la virgen le resaludó y dió las gracias. Tambien vino desde el cielo, como hemos dicho, á agradecer al Santo Padre Martin Gutierrez de nuestra Compañía, el haberse defendido por su ocasion la excelencia de sus méritos, sobre

los de todos los bienaventurados juntos. Por un servicio muy debido que la hizo San Ildefonso, convenciendo á unos hereges que negaban su perpetua virginidad, le quedó tan reconocida, que estando en la Iglesia con el rey Recesvinto, le envió un recado, agradeciéndoselo públicamente con palabras bien significativas. A vista de todos se apartó la piedra del sepulcro de Santa Leocadia virgen y mártir, y saliendo la Santa de él, se llegó al Santo Pontífice dándole el recado de la virgen, y diciéndole: ¡O Ildefonso! por tí vive la honra de mi Señora. ¿Qué mayor humanidad y agradecimiento que este? Confesar que su honra vivia por su siervo. Despues de esto se tornó la mensajera del cielo á su sepulcro, quedándose el Santo con algunas prendas de este favor. No se contentó la agradecidísima Maria con agradecérselo por tercera persona á su devoto Ildefonso: mas ella por sí misma y con obras lo quiso hacer, trayéndole un rico

presente, que fué aquella preciosa casulla con que le vistió, baxando del cielo para esto la misma reyna de los ángeles. A otro Santo Sacerdote de Tortosa traxo tambien en señal de su agradecimiento un cingulo, que hoy se guarda en la Iglesia de aquella Ciudad. Otra rica vestidura recibió de las agradecidas manos de Maria, San Bonito y Santo Tomás Cantuariense, el qual siendo mancebo estaba ocupado todo del amor de la virgen. Sucedió, que en una conversacion de otros de su edad, tratásen de los favores que les hacian algunas doncellas. Santo Tomás, que no tenia otra aficion sino la de la reyna del cielo, por cuya honra y amor se le iba el alma, dixo que tenia una persona á quien él amaba mas que á su vida, y de quien habia recibido mayores favores que hombre nacido de la persona que mas le queria: los amigos le instáron que les mostráse algunos de aquellos favores: él cayó luego en la cuenta, y pareciéndole que habia hablado con poca hu-

mildad, se fué delante de un altar de nuestra Señora á pedirle perdon: mas la piadosa madre de misericordia le consoló, diciéndole que era así, que ella era su querida, y que así le traía favores y presentes del cielo, y dióle juntamente una arquita de su mano, la qual despues abrió el Santo delante de sus amigos, y halláron dentro una rica casulla colorada, señal del sacerdocio y martirio que despues alcanzó. En otras muchas cosas mostró esta Señora el agradecimiento que tenia al amor con que este Santo la servia y amaba. Enternece verdaderamente la llaneza y humildad con que una vez que estaba remendando su silicio Santo Tomás, vino del cielo esta gran madre á ayudárle, y miéntras el Santo cosía, la virgen se le estaba teniendo, en lo qual nos dió á entender la estíma que hace de las penitencias.

En estos casos de este Santo mártir, no solo se echa de vér el agradecimiento de Maria, sino su suma humildad y afabi-

lidad, que es otra cosa que concilia mucho el amor, y mas en los superiores. ¿Y quién mayor que María, entre quantas personas hay criadas? ¿Y quién mas humilde? Pues la que es reyna de todo lo criado, se quiere así igualar á sus esclavos, que se obligue á tales correspondencias con ellos, pagándose tanto del amor que la tienen, como si no se lo debiésemos. ¿Qué mayor correspondencia? ¿Y qué mayor humildad, qué lo que dice Cesareo? Pasó á un honesto soldado, á quien el demonio procuró derribar con una fuerte tentacion y deseo lascivo de una muger: él por consejo de un ermitaño, rezó á la virgen por todo un año cien Ave Marias cada dia. Al cabo del año, quando salia de la Iglesia de cumplir su devocion, encontró á una matrona hermosísima, que excedia incomparablemente toda otra hermosura, la qual le detuvo teniendo el freno del caballo: el soldado se quedó admirado y fuera de sí, de vér tal compostura y belleza, al qual

dixo la castísima virgen: ¿Agrádate mi hermosura? El respondió: No he visto en mi vida cosa mas hermosa. Replicó la humilde Maria: ¿Contentariaste si pudieras tenerme por esposa? El soldado dixo: Por cierto que el mayor rey del mundo se pudiera tener por dichosísimo con tal compañía. Luego dixo la virgen: Pues yo seré tu esposa, llégate á mí y abrázame con ósculo de casto amor: y haciéndolo así, añadió la virgen: Ahora se han empezado á celebrar las bodas, y en tal dia se acabarán de celebrar delante de mi hijo: y luego (ó estupenda humildad de Maria) teniéndole del estrivo del caballo, le hizo que subiese en él, forzándole á ello con su mandato, estando él temblando de temor y reverencia. Con esto quedó libre de aquella tentacion, y murió, sin haber precedido enfermedad, el dia que le señaló la virgen que se habia de perficionar su desposorio.

Con el Santo Aláno de la Orden de Santo Domingo tambien se desposó, dán-

dole un anillo que habia hecho de sus cabellos. Fué tambien muy solemne desposorio el de San Hermano. Apareciósele la virgen acompañada de dos ángeles: el uno de ellos dixo: ¿Quién es el casto esposo de esta virgen purísima? Y el otro respondió: Hermano, que está presente, es su esposo. Oyendo el Santo estas palabras, lleno de vergüenza y temor se llegó á ellos, y dixo, que era indignísimo de tal nombre y tan singular merced. Y aunque el Santo reusaba con humildad profunda un favor tan grande, uno de los ángeles le tomó la mano y juntó la de la virgen, diciéndole: Esta es la esposa y virgen purísima, que por medio nuestro te entrega el cielo, como en otro tiempo se la entregó á José: mírala y sirvela como esposa querida, y de hoy en adelante te llamarás José, como se llamó su primer esposo.

No es ménos para admirar, vér como estima Maria nuestra palabra y amor. Dice Vincencio de Burgundio, que habia re-

cibido cierto mancebo un anillo de una muger de quien estaba aficicionado, y queriendo jugar á la pelota, porque no le estorbáse, entró en una Iglesia para dárselo allí á persona conocida: reparó en una imágen de la virgen, que considerando su hermosura, trocado el corazon, dixo: Verdaderamente, Señora, mas hermosa sois que quien me dió esta prenda, y así desde ahora dexo aquel amor por el vuestro, que no quiero sino que me améis, y yo amaros: diciendo estas palabras, puso á la virgen el anillo en el dedo, el qual la virgen le aceptó doblando el dedo, dándose por esposa suya: mas despues inconstante aquel mancebo quiso casarse, lo qual la virgen no permitió, y le vino á requerir mostrándole el anillo, y acusándole de infiel para consigo, hasta que al fin dexó totalmente al mundo, dedicando toda su vida al servicio de la virgen. San Edmundo se desposó tambien con esta gran reyna, poniéndole en su mano un rico anillo que le man-

dó hacer, y ella le respondió fidelísimamente. ¿Qué mas humilde y agradecido pecho que el de Maria, que se abate por amor de sus devotos y esclavos á igualarse con ellos, aceptando nombre y oficio de tanta igualdad?

Por este grande agradecimiento de Maria, se tiene por señal de predestinacion su devocion, á la qual algunos han llamado (y es conforme á San Buenaventura) carácter y marca de los predestinados. Otros afirman, que es moralmente imposible condenarse, quien fuere verdadero devoto de esta Señora: lo qual tambien parece conforme á San Anselmo y á la razon, porque como la virgen se incline tanto á hacer bien, aunque no se lo hayamos merecido, juntada esta graciosa inclinacion, con la obligacion que ella se pone por qualquier servicio, llueven dones del cielo sobre sus devotos fieles, y son grandes prendas estas de su salvacion, por verse á cargo de tan gran valedora y sin la qual nadie se salva,

y que puede tanto con Dios, como la misma virgen reveló á un devoto religioso, segun el discípulo en sus sermones refiere. Dixo, pues, la reyna del cielo á aquel devoto suyo, que entre los inefables gozos en la gloria y bienaventuranza del cielo que está poseyendo, entraba en principal lugar, que su voluntad y la de la Santísima Trinidad, es de manera una, que todo lo que á ella le agrada, es con inefable favor concedido de Dios: y que la paga y galardón de los que en esta vida la sirven, está remitido á la voluntad y alvedrío suyo. Y claro está, que en sus ruegos y misericordias, antepondrá á sus devotos, con que pueden asegurarse con humilde confianza de su salvacion; porque como es imposible, dice San Anselmo, salvarse aquellos á quien la virgen torciere el rostro y apartáre los ojos de su misericordia, así es necesario y forzoso que se justifiquen y salven los dichosos y bien afortunados, en quien esta soberana princesa pusiere los

ojos misericordiosamente para ser su abogada, é interceder por ellos. Por la misma razon viene á ser, que la devocion verdadera de la virgen, sea como la medida de la santidad: porque al paso que es uno mayor Santo, experimentamos comunmente ser mas hijo y devoto de esta gran madre. Y Dios, que con eficaz suavidad dispone los medios conforme á los fines, no solo á los predestinados, parece que marca con esta señal y afecto filial para con su santísima madre; pero al que escoge para dárle un eminente grado de santidad y para mayor gloria, le dispone tambien con una excelente piedad y mayor devocion para con la que es el Arca de la gracia y reyna de la gloria, que bien podemos llamar así á Maria, por impetrarnosla ella, como llamó David á su hijo santísimo rey de la gloria, por habernos merecido que nosotros la mereciésemos.

CAPÍTULO XX.

Como debe ser amada Maria madre de Dios, por ser nuestra reyna, por ser nuestra madre, por ser madre de Dios y por quererlo Dios.

Por otros muchos títulos debe de ser amada y reverenciada Maria, como son, por ser coronada por legítima reyna nuestra, por lo qual la debemos toda lealtad, amor y reverencia. ¡O cristianos! consolémonos con tal Señora, que toda su grandeza es bien para nosotros, y tanto es mas misericordiosa, quanto mas poderosa. ¡O afabilísima potencia de Maria, que toda es para hacernos misericordia! Al imperio de Dios todas las cosas están sujetas, y la misma virgen: y al imperio de la virgen fueron tambien sujetas todas las cosas, y el mismo Dios. Añade San Bernardino una notable y devota proposicion, engrande-

ciendo el poder de esta gran reyna, dice: Que mas pudo hacer Maria de Dios, que Dios de sí mismo, porque le hizo mortal y posible: pues si pudo hacer que Dios se hiciese lo que regugnaba á su esencia, ¿cómo no podrá hacerle misericordioso para con nosotros, que es tan conforme á su naturaleza? Con este imperio de Maria, los ángeles que son de extraña naturaleza, y que no la han menester para su salvacion, están gozosísimos y se tienen por muy honrados. Nosotros, ¿qué seria razon que hiciésemos, pues nos toca tanto esta Señora y la hemos tanto menester? ¿Con qué reverencia, con qué lealtad, con qué obediencia la hemos de mirar? Aprendamos, pues, de los ángeles este respeto y sujecion con que la juraron por su reyna, y jurémosla tambien por nuestra Emperatriz. Al bienaventurado Juan Menesio, fué revelada la forma de la adoracion y pleyto homenage que hicieron á Maria los ángeles quando entró en el cielo, que en nombre de los demás dixo

San Miguel, y es la siguiente: Lo que ántes de haberse perfeccionado el mundo sensible, prometimos á Dios, hoy te lo prometemos á tí Maria: hoy repetimos lo que en el punto de la Encarnacion de Dios protestamos. Esto mismo ahora ratificámos, aceptándote á tí, ó Maria, por nuestra reyna: á tí te nombramos por reyna de los cielos: á tí te aclamámos continuamente por Señora de los ángeles: á tí todos los ángeles, arcángeles y todas las potestades: á tí los principados y dominaciones, por infinitos dias te servirán y obedecerán: á tí los tronos, los querubines y los serafines, con humlide voz te confesarán. Todos nosotros te reconocemos por nuestra superiora, todos te adorámos por madre de nuestro Dios. ¿Cómo no nos edificámos de este exemplo de los ángeles y nos corrémos, que no debiéndola ellos tanto como nosotros, la reverencien, sirvan, obedezcan y amen mas que los que somos de su linage, y somos tan necesitados de la sobe-

ranía de este reyno de Maria? Dice el devoto Juan Tauburno: Es Maria muy imperiosa y constituida por princesa del universo, sobre toda la casa y familia de Dios: y en tanta manera es presidenta y superiora de todas las cosas, que sin el imperio de su boca, no se puede mover un pie, ni poseer cosa alguna, ni chistar con la boca en todo el universo: lo qual, aunque ahora no se eche de vér, será cosa manifiesta al mundo quando la han de publicar, quieran ó no quieran todas las generaciones, por princesa suya y bienaventurada.

Demás de esto, debe ser amada Maria por ser nuestra madre: porque aunque no sea nuestra madre natural, es nuestra madre verdadera por adopcion, porque hemos recibido de ella este inmenso favor, que nos haya querido prohijar por hijos y tener por tales, con ser nosotros los que somos, que muchas otras mugeres se corrieran que fueramos sus hijos: de modo, que por este parentezco legal tan estrecho

que hay entre Maria y nosotros, la debemos el amor y reverencia que la debieramos si fuera nuestra madre natural, y aun mayor: porque no es ménos de estimar que el parentezco de sangre, este parentezco de afecto y de tan infinita dignacion, que la que es madre de Dios se acuerde de nosotros, y mas para obligarse á hacer oficio de madre: porque se funda este parentezco de adopcion y afecto, en amor, y nace de amor, y es tanto mas de agradecer, quan- ménos obligacion hubo para ello, y es totalmente libre y gracioso. No es este título ménos, ni honorario solamente, sino muy fructuoso: porque no solo gozamos de esta imcomparable honra de llamarnos hijos de una tan poderosa reyna como Maria; pero de los frutos y provechos que traxera ser hijos suyos por naturaleza: porque cuida de nosotros la virgen, como si hubieramos nacido de sus entrañas, y nos hace semejantes oficios y regalos, hasta llegar á dár á algunos leche de sus pechos:

porque fuera de San Bernardo, devotísimo hijo suyo, á quien bañó los labios con su leche, lo ha hecho con otros. El Cardenal Pedro Damian dice, que estando un clérigo, devoto hijo de esta Señora, á la muerte, vino á visitárle la virgen como madre, y poniéndose á la cabecera de la cama, le comenzó á acariciar, como una piadosa madre á su amado hijo, y descubriendo sus castísimos pechos, le echó leche de ellos en sus labios, con lo qual quedó luego bueno. Y añade el mismo doctor, que era fama constante, que aun hasta aquel tiempo se veían en los labios de aquel Santo clérigos, señales de la leche sagrada de María. Estos regalos hace esta madre piadosa, para que con su leche bebamos el amor á su hijo. Catón quiso que á todos sus hijos diesen leche sus esclavas, para que les tuviesen amor los hijos de ellas: y la virgen porque tengamos amor á Jesus, hace semejantes favores: y quando es invocada con este nombre de madre, se dá

por mas obligada. Quando Balduino, conde de Flandes, hizo la jornada á la tierra Santa, mandó el Papa Inocencio tercero, que todos los Monasterios de la Orden de Cister contribuyésen, dándo la quadragésima parte de sus bienes: el general y los superiores de la Orden, suplicáron á su Santidad de aquel mandato, por ser contra los privilegios de otros Sumos Pontífices. El Papa Inocencio llevó esto muy mal, y engañado de falsas informaciones, determinó deshacer la Orden: afligiéronse mucho los Santos monges, y no hallando favor bastante en la tierra, acudiéron á su patrona y protectora, á su madre celestial, que en el Santo patriarca Bernardo les adoptó por especiales hijos. Hacian en sus Monasterios cada dia procesion, andando descalzos y clamando á su madre, repitiendo estas palabras: *Ave Maris stella, Monstrate esse matrem*, mostrad que sois nuestra madre, mostrad que sois nuestra madre: ¡ó Maria, estrella de la mar! No

hablaban con madre que tuviese entrañas de piedra: no clamaban á madre que fuese sorda: porque miéntras ellos la invocaban, ella se apareció á Rainero, confesor del Papa, y le dixo: Dá á Inocencio este recado de mi parte: Tú pretendes destruir y acabar con mis hijos, no podrás salir con ello: ántes tú y todas tus cosas, serán primero destruidas. Con esta amenaza del cielo se trocó el corazon del Pontífice, cesó de aquel intento, y favoreció á la Orden del Cister con este privilegio: que qualquier negocio de esta sagrada religion que viniese á Roma, fuese preferido á otros. De esta manera mostró la virgen ser madre de los que la nombraban así.

Demás de esto, el título de madre de Dios, de madre de nuestro redentor Jesus, nos obliga mucho, porque aunque ni ella fuera nuestra reyna, ni nuestra madre, ni nos hubiera hecho bien, ni se acordára de nosotros, ni ella fuera tan sumamente buena y santa como lo es, ni viéramos en ella

otra virtud, por solo que es madre de nuestro Salvador Jesus, de nuestro bienhechor, de nuestra vida, de nuestro Dios, debia ser reverenciada, querida y amada de todo el mundo, si hay en nosotros alguna ley, fidelidad y estíma de Jesus, nuestro único bien y legítimo rey de gloria, y Dios verdadero.

Sobre todo esto, el mas fuerte título que hay de amar y servir á Maria, es que Dios lo quiere, y mas tanto como lo quiere, y por esto la hemos de querer y reverenciar mas que por todas las demás causas, aunque son tan grandes: porque con esto, el amor de Maria es fina caridad, y con esto se agradará mas á la misma Señora, que mas quiere que la améнos por dár gusto á Dios, que por sí misma: porque mas quiere que amémos á Dios, que no á sí: pues mas ama ella á Dios, que á sí misma: pues amando á Maria porque lo quiere Dios así, cumplimos con entrambos, haciendo lo que gusta Dios, que es

amár á Maria, y haciendo lo que gusta Maria, que es no verse amada, sin vér mucho mas amado á Dios: y así, para la práctica de la devocion verdadera de la virgen, se ha de observar mucho esto, dándole este gusto de que amémos mucho y purísimamente á Dios, y que no amémos cosa que no sea por Dios, amando mucho mas á su magestad: por lo qual es menester formar un alto concepto de quatro cosas. De lo que es Dios. De lo que es Maria. De lo mucho que quiere Dios que la amémos, y quán justamente lo quiere. De los quales sentimientos ha de nacer un cordialísimo é intentisísimo amor á esta Señora, amandola porque lo quiere Dios así: y Dios lo quiere tan de veras y tan intensamente, que porque así lo hagamos, ha determinado de no dár cosa que no sea por ella, y esto lo quiere por justísimas causas. Por lo mucho que la ama él, por lo mucho que la debe, por lo mucho que ella es en sí, por su inmensa santidad, por ser su

madre, por lo mucho que ella nos ama, que gusta Dios tengamos buenos términos y correspondencia con tan fina amadora nuestra, por los innumerables bienes que nos hace, que tambien quiere su magestad no seamos desagradecidos, por los bienes que nos puede y quiere alcanzar: porque como desea Dios nuestro bien, quiere tambien que hagamos lo que nos ha de estár bien, y mas tanto como nos está bien amar á tan agradecida, blanda y amorosa madre. Con estos sentimientos y afectos ha de andar el verdadero amador de Maria, y cada vez que vea su imágen se ha de acordar de esto, y no ménos amará á Maria porque lo quiere Dios, que ame á Dios por sí mismo, que lo quiere así la misma Señora.

CAPÍTULO XXI.

Como debe ser servida y amada Maria virgen y madre de Dios, por la gran dulzura que es servirla.

Bastantes causas hemos traído para forzarnos á amar y servir á Maria madre de Dios, por lo provechoso y lo honroso que nos es: porque ¿qué mayor honra y provecho, que ser hijos amados de una reyna, y mas la del cielo? Pero porque el gusto es muy poderoso para algunos, quiero tambien hacer cargo de esto, que no sé que se tiene el nombre de Maria, y un piadoso y filial afecto para con tal madre, que derrama miel y suavidad, y un castísimo deleyte que llena el alma de dulzura. Y verdaderamente, para mí es esto un grande argumento, de quán conveniente y necesaria nos es la devocion de esta Señora, y lo mucho que lo desea Dios por sernos tan

importante, y que pertenece muy singularmente á la providencia divina acerca de los predestinados: porque así como dió Dios inclinacion natural á todas las cosas para aquello que les es conveniente, y en el sentido y apetito puso singular deleyte y gusto en las acciones necesarias para el bien y conservacion del individuo, de la misma manera en el órden de la gracia, por ser bien y provecho de todos, Maria ha sembrado en el corazon de todos fieles una grande inclinacion y afecto á esta Señora, y en su devocion y servicio ha puesto una gran suavidad y gusto, por sernos tan necesaria. Esto remito á la experiencia de cada uno, si se dedica de veras al servicio de esta gran reyna, porque presto sentirá tal blandura y suavidad de afecto y piedad, que le llenará de un gozo y deleyte santo, que satisface y recrea al corazon mas que quantos gustos de la tierra hay: porque así como nos es importante para la vida del alma el servir á Maria, mas que quantas acciones

hay de los sentidos neceserias ó convenientes para conservar la vida del cuerpo, así el gusto interior de su devocion, es mayor que quantos gustos hay de los sentidos: y así dixo Ricardo de Santo Laurencio: En María hallan todos y cada uno de nuestros sentidos, su dulzura, su deleyte y su jucundidad: y en otra parte dice: María es dulce sobre la miel, porque excede su dulcedumbre á toda la dulcedumbre del mundo y los deleytes del cuerpo.

Algunas veces se ha visto ser la dulzura del alma tan abundante, que sóbre para rebosar en el cuerpo. A Marsilio obispo de Tuscia, que entónces estaba en la Iglesia de San Severino de Colonia, afirmó una noble y piadosa matrona, que jamás pronunciaba el dulcísimo nombre de María, sin llenarse su boca y corazon de una dulzura y suavidad inefable. Admirado Marsilio de un regalo y favor tan singular, la preguntó la causa, y respondió: Que tenia por devocion y costumbre rezar

cada dia cincuenta Ave Marias, con otras tantas reverencias y venias delante de la virgen santísima, de quien habia alcanzado esta merced, que la saliva de la boca le parecia y sabia mas que la miel, miéntras estaba rezando su devocion. El propio Marsilio deseó experimentarlo en sí, y apénas habia hecho la misma devocion por espacio de seis semanas, quando sintió en su boca, paladar y garganta tan gran suavidad y dulzura, que la miel le parecia desabrida, en comparacion de la dulzura que sentia rezando su devocion, y lo mismo dice aconteció á otro religioso de la Orden de Cister.

Por lo ménos, la suavidad y devocion interior, quéxese de Maria quien no la gustáre, si la sirviere fielmente. Oigamos á algunos experimentados. Eckeberto aba[...] dice: ¡O grande y poderosa Señora! Qu[...] aun nombrarte no podemos, ni tomarte e[n] la boca, sin que abrases las almas, ni pen[-] sar en tí sin que alegres el corazon de lo[s]

que te aman. Jamás llegaste á tocar las puertas de la memoria piadosa de tus devotos, que no los llenáses de dulcedumbre y suavidad celestial. Lo mismo sintió y confesó San Bernardo, porque el favor que hizo á este Santo la virgen, de regalarle con su leche, si fué una ó dos veces sensiblemente, fueron invisiblemente infinitas. Con la misma experiencia dixo San Agustin, que Maria era la tierra de promision, que manaba leche y miel: y en otra parte: No hay cosa mas dulce que el amor; pero no hay amor de criatura, que sea comparable con el de Maria: luego no hay cosa mas dulce que ella. San Efrén la lamó paraiso de deleytes: San Ambrosio, naná; porque verdaderamente, se entienle bien de Maria lo que dixo el eclesiástio: Mi espíritu es mas dulce que la miel, mi herencia es sobre la miel y el panal; or lo qual Ricardo de San Laurencio dio: El espíritu de Maria es dulce, porque una muy singular apotéca del Espíritu

Santo, el qual se llama la dulzura del Padre y del hijo. Y luego añade: María es aquella miel, que en gustándola son alumbrados los ojos de Jonatás, esto es, del justo. Esta Señora (dice San Pedro Damiano en el sermon de la Anunciacion) es la que con dulces memorias basta á endulzar nuestros afectos, y cuyo pensamiento recrea las almas. Esta Señora es sobre quien baxó el dulcísimo Dios, y derramó en su alma toda la suavidad y dulzura de su deidad: y así, no pudo dexar de quedar dulcísima, aun quando ella fuera desabrida de suyo, quanto mas siendo tan suave, dulce y apacible. Por esto dixo San Juan Damaceno: Bástales, Señora, por galardon colmadísimo, á los que piadosamente se acuerdan de tí, la misma memoria que de tí tienen, pues ella les trae consigo el galardon y premio de sí misma, que es la alegría y gozo que causa, exênto y libre que haya ladron alguno que le robe. ¿Qué deleyte mayor? ¿O de qué suavidad no gozará el que tie-

ne á Maria en su memoria, ó por mejor decir, es el libro de sus dulces memorias? Y si solo la memoria y el acordárse de ella de esta manera, llena de dulzuras y suavidad el alma, ¿que será su presencia, como infiere San Pedro Damian? Esta dulzura que tienen los devotos de esta Señora, fuera de ser particular providencia de Dios como hemos visto, ella tambien la aumenta: porque como piadosa madre de sus hijos y buena madre de familias, quiere tener contentos á todos los suyos. Una vez estando los novicios de un noviciado nuestro en oracion, que eran todos muy devotos de esta Señora, vió un gran siervo de Dios que acertó á estár allí entónces, como andaba la virgen en medio de ellos, dando á cada uno de un divino néctar que en un vaso llevaba, señal de la dulzura y devocion que les infundia.

CAPÍTULO XXII.

De qué modo hemos de amar y servir á Maria madre de Dios y reyna de los ángeles.

Falta ahora decir, cómo ha de ser el fino y verdadero amor á la madre de Dios, y cómo será mas servida y reverenciada nuestra reyna y madre de sus fieles hijos y verdaderos devotos. Para esto es de mucha consideracion lo que hemos yá advertido (y no importa que se repita por ser muy importante) que se ame la virgen sobre los demás títulos, por los quales merece ser amada y reverenciada de mil mundos, por aquel principalmente de que Dios gusta de ello sumamente: y no podemos amar á Maria con mayor contento suyo, que porque Dios lo quiere, esto es, amarla con amor de caridad teológica, amando al mismo Dios, andando siempre con una

grande estíma de esta Señora, pues es inmenso lo que Dios la estima, y quiere entrañablemente que la amémos y reverenciémos, que no es sin por qué, ni sin merecimientos de Maria, ni sin deuda que Dios conoce que la tiene como á querida madre suya, á quien amó con su alma y vida.

Importa tambien tener para con Maria afecto de esclavos y de hijos, para reverenciarla y servirla humildemente como á nuestra reyna y Señora soberana de todo lo criado, y confiar y acudir á ella como á madre dulcísima y muy tierna. Hase de mirar juntamente como medianera entre su hijo y los pecadores, acogiéndonos siempre á sus piadosas y blandas entrañas, para que nos aplaque á Dios, y recabe de él remedio de nuestras necesidades, ofreciendo por medio de ella todos nuestros servicios, oraciones y afectos: porque así como todas las mercedes que nos hace Dios, nos vienen por ella, así todas las gracias que le hemos de dár y quantos

servicios hiciéremos, ha de ser tambien por su medio: porque es razon, que por los mismos pasos por donde nos vienen tantos beneficios, torne tambien nuestro reconocimiento, y son las benditas manos de Maria: porque así como no hace Dios cosa que no sea por Maria, tampoco nosotros hemos de hacer cosa alguna que no sea por ella, para que la ofrezca á su hijo, y su hijo al Padre de misericordias. De el fruto que hay en hacer esto, tenemos en mi religion algunas experiencias: basta decir, que por semejante devocion llegáron dos de ella, el uno en solo nueve meses, y el otro en ocho, que vivieron en la Compañía, no solo á la perfeccion, sino á tan eminente grado de santidad, que el primero (que es el beato Estanislao Koska) los muertos que ha resucitado son diez y ocho, cuya devocion por ser mas sabida en Europa no quiero repetir aquí. El otro fué otro Santo mozo, que aunque de ménos edad, porque no vivió sino diez y siete años

y medio, y ménos tiempo de religion, que fueron solo ocho meses, le imitó en la virtud y santidad: la causa fué, que tuvo igual devocion á la virgen: este es el casto y angélico mancebo Alonso de Obando, cuyas admirables virtudes si aquí quisiera resumir, fuera divertirme mucho. Solo apuntaré algo para exemplo nuestro, del afecto que tenia á esta Señora. No hacia obra que no fuese por amor de la virgen, y acordándose de ella: por eso decia, que el amor que tenia á la madre de Dios, era su pan quotidiano que en todas sus devociones entraba: y es así, porque como el pan es alimento ordinario y manjar general que se come con todas las comidas, así la devocion de la virgen ha de ser ordinaria y comun que en todas las devociones ha de entrar, como lo hacia este Santo. El mismo confesó á su padre espiritual, no hacia cosa ninguna por pequeña que fuese, que no la ofreciese á la virgen, y que traía continuamente desvelado el pensa-

miento en buscar los servicios que la podia hacer, y que no se le ofrecia ninguno, hora fuese estando comiendo, en dexar esto ó aquello, hora en la quietud en decir esto ó lo otro, ó en estár sentado ó en pie, y otras cosas á este modo, que no lo pusiese en execucion por amor de la virgen, ofreciéndolas á Dios por su medio; porque decia: Como yo soy tan gran pecador, no me atrevo á pedir á Dios inmediatamente, y así me acojo á mi madre para que interceda por mí, mortificándome yo entre dia por su amor. Confesó tambien, que nunca se dexó vencer de tentacion, y que las que tenia mas ordinarias eran de tibieza, lo qual Dios permitia así, por lo se agradaba en el modo con que las vencia: dixo que las vencia facilísimamente con solo pensar y decir: Yo hago esto por la virgen santísima, la qual tenia presente en todas sus obras, preguntándose á sí mismo: ¿Cómo haria la virgen esta obra? Con lo qual quedaba muy animado, procurando siem-

pre hacer obras de hijo suyo, esmerándose principalmente en la pureza de alma y cuerpo, poseyendo un eminente don de castidad. Demás de esto, andaba continuamente saludándola, y repetia muy á menudo: *monstrate esse matrem.* Quando en en las recreaciones hablaba, siempre era de las grandezas y virtudes de esta Señora, y si no se hablaba de esto en las pláticas, luego enmudecia. Pagábale la virgen esta ley que con ella tenia: porque de solo pensar en la madre de Dios, ó de dia ó de noche, dixo á su confesor se derretia en dulzura y suavidad, fuera de otros favores que recibió de su mano. Despues de tener un gran afecto y tierno amor á la madre de Dios, como á querida madre nuestra, es necesario no degenerar de la dignidad de hijos de tan gran Señora, ni desdecir en las obras: porque lo que mas desea la virgen es esto, que no la llamemos madre, madre solamente, ni que nos preciémos con la boca solamente de ser

sus hijos, sino que con verdad lo seamos, y con las obras lo mostrémos: y uno que quiere ser hijo de Maria, ha de ser como lo fué su hijo unigénito que parió de sus entrañas, Cristo Jesus: porque está enseñada esta gran madre á tener por hijo á Dios: está hecha á vér delante de sus ojos un hijo tan bueno, y tan Santo como el Espíritu Santo: y todos los demás que adopta por hijos, quiere que sean como este su hijo natural fué, al qual nos propone por dechado y exemplar con quien nos conformémos. Mirémos, pues, la vida de Jesus, é imitémosla en todo los que querémos ser sus hermanos é hijos de su madre: y no se ha de hacer cosa que no hiciera este Señor, obediente y solo digno hijo de Maria. El de menor edad considere, ¿qué haria Jesus de doce ó catorce años, cómo procederia? ¿Con qué obediencia y sujecion á Maria, José y á otros mayores? El mancebo mire, ¿qué haria Jesus de sus mismos años, quando tenia veinte años ó

veinte y dos, qué modestia de su rostro virginal, qué mesura y prudencia en sus palabras, qué asiento y madurez en sus obras, qué respeto á su madre? El varon considére tambien á Jesus yá hombre, ¿qué gravedad en su persona, qué doctrina del cielo en su boca, qué obras tan heroycas que hacia? Finalmente, los de todas edades consideren la mansedumbre, la paciencia, la humildad, la oracion, la caridad de este humilde hijo de la humilde Maria, y procuren agradar á la madre haciéndose conforme á su hijo Jesus. Y como aquello en que se representa mas la vida trabajada y humilde del hijo de Dios y de Maria, es la humillacion y mortificacion, en estas dos cosas se han esmerar los que quieren hacerse semejantes á Jesus y agradar á su madre, que por eso con singulares favores ha mostrado lo mucho que de estas virtudes se agrada. El devoto Padre Martin de Alberto, gran siervo de Dios y regalado hijo de la virgen, entre

otras virtudes heroycas en que se aventajó, fué una la humildad. Estando, pues, como solia (aun quando era Sacerdote) cogiendo las basuras de toda la casa, se le apareció la Madre del humilde Jesus alabandole aquella accion humilde, y agradeciéndosela con tan regaladas palabras, que por muchos años le duró la dulzura que de aquella habla de la virgen se le pagó. No ménos se huelga esta gran madre de vér en nosotros la mortificacion de nuestro Señor Jesuchristo, é hijo suyo, para que fuese mortificado un su devoto y se abrasáse de veras con la Cruz, le hizo este favor que cuenta Cesareo. Estando un afectuoso siervo de esta Señora, llamado Waltero de Birbach, oyendo Misa con otra mucha gente, quando levantó el Sacerdote el Cáliz, halló sobre los Corporales una Cruz y una cédula que decia: Dá esta Cruz de mi parte, esto es, de parte de Maria madre de Cristo, á mi amigo Waltero: como el Sacerdote leyó la cédu-

la acabada la Misa, preguntó subido al púlpito si habia allí uno que se llamáse con aquel nombre, y averiguando como estaba allí aquella persona, la llamó aparte y dió la Cruz de parte de la virgen, contándole todo lo sucedido. El la tomó con reverencia, y dándose por entendido de lo que la virgen queria de él, se abrazó estrechamente con la Cruz y mortificacion de Jesuchristo. Esta obligacion de imitar al hijo de Maria, Jesus, tienen mucho mayor los que comulgan, que se pueden tener por mas hijos de la virgen, porque en cierta manera se hacen sus hijos naturales. Los demás son hijos de esta Señora por adopcion y afecto: mas los que llegan á comulgárse, pueden preciarse de ser mas que esto, como si fueran hijos por naturaleza: la razon es, porque se hacen un cuerpo y sangre con el cuerpo y sangre de Jesus, í quien parió Maria de sus entrañas: y como se hacen una carne con la del hijo natural de Maria, son tambien como hijos

naturales suyos, y ella les mira como á su cuerpo y sangre, y trata como á tales como si ella les pariera, que al fin parió á aquel con quien se hacen uno con union real y substancial: y no es mucho que la virgen les mire así, pues el mismo Jesus les mira como su mismo cuerpo. Por lo qual los que comulgamos muchas veces, principalmente los Sacerdotes, hemos de mirar á Maria como á madre, natural y mas madre nuestra que de otros. De aqui se ha de sacar una devocion muy agradable á esta Señora, que es, comulgar con gran devocion, y tener grande afecto á este Sacramento, por el qual nos hacemos de la manera dicha como hijo naturales suyos. Cansiderémos, que quanto se nos dá allí por fuerza de las palabras, es tan solamente lo que tomó Jesus de esta Señora, que es la carne y sangre que recibió de sus entrañas, y no tenemos otros huesos ni reliquias del cuerpo de Maria, si no es en el Santísimo Sacramento, del qual, como

dicen los Santos, que es una extension de la Encarnacion, así tambien se puede decir, que es una extension de la filiacion natural de esta gran madre. Llega esto á tanto, que á los que comulgan, hace Maria reverencia como si fueran el mismo Cristo, como fué revelado á Santa Bienvenida: y á San Bonito, despues de haber dicho Misa, que la oyó la virgen, le dió una rica vestidura. Es la Eucaristía prenda muy propia de Maria, para suplir el daño de aquel bocado que ofreció Eva para perdicion nuestra: que así como de Eva salió aquel daño, así de Maria salió su antídoto: y así como el veneno no fué mas que lo que dió Eva, así la atriaca es la que dió Maria. Considérese tambien lo que estimó Dios el cuerpo que recibió de la virgen, que nunca de él se apartó la divinidad, y aunque le dexó su propia alma desuniéndose de él, nunca le dexó la divinidad. Dexó de ser hombre; pero nunca

aquel cuerpo y la carne que fué de Maria, dexó de ser Dios.

Es tambien devocion muy agradable para la virgen, guardar la pureza y castidad; porque como ella fué la mas pura criatura que ha habido ni habrá, y la inventora de la virginidad, por lo qual se nombra virgen de virgenes, los que vé señalarse en pureza, la obligan mas y son mas de su casa. San José, virgen fué. San Juan Evangelista con quien despues vivió, virgen fué tambien. El primer favor que hizo á hombre alguno despues de consagrado su vientre con el hijo de Dios, virgen tambien fué, porque fué S. Juan Bautista, que toda su vida fué virgen, y murió por la castidad.

CAPÍTULO XXIII.

De la salutacion angélica y el modo de rezar el rosario que enseñó la virgen á Santo Domingo y al Beato Alano, con otras advertencias.

Quanto al rezar el Rosario y decir la Oracion del Ave Maria con gran afecto y ternura, á imitacion del ángel, es devocion de las de mayor dulzura y mas aprobada con milagros, que podemos hacer: y mas procure uno decir pocas Ave Marias con amor y devocion, que muchas sin ella, como la misma virgen se lo advirtió á una persona religiosa que rezaba cada dia el Rosario entero de ciento y cincuenta Ave Marias, y por la multitud se descuidaba en el afecto, á la qual dixo la madre de Dios, que se contentaba con el Rosario ordinario, con que fuese con mas devocion. Para confirmar lo que se agrada la virgen con

esta su oracion, no quiero decir mas de lo que pasó á Santa Matilde con esta Señora; porque de camino nos declára la misma madre de Dios el sentido del Ave Maria, para que se la rezemos con mas devocion: dixo Santa Matilde un Sábado á la virgen: ¡O reyna del cielo dulcísima! Si yo os pudiera saludar con tal salutacion, que jamás corazon humano pudo imaginarla mejor, yo lo hiciera de muy buena gana. Aparecióseie luego la virgen gloriosa, trayéndo en el pecho escrita con letras de oro el Ave María, y díxola: No podrá hombre nacido llegar á decirme mejor salutacion que esta, y nadie me podrá saludar mas dulcemente, que quien me saluda en reverencia de como el Padre Eterno me saludó por esta palabra, *Ave*, confirmándome con su omnipotencia para que fuese libre de toda culpa. El hijo tambien, que es la sabiduría de Dios, de tal manera me llenó de luz, que soy una clarísima antorcha con que el cielo y tierra se ilustran:

lo qual se entiende por el nombre de *Maria*, que significa estrella de la mar. Tambien el Espíritu Santo con toda su dulzura divina, penetrándome con su gracia me hizo tan graciosa, que qualquiera que por mí buscáre la gracia, la hallará, lo qual significa por la palabra, *llena de gracia.* Y en aquella palabra: *El Señor es contigo*, se me trae á la memoria la inefable obra y union que toda la Santísima Trinidad hizo en mí, juntando en una persona la substancia de mi carne, con la naturaleza divina: de tal manera, que Dios se hiciera hombre, y el hombre Dios. El gozo y dulzura que en aquella hora sentí, ningun hombre lo ha conocido bien, ni lo podrá experimentar. Por aquella clausula: *Bendita tú entre las mugeres*, toda criatura con mas admiracion me conoce y confiesa por bendita y ensalzada sobre toda criatura, así celeste como terrestre. Por decir: *Bendito es el fruto de tu vientre*, se bendice y ensalza el excelentísimo y pro-

vechoso fruto de mi vientre, que vivificó al hombre su criatura, santificó y bendixo para siempre.

Quiero añadir la devocion que en otra ocasion enseñó tambien la madre de Dios á la misma Santa Matilde, para alcanzar su patrocinio en la hora de la muerte, y es, que rezáse cada dia tres Ave Marias, la primera, en honra del Padre y la omnipotencia divina, para que como se dignó de levantar á la virgen al trono de tanta magestad, para que despues de Dios fuese portentísima en el cielo y tierra, así la asistiese en la hora de la muerte y confortáse en aquel peligroso tránsito. La segunda, en honor del hijo y de la infinita sabiduría de Dios, para que como llenó á la virgen de altísima sabiduría y conocimiento divino sobre todo el resto de los Santos, de modo que gozáse mas de la vista de la Santísima Trinidad y excediese á los demás bienaventurados como un Sol clarísimo, así la alumbráse á ella con la luz de

la fé y conocimiento verdadero, para no ser engañada en la hora de la muerte. La tercera, en honor del Espíritu Santo y de la infinita caridad y amor de Dios, para que como llenó á la virgen de suavidad y amor, para que despues de Dios fuese la mas dulce y amable persona del mundo, así la favoreciese en la muerte, comunicándola su suavidad y amor de Dios, para facilitarla aquel paso tan amargo.

Acerca del modo de rezar el Rosario, aunque hay muchos y muy buenos, diré uno en particular, por ser muy agradable á la virgen, pues Santo Domingo le encomendaba como la misma virgen se lo enseñó, segun ella lo declaró á su devotísimo hijo el Beato Alano, religioso de los predicadores. El modo es, que la primera parte se reza en honra de la Encarnacion del hijo de Dios: la segunda, en honra de su pasion: la tercera, en honra del Santísimo Sacramento y la institucion de aquel tremendo misterio y demás

Sacramentos. La primera, para alcanzar gracia de vivir bien. La segunda, para recabar una buena muerte. La tercera, para honrar el cuerpo de Cristo, recibir bien los Sacramentos y no carecer de ellos en el fin de la vida. Contó tambien la virgen al Santo Alano muchas maravillas que por esta devocion sucediéron á un cardenal español, conocido de Santo Domingo, por haber tomado su consejo, dixo: que ella misma avisó algunos dias ántes el dia de su muerte á aquel cardenal, para que se dispusiese para ella, como lo hizo. Llegado el tiempo de su última enfermedad tuvo tal accidente, que no podia abrir la boca para recibir el Viático, y desesperados yá todos de podersele dár, vino la virgen del cielo, y con su virginal mano le abrió la boca, restituyéndole el sentido y habla con que recibió el cuerpo de Cristo, que comunicó tanta gracia á aquel dichoso cardenal, que se resolvia en suspiros y lágrimas con tal abundancia, que parecian sus

ojos dos rios. Añadió la virgen, que el corazon de puro dolor de sus pecados y amor de Dios le daba tales golpes en el pecho, que crecia tanto su afecto, que se le partió el corazon como si le hirieran con un cuchillo, saliéndole la sangre por la boca, acabando tan dichosamente su devota vida. Aquí se puede vér la estíma que hace la virgen del Santísimo Sacramento y lo mucho que quiere que nos dispongamos para él, pues en la devocion de su Rosario que enseñó á Santo Domingo, quiso que celebrásemos la memoria de este misterio, y nos dispusiésemos para reverenciarle y recibirle con fruto. Otras devociones en particular no quiero encargar, porque el afecto y amor cordial de esta piadosa madre las buscará, y para despertarle mas, convendrá algunas veces ponderar sus grandezas y virtudes.

Algunos devotos tuvo Maria, que una hora cada dia gastaban en la consideracion de sus exemplos, beneficios y pre-

rogativas. Así lo hacia el Santo Gonzalo Silveira y otros de mi religion, y así lo hizo y encargó el espiritualísimo Juan Tauzero de la religion de Santo Domingo. Los Sábados, vísperas y dias de la virgen, claro está que no se han de pasar sin que le hagamos algun extraordinario servicio. En sus festividades y por la octava de ellas, hemos de reformarnos y despertar en nosotros mayor fervor, exâminando nuestros descuidos, renovando nuestros buenos deseos, repasando los santos propósitos, reforzándonos en ellos y adelantándolos mas, importunando á nuestra madre nos asista siempre con su favor. En las oraciones vocales se debe advertir, que el corazon diga quatro veces lo que la lengua una, siempre con respeto sumo, á imitacion de la misma virgen, no con descuido, distraccion é inmodestia, que esto desagrada mucho á Dios, y tan léxos está de que le obligue lo con irreverencia se hace, que ántes le desobliga. Y un Santo monge Cis-

terciense que estaba enfermo, se le apareciéron otros monges difuntos, quexándosele uno que habló por todos, de que por la irreverencia con que rezaban por ellos los del Monasterio, no habian salido del purgatorio. Entre otras cosas le dixo: Aunque se juntan todos á la oracion, no comen con ella el espiritual manjar, pues quando cantan y rezan, tienen sus corazones y pensamientos ocupados en las vanidades del mundo. Tambien quando comulgan, parece que aborrecen el celestial Maná, pues lo reciben con tan poca devocion, como si fuese otro manjar vil y digno de tenerlo en poco. Item, provocan á ira á Dios, porque quando en honor de la Santísima Trinidad cantan el *Gloria Patri*, unos se están riendo y otros tienen en otra parte enagenado el pensamiento, y los unos y los otros no inclinan las cabezas, y yá que algunos se inclinan, es por la costumbre que tienen de humillarse, no porque mediten como se invoca y alaba entónces

la Trinidad de Dios, siendo como es una cosa de tanta consideracion. Por tanto, véte y dí al abad de nuestra parte, que procure corregir estas negligencias de sus monges, y entienda que Dios les ha dado una atalaya, que vea lo que hacen y se lo diga. En diciendo esto el difunto desapareció, y el monge volvió en sí, y levantándose fué á la Iglesia y comenzó á rezar con su acostumbrada devocion delante de un altar, donde otra vez fué arrebatado, y vió por una ventana que estaba sobre el altar unas luces mas resplandecientes que los rayos del Sol, y que entraba por la misma ventana una muger de hermosura admirable, y poniéndose junto á él le dixo: ¿Conocesme quien soy? No lo sé, respondió. Replicó aquella Señora: Yo soy Maria, madre de Jesus, y vengo por consolarte, quitarte esos gemidos y mitigarte tus dolores, porque me fueron gratas tus lágrimas y oraciones. Al punto que esto le decia, los monges que estaban en

coro diciendo Maytines, llegáron á decir el Gloria Patri, y la sacratísima virgen, dexando la plática del monge, añudó los dedos de la una mano con los de la otra, é inclinó todo el cuerpo profundamente, y no se enderezó hasta que acabáron de decir: *Et Spiritui Sancto*, entónces tornó á proseguir la plática con el monge. Estas historias he relatado, para que se vea lo poco que satisface á Dios y á su madre quien sin espíritu y la reverencia debida ora.

Importa tambien para estos exercicios devotos la perseverancia. Acerca de ella, solo diré lo que sucedió al venerable Tomás de Kempis. Estando este famoso varon estudiando Teología quando era mancebo en las escuelas de Daventria, insigne pueblo de Alemania, debaxo de la disciplina de Florencio, maestro sapientísimo de aquellos tiempos, tenia por costumbre ocuparse una hora y mas, en rezar ciertas devociones á la sacratísima madre de Dios, á la qual amaba con amor muy encendi-

do. Mas como algunas veces es instable y mudable la devocion de los mozos, comenzó el devoto Tomás á resfriarse en este santo exercicio, y al principio dexaba de decir sus devociones un dia, despues dos, y poco á poco dexó de decirlas, y perdió su mérito y tan loable devocion. Estando, pues, en este estado una noche, vió una vision admirable: y fué, que le pareció que estaba en el pátio donde leía el maestro Florencio, oyéndolo muy atento con los demás estudiantes: y que á esto baxaba del cielo por medio de las nnbes la Señora del mundo, con hermosísimo rostro y resplandeciente vestido, y llegó hasta el dicho pátio y fué á visitár á todos los que estaban leyendo en unos y otros generales: y como los visitaba, los iba abrazando y dándoles gracias, porque con sus lecciones procuraban que los hombres supiesen y viviesen con justicia y vida honesta, porque así no fuese en los que oían su doctrina sin fruto, la sangre de su dulcísimo hijo. To-

más como vió que con tanto amor y regalo trataba con los maestros, pensó que tambien él seria participante de otra tanta merced, y poniendo los ojos fixos en ella, aguardaba que viniese á pasar junto á él. Más no le sucedió como pensaba, porque despues que la sacratísima virgen hubo dado á los unos y á los otros abrazos, llegó junto donde Tomás estaba, y con unos ojos como sañudos le dixo: En vano deseas un abrazo de amor Santo, enemigo cruel, pues dexando mi amistad, por solo ser tú negligente, no me pagas la pension que me solias dár de tus encendidas oraciones. Dime, ¿donde están tus acostumbrados ruegos? ¿Donde se fueron tus acostumbradas plegarias? ¿Donde se hallarán tus piadosos sufragios, mezclados con tantos suspiros? ¿No conoces como se ha resfriado en tí la caridad? ¿Y que el amor se entorpeció? ¿Y cómo la devocion que ántes me tenias ha vacilado? Y siendo esto así, con grande atrevimiento, como si no hubieses he-

cho delito alguno, esperabas que te abrazáse. Y apartando el rostro de él, como indignada, le dixo: Anda, anda, véte de mí, y entiende que eres indigno de mis abrazos, pues con tanta facilidad dexáste de decir mis oraciones que solias: y como esto dixo, se subió á los cielos. El mancebo Tomás despertó y escudriñó su conciencia, se halló culpado y propuso la enmienda: y así, de allí adelante fué devotísimo de la virgen madre de Dios.

Ha de acompañar á las devociones y oraciones, la pureza de la vida é inocencia, porque sin ésta poco agradará lo demas. Uu hombre de vida poco compuesta, alababa infinito todas las veces que podia á la vírgen Señora nuestra. Sucedió, pues, que este hombre una vez se fué por una soledad y páramo espacioso, y vino á tener grande hambre. Allí se le apareció la madre de Dios acompañada de muchas y hermosísimas doncellas, y le trajo un manjar suavísimo y delicado en unas escudi-

llas sucias y mal fregadas, y díxole: Come. Dixo el hombre: el manjar bueno y suavísimo es; mas no puedo comer de él por la suciedad y hedor de las escudillas. Dixo entónces nuestra Señora: De esta manera te sucede á tí, porque los loores que me dices, buenos y hermosos son, pero tu corazon está sucio y por esto no me huelgo ni me deleyto con tus alabanzas. El hombre, que esto oyó, se arrepintió de sus pecados, y se limpió con verdadera penitencia.

A Santa Brígida se quejó tambien nuestra Señora de otro que la alababa mucho y pensaba que era muy su devoto, pero no cuidaba de su vida: dixo la vírgen de él, que la hablaba vueltas las espaldas; y que era como un soldado que se ponia las ármas al rebes, y que entraba en la batalla con la vayna vacía, habiendo ántes arrojado la espada.

No está solamente la devocion de la vírgen en rezarle su rosario, oficio y otras

oraciones, sino en hacer por ella obras de las demas virtudes de humildad, paciencia y misericordia. De un mercader de Valencia, dice San Vicente Ferrer, que porque acostumbraba cada año el dia de la Natividad convidar tres pobres, un niño con su madre y un varon anciano en honra de Jesus, Maria y José, les fué tan agradable esta caridad que se le aparecieron los tres á la hora de la muerte, y le dixeron: Porque nos recibiste tú en tu casa, nosotros te recibirémos en la nuestra. Fué tambien tan acepta la devocion de S. Gregorio de convidar á doce pobres en honra de los apóstoles, que entre ellos vino Cristo á ser su convidado. Y esta es la principal devocion, que dará vida y eficacia á las demas. Obrar bien es lo que mas importa: en órden á esto se enderezan las oraciones.

CAPITULO XXIV.

Virtudes de Maria vírgen santísima y madre de Dios.

Por lo dicho nos podrémos proponer delante de los ojos, las altísimas virtudes de Maria y su estupenda santidad, para procurarla imitar; y lo primero, aquel fervor de su espíritu, aquel incendio de caridad de su alma, aquellos actos interiores tan ardientes é intensos que en su corazon pasaban, y repetia mas veces que respiraba, creciendo á tan grande pasos en santidad, que siempre los iba doblando y haciéndolos otro tanto mas fervorosos é intensos que ántes; de modo, que el último que hacia era tan fervoroso y meritorio, como todos juntos, los demas que habia hecho en el resto de su vida: y de este modo iba creciendo en gracia y santidad hasta el último instante en que espiró, que valió por

todos los demas que hizo, con ser innumerables é intensísimos y todos con caridad, por setenta y dos años de vida. Este es teson de la virtud, este es fervor de espíritu, esto es aprovechar, que con todas nuestras fuerzas debemos imitar.

Fuera de estos prodigios de gracia que pasaban en el ardiente corazon de la vírgen, todo hecho holocausto de amor, hemos tambien de imitar las virtudes exteriores en que mas se esmeró, si bien en todas fué igual, esto es, suma y como infinita su perfeccion. Con su fervorosa caridad y misericordia, quando supo el estado en que estaba Santa Isabel, tan cargada de años y de la preñez, voló al punto á servirla y santificar á su hijo Juan, dexando Maria su propia casa, y la quietud y descanso de su recogimiento tan gustoso y dulce, como fué á esta virgen de vírgenes; pero por hacer aquella obra de caridad rompió con todo, y violentó al amor tan entrañado del retiro, y se fué por monta-

ñas ásperas con gran prisa, por hacer aquella caridad espiritual y corporal, santificando al niño Juan en el vientre de su madre, y sirviendo humildemente á la misma madre en su preñez. Quando no podia con obras, hacia caridad con oraciones: no era menester mas que advertir la vírgen piadosísima alguna necesidad de alguno, que luego pedia remedio á su hijo, como pasó en aquellas bodas de Canaa en que se acabó el vino, y la virgen, que mas atendia á si habia algo que remediar que no á la fiesta, hechó de ver que les habia faltado el vino, y porqne no cayese en vergüenza el desposado, luego pidió remedio á su Hijo y remedió aquella falta, solicitándolo ella misma, llamando é instruyendo á los criados de lo que habian de hacer. Esta devocion podemos tener á imitacion de esta Señora, que quando viéremos alguna necesidad y por nosotros no la pudiéremos remediar, la encomendemos á Dios y le rezemos á ella una Ave Maria para recabar su remedio.

Pues la humildad inmensa que tuvo, ¿cómo la exercitó? No solo llamándose esclava, pero con otras grandes humillaciones que pretendió mas que otros pretenden las honras; porque segun San Bernardo, no es verdadero humilde quien no quiere ser humillado. Verdaderamente que es para maravillar, como la virgen se sujetaba á todos, la que no tenia por qué, buscando el lugar mas ínfimo y asiento último para sí, estando tan léxos de buscar su gloria, que de solo verse alabada del ángel se turbó. Y ¿qué hecho mas heroyco que aquel que dicen le pasó con S. Lucas, quando escribia los Actos de los apóstoles, que le pidió tan de veras y tan de corazon que la nombrase en el postrer lugar, quando nombraba los que estaban esperando la venida del Espíritu Santo? Que el santo evangelista no pudo dexar de condescender con sus ruegos. En todas las demas cosas queria dar la ventaja á los apóstoles, y no se quiso meter en sus jun-

tas y concilios con que gobernaban la Iglesia, sino ella como si fuese inútil en el mundo se estaba retirada, hasta que preguntada respondia con una prudencia del del cielo, y como si hablara el propio Espíritu Santo. Tambien es por cierto para reparar el silencio y encogimiento que tuvo esta Señora, despues que su hijo se empezó á mostrar al mundo que era Dios con tales milagros, que se llevaba los pueblos enteros; porque en todo este tiempo no se lee en los evangelistas que hablase Maria palabra alguna, ni se entremetiese con su hijo, mas que otras piadosas mugeres ordinarias y que no le habian nada, no corriéndose la que era mas pura que los ángeles de andar en compañia de tan pública pecadora como fué la Magdalena, á la qual y á otras pecadoras tambien se humilló, como engrandece Dionisio Cartusiano. Y no es pequeña humildad, que pudiendo llamarse madre de Dios, no se nombraba ni firmaba sino la esclava de Je-

sus, buscando el nombre mas baxo quien tenia el título mas grande de todos. Pues á imitacion de la virgen debemos ser humildes, procurando ser humillados.

No menos nos mostró como debemos ser pobres evangelistas, no solo con el afecto, sino con el efecto; porque esta Señora, aun ántes de oir lo que enseñó su hijo, renunció su hacienda; porque siendo sus padres S. Joaquin y Santa Ana ricos y poderosos, y siendo ella hija única, todo lo dexó por amor de Dios y vivió pobremente, casándose con un pobre oficial, que comia del trabajo de sus manos y sudor de su rostro. Despues por toda su vida guardó tal pobreza, que si no es lo que tenia á cuestas, no tenia nada: aun para sepultar á su hijo fué menester que le diesen lo que era necesario: vivia de la limosna de los fieles: quando murió, no tuvo suya ni una alhaja que pudiese disponer y dar á unas buenas mugeres que la habian hecho buena vecindad, que si no es los

vestidos que traía, no tuvo que mandarles, los quales serian bien pobres. Sus camisas ser de estopa se averiguó en un concilio Compostelano. Bien hay que hacer en imitar tan extremada pobreza de la reyna del cielo, y no contentarnos solo con el afecto, sino renunciar con efecto infinitas superfluidades que tenemos.

No quiero dexar de traer aquí lo que fué revelado al B. Juan Manesio, porque nos declara la gran pobreza y humildad de Maria, con una notable devocion al Santísimo Sacramento, dice: Que quando vinieron los apóstoles y otros discípulos de todo el mundo á asistir á la muerte de la virgen, por la gran pobreza que aquella casa tenia, no habia con qué hospedarlos ni darles que comer; pero la pobre Maria, riquísima de merecimientos, alcanzó de su bendito hijo modo con que sustentarlos y regalarlos muy bien, que fué con el cuerpo de su hijo, sustentándose los santos apóstoles los dias que estuvieron allí con

solo el Santísimo Sacramento; y la última vez que le recibió la virgen S. Pedro celebró, y comulgando á otros primero, quiso la humildísima Maria que á ella se le diese en último lugar la comunion. En esta devocion al Santísimo Sacramento, tenemos tambien mucho que imitar en esta gran maestra de virtudes: siempre le tenia en su aposento, que era su oratorio, estando de continuo en oracion delante de él. Comulgaba cada dia, regalábase con él, y disponiase para recibirle con heroycos actos de caridad y humildad, como es el que acabamos de decir, y de excesivos afectos é intensísimos actos de amor de Dios que hizo á la presencia de este divino Sacramento, vino á espirar. Pues la castidad ¿con qué extremo la guardó Maria, haciendo voto de ella, cosa en el mundo no vista hasta entónces? Pues luego ¿con qué recato vivió en perpetuo recogimiento con mucha penitencia, con muchos rigores de ayunos, oracion, leccion santa y otras

obras penales en que desde niña gastaba en el templo los dias y las noches, con tanto recato de los hombres, que aun con los apóstoles y su hijo no comia, como se echó de ver en la noche de la cena? Tenia tanto recato, que alcanzó de Dios una admirable particularidad del don de profecía, que conociese ántes si habia ocasion de ver ú oir alguna cosa indecente, para guardarse y recatarse. Los ojos nunca alzaba del suelo, con tan admirable modestia y compostura, que á todos causaba veneracion y respeto, é infundia castidad. Era amable á todos, y terrible solo á los menos puros.

La obediencia de Maria no fué ménos admirable: sujetóse á sus padres cumpliendo el voto que habia hecho por ella: luego estuvo sujeta á los sacerdotes del templo, sin hacer cosa por su gusto; despues se sujetó á un pobre carpintero. Pues ¿qué al cumplimiento de las leyes, así eclesiásticas como imperiales, cumpliéndo-

las aun quando no debia? Ella se purificó, con exceptuar la ley; pero por no ser singular y por humillarse mas lo quiso hacer, obedeciendo á una sombra de precepto. Ella fué desde Nazaret muchas leguas, por obedecer el mandato de un tirano, que mandaba se registrase todo el mundo, no teniendo obligacion ella á tal ley, ni debiendo obedecerla, aunque fuera en otras partes justa, con tanta incomodidad suya. Pues despues no quiso ser menos obediente á los prelados de la Iglesia que fundó su hijo, teniendo gran reverencia á los apóstoles, posponiéndose á ellos con grande humildad y sumision. La obediencia á Dios, nacida de su inefable caridad, ¿quien la podrá declarar? Basta decir, que por esta su gran obediencia de juicio y resignacion, quiso el Verbo Eterno hacer este particular favor á tan insigne virtud de Maria, que por un acto de esta obediencia obró la mayor obra que ha obrado ni puede obrar, que fué la En-

carnacion. Pues en la muerte de su hijo, cosa que le atravesaba el alma, ¿qué conformidad tuvo con la voluntad divina, no hablando una palabra por él, ni yendo á llorar y clamar á los jueces, que aunque no aprovecharia nada, es señal de la heroyca y estupenda virtud de Maria, con que llevó cosa que sentia ella mas que per. der millones de vidas? Y aunque fué admirable el silencio de Cristo en su pasion, no se sabe que fuese mayor que el de su madre, porque no sabemos que hablase palabra, ni á su hijo, ni al discípulo amado, ni á los apóstoles, ni á los jueces, ni á los ministros, ni á los acusadores, ni al pueblo para moverle á compasion, ni á persona nacida. Y al pie de la cruz ¿qué constancia y conformidad tuvo, sin hacer extremos, sin asentarse, sin desmayarse? Que si bien tenia su corazon atravesado con rigorosa espada de dolor, la suma obediencia á Dios y conformidad con la voluntad del Padre, hizo aquel milagro tan

grande de guardarla viva y con ánimo; que sin duda (si no fuera por esto) muriera de dolor mucho ántes que su hijo. Con la misma fortaleza acompañada de viva fé, no curó de ungir á su hijo, con ser mas piadosa que las otras Marias, que anduvieron tan solícitas de esto. No sé yo por cierto, que mas primor dechado de exercitar la obediencia nos podia dar Santo ninguno, obedeciendo sin puntillos, con obediencia de juicio, sin atender á si obliga ó no obliga el mandamiento, sin reparar si es justamente mandado ó no, sin mirar á la persona del que manda, y con tan constante desapropiacion de todo gusto propio por ver cumplido el divino. De todas estas tres virtudes, castidad, pobreza y obediencia, hizo voto Maria, consagrando en sí la vida religiosa.

Pues el silencio, que es tambien como la divisa y marca de religion, qual fué en Maria todo el tiempo que Jesus salió á predicar, despues que hizo el primer milagro,

por darle á ella gusto, no se lee que hubiese hablado palabra; y ántes solo se sabe que habló en quatro ocasiones todas forzosas: quando la saludó el ángel: quando visitó á Santa Isabel: quando halló á su hijo perdido, y quando remedió aquella necesidad de las bodas de Canaa. En todas ellas nos muestra muchas virtudes. Su prudencia, constancia y propósito quando la saludó el ángel, pues por no perder la virginidad, reparaba en cosa tan grande como ser madre de Dios; mas entendiendo que Dios lo habia de hacer, no quisó pasar curiosamente mas adelante á saber de qué modo. Quando visitó á Santa Isabel, nos enseñó su afabilidad, humildad y cortesía, saludándola primero, y despues una ardiente devocion y agradecimiento á Dios con el cántico de la *Magnificat*. Quando encontró á su hijo, nos mostró un heroyco amor de Dios y estima suya, y como le hemos de buscar de veras y con quebranto del corazon. En las bodas, nos

dió exemplo de su caridad y misericordia, para que no sea menester pedirnos remedio el próximo, quando conocemos que le ha menester.

Hay otra cosa que debemos muy particularmente imitar en Maria, y es la entrañable devocion, amor y deseo que tuvo de servir por esclava á la madre del Mesías, ántes que de sí supiese nada; porque como ella entendiese de la sagrada Escritura, en quien meditaba continuamente, y entendia lo que habian dicho los profetas mejor que los mismos profetas que lo dixeron, como el hijo de Dios habia de nacer de una virgen para bien del mundo, fué inexplicable el amor y estíma que de tal virgen concibió Maria, sin saber que era ella. Pensaba continuamente en la felicidad de tal doncella, en su dignidad, en su grandeza, que se tuviera ella por dichosísima de ser su esclavilla, y la sirviera de rodillas y besára mil veces el suelo donde pondria las plantas. La misma virgen lo

declaró á Santa Isabel monja, como instantemente oraba á Dios por el bien del mundo, y que la dexáse vér á aquella virgen por quien tanto bien le habia de venir, suplicando ardientemente á su magestad, permitiese que ella fuese el estropajo y la mas mínima esclava de su casa. Este afecto con la madre de Dios, hemos de imitar en ella misma, quando estaba tan léxos de pensarlo, como vá del cielo á la tierra. Hemos de estimar, desear, amar y honrar á tal doncella, que mereció por su humildad tan inmensa dignidad, teniéndonos por dichosísimos y muy honrados de ser esclavos suyos, que á los tales ella tiene por amados hijos, pidiéndola continuamente reverencia de esclavos, amor de hijos, misericordia como miserables, su intercesion y amparo como pecadores.

CAPÍTULO XXV.

Oracion á la virgen, en que se pide su amor y devocion.

Ave humilde Maria: Ave llena de gracia: Ave llena de gloria: Ave madre de mi Dios: Ave madre nuestra amorosa: Ave única esperanza de los hijos de Adán: Ave consuelo de los afligidos: inclinad á mí miserable vuestras tiernas y misericordiosas entrañas que consagró Jesus: inclinad vuestro amoroso corazon, que está lleno del Espíritu Santo: inclinad vuestros piadosos ojos, que vieron los primeros de todos á mi redentor nacido, mirad por este su redimido, para que se haga en mí lo que pretendió mi dulce Jesus, que fué amásemos á su Padre Dios Eterno, y á vos su querida y tierna madre, á quien está agradecidísimo por el dulce hospedage que le hicisteis. Quiso, Señora, agradeceros ser

su madre, con que yo fuera vuestro hijo. Admitidme siquiera entre vuestros mas humildes esclavos. Ea, Señora, esté yo en vuestra familia, y sea en último lugar de todos: no merecen mis pecados que me miréis; pero no por eso pierdo la confianza, pues un título vuestro, es ser esperanza de los pecadores y madre de misericordia: y así, donde hay mas miséria, allí habeis de ser mas madre. Ea, Señora, téngaos yo respeto de esclavo, y amor de hijo; pero si vos no me lo alcanzais de mi Dios, no teneis que esperar de mí término alguno bueno. Ea, Señora, por vuestras misericordiosísimas entrañas y por mis grandes misérias, por vuestra dulzura, por vuestra blandura, madre del manso Jesus, por el mismo Jesus, haced á él esté gusto, y á mí esta misericordia: ámeos madre mia, sirvaos Señora mia.

Bien veo que no teneis necesidad de mi servicio, pues delante de vos se arrodillan los serafines: á vos os adoran como á

reyna los querubines: delante de vos se humillan los tronos, se sujetan las dominaciones, se rinden las potestades del cielo, se abaten las mas altas virtudes: delante de vos se postran los principados, hincan la rodilla los arcángeles, y todos los demás ángeles se honrarán de ser vuestros vasallos. Los patriarcas os predican: los apóstoles os bendicen: los mártires os engrandecen: los pontífices os alaban: los confesores os ensalzan: las virgenes os siguen, y el mismo Dios obedeció. Entre tantos que os sirven y reveréncian, no me habreis menester; pero tampoco será mucho admitir un mal siervo entre tantos buenos, para que con su compañia y exemplo, me enseñen á amaros y serviros. Los ángeles me edifican con el amor que os tienen, sin los intereses que yo. Los patriarcas me corren, amándoos ántes de experimentar vuestras misericordias. Los apóstoles me enseñan vuestro servicio, pues aun ántes de ser coronada por reyna de

todo lo criado, os sirviéron como á su Señora: y yo despues de los innumerables beneficios que he recibido de vos, despues de tener tan experimentada vuestra inmensa misericordia, despues de constituida por mi reyna y por mi madre, no me deshago en devocion y amor vuestro. ¿Donde está mi agradecimiento? ¿Donde mi reconocimiento? ¿Y donde mi amor á Dios? ¿Y donde el amor de mí mismo, si no amo á quien tanto me ama, si no amo á la fuente de todo mi bien?

Señora, si á vos no acudo, ¿de donde puedo esperar bien alguno, pues de vos me viene toda mi dicha? Señora, si á vos no acudo, ¿de quién me podré fiar, pues vos sois la que mas me amais, despues de Dios, la que ama con toda fidelidad y ley, la que me ama incomparablemente, mas que yo solo á mí mismo? Señora, si á vos no acudo, ¿donde podré hallar seguro amparo? Vos sola sois madre de Dios: vos sola Santa de los Santos: vos sola teneis

autoridad para que os tenga respeto la justicia divina. A vos os ama de tal manera vuestro hijo, que por vuestro amor perdonará á sus enemigos. Ea, Señora, que no tengo de quien esperar, sino de vos, porque tampoco sea lícito á mi confianza decir (esto) tendré de quien quexarme, sino de vos. No, no Señora, no vale decir que tengo á vuestro hijo enojado, porque vos lo podeis aplacar: y mas le agradáron vuestros merecimientos, que mis desagradecimientos le pueden airar. En vuestra mano está desenojarle, y él es manso y humilde de corazon aun con los extraños, pues para con su madre, y tal madre, ¿qué ternura no tendrá? ¿Qué mansedumbre no le mostrará? ¿Para qué os llamais madre de misericordia? ¿Para qué os hicieron madre del misericordiosísimo Jesus? Sino para que experimentémos su misericordia y la vuestra. ¿De donde puedo yo esperar remedio, sino de donde le vino á todos? ¿Cómo es posible que falte á mi mise-

ricordia, pues no faltó á todos los del mundo? Vuestro hijo, Señora, vino á buscar á la oveja perdida, ¿cómo vos la habiais de de dexar perder, quando mas la busca? Vuestro hijo vino á llamar los pecadores, ¿cómo vos no habiais de oír al que os llama de corazon? Vuestro hijo rogó por los que le crucificaban, ¿y vos no habiais de alcanzar perdon para el que os ruega? ¡O Señora! Pruébese en mí, que vos sois verdadera madre de misericordia, verdadera madre de mi redentor, esperanza de los hombres, consuelo de los pecadores, propiciatorio de Dios, tesorera del Espíritu Santo, dispensadora de sus gracias. ¡Es posible, que David halló misericordia tan fácil, quando no estabais vos en el mundo, quando no habia vuestra intersecion! ¡Cómo yo no la alcanzaré, despues que sois intercesora, despues que sois abogada de los pecadores, despues que tenemos yá á vuestro hijo tan bueno crucificado por nosotros, y á vos madre tan buena, que lo

llevasteis en paciencia porque era por mi bien! Sienta yo que sois causa de mi dicha, con mi redentor Jesus, crucificado por mí.

Ea, Jesus, mirad á vuesrra madre llorosa. Ea, Maria, mirad á vuestro hijo sangriento. Ea, Jesus, por vuestra madre querida. Ea, Maria, por vuestro hijo amado, tened misericordia de mí. Ea, Jesus, hijo obediente y tan bueno de Maria. Ea, Maria, madre amorosa y tan buena de Jesus, causa sois de mi bien, que no es menester nueva costa para remediarme. Ea, Jesus, que no es menester derramar sangre. Ea, Maria, que no es menester derramar lágrimas. ¡O Juez justo! ¿A quién reácudiré, sino á la abogada piadosa ó reconciliadora del mundo? Si mi abogada me desecha, ¿el Juez como me absolverá? ¡O madre de salud! ¿Por quién abogaréis, sino por el perdido? ¡O madre del redentor! ¿Por quién intercederéis, sino por su redimido? ¡O madre de misericordia! ¿Por

quién deberéis mirar, sino por el miserable? ¿O si no, decidme, si hay otro refugio para mí? ¿Si hay otra persona humana de mayor misericordia, ó que mas me quiera? ¿Si hay otra cosa mas poderosa con Dios? Si no la hay, ¿qué excusa podréis tener? ¿Acaso mi poca fé? ¿Mi poco afecto? ¿Mis grandes pecados? Señora, esto es lo que os pido, una grande hazaña de vuestra misericordia: que no debiendo ser oído, me oigais: que debiendo ser condenado, me salvéis: que debiendo ser desechado, me amparéis: que debiendo ser hijo de ira, lo sea de misericordia, sea hermano de vuestro hijo, sea hijo de Dios, sea hijo vuestro. Amén.

FIN.

INDICE

De los Capítulos que se contienen en este Libro.

